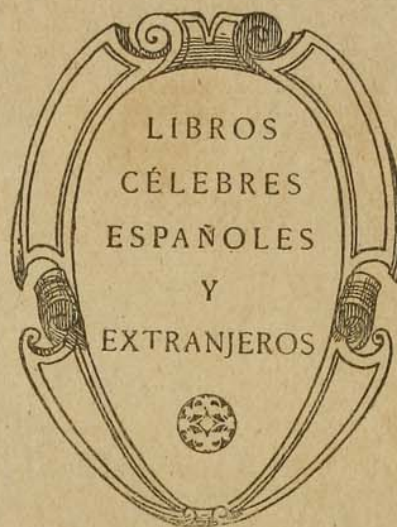


EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES y UNA NOCHE

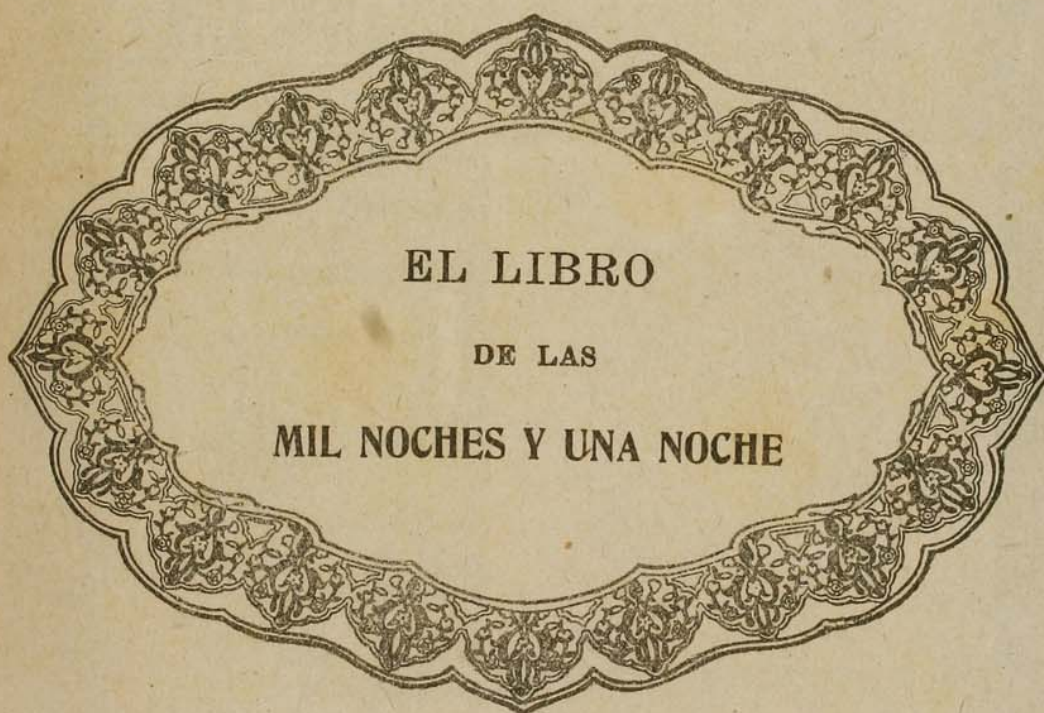


TRADUCCIÓN DIRECTA
Y LITERAL DEL ÁRABE
POR EL D.^o J.C. MARDRUS
VERSIÓN ESPAÑOLA DE
• V. BLASCO IBAÑEZ •
PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

EDITORIAL
PROMETEO
VALENCIA



Director literario: V. Blasco Ibáñez



EL LIBRO
DE LAS
MIL NOCHES Y UNA NOCHE



ES PROPIEDAD. DERECHOS
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN
AL ESPAÑOL.



EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL
Doctor J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

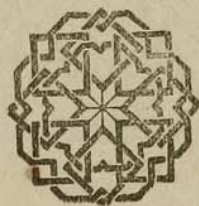
TOMO DÉCIMOQUINTO

Historia del joven Nur y de la franca heroica
(continuación).—Consejos de la generosidad
y de la experiencia.—Historia maravillosa del
espejo de las vírgenes.—Historia de Aladino
y la lámpara mágica.

PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

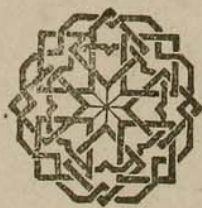
(Published in Spain)

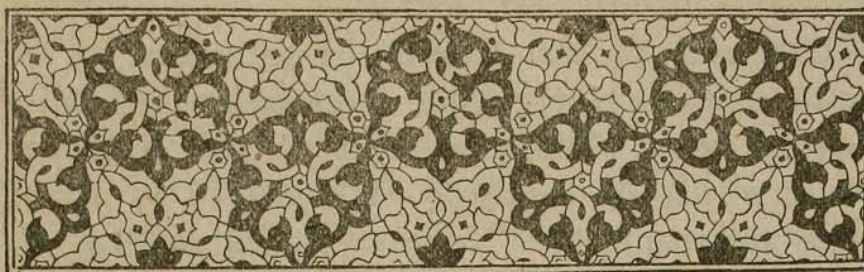


A PEDRO DE NOLHAC

SULTÁN DE VERSALLES, POETA Y SABIO,
ESTA ZALEMA ESCOGIDA DE LA REINA
SCHAHRAZADA Y DE SU AMIGO

J. C. M.





HISTORIA DEL JOVEN NUR Y DE LA FRANCA HEROICA

(CONTINUACIÓN)

PERO CUANDO LLEGÓ
LA 676.^a NOCHE



Ella dijo:

...Y así fué como, entre rosas, alegrías y escareceos múltiples, el joven Nur conoció el amor en los brazos de una egipcia bella y sana cual el ojo del gallo y blanca cual la almendra mondada.

Estaba escrito en su destino que así tenía que suceder su iniciación. Pues si no, ¿cómo se comprenderían las cosas aún más maravillosas que marcarían sus pasos por el camino llano de la vida feliz?

Una vez que terminaron sus escarceos, se levantó el joven Nur, porque comenzaban á brillar estrellas en el cielo, y el soplo de Dios alzabase con el viento de la noche. Y dijo él á la joven: «¡Con tu permiso!» Y á pesar de las súplicas de ella para retenerle, no quiso retrasarse más, y la abandonó para montar en su mula y regresar lo más pronto posible á su casa, donde ya le esperaban con ansiedad su padre Corona y su madre.

Y he aquí que, en cuanto él franqueó el umbral, su madre, llena de inquietud por aquella desacostumbrada ausencia de su hijo, corrió á su encuentro, le estrechó en sus brazos, y le dijo: «¿Dónde estuviste, querido mío, que tanto tardaste en volver á casa?» Pero en cuanto Nur abrió la boca, su madre notó que había tomado vino y le olió el aliento. Y le dijo: «¡Ah! ¿qué has hecho, desgraciado Nur? ¡Qué calamidad como llegue á olerte tu padre!» Porque, aunque Nur había sopor-tado la bebida mientras estuvo en brazos de la egipcia, cuando se expuso al aire libre se le dislocó la razón y titubeaba á derecha y á izquierda como un beodo. Así es que su madre se apresuró á llevarle al lecho y acostarle, arropándole mucho.

Pero en aquel momento llegó á la habitación el mercader Corona, que era un observante fiel de la ley de Alah, que prohíbe á los creyentes bebidas fermentadas. Y al ver acostado á su hijo pálido y con el rostro descompuesto, preguntó á su esposa: «¡Qué le pasa?» Ella contestó: «¡Tiene un dolor muy

fuerte de cabeza, ocasionado por el exceso de aire de ese jardín adonde le permitiste que fuera para pasearse con sus camaradas!» Y el mercader Corona, muy apesadumbrado por aquel reproche de su esposa y por la indisposición de su hijo, se inclinó sobre Nur para preguntarle cómo estaba; pero le olió el aliento, é indignado, sacudió del brazo á Nur y le gritó: «¿Cómo se entiende, hijo libertino? ¡has infringido la ley de Alah y de su profeta, y te atreves á entrar en casa sin purificarte la boca!» Y siguió amonestándole con dureza.

Entonces, Nur, que se hallaba en completo estado de embriaguez, sin saber á punto fijo lo que hacía, levantó la mano y asestó á su padre, el mercader Corona, un puñetazo que le alcanzó al ojo derecho, y lo hizo con tanta violencia, que le derribó en tierra. Y en el límite de la indignación, el anciano Corona juró por el divorcio y por el tercer poder, que al día siguiente echaría de casa á su hijo Nur después de cortarle la mano derecha. Luego abandonó la habitación.

Cuando la madre de Nur oyó aquel tremendo juramento, contra el cual no había recurso ni remedio posible, desgarró sus ropas con desesperación, y se pasó toda la noche lamentándose y llorando junto al lecho de su hijo sumido en la embriaguez. Pero como la cosa urgía, consiguió disiparle los vapores del vino, haciéndole sudar y orinar mucho. Y como no se acordara él de nada de lo que había sucedido, le contó ella la acción

que hubo de cometer y el terrible juramento de su padre Corona. Luego le dijo: «¡Ay de nosotros! ¡ahora son inútiles las lamentaciones! ¡Y el único partido que puedes tomar, hasta tanto que el destino haya cambiado el aspecto de las cosas, es alejarte cuanto antes ¡oh Nur! de casa de tu padre! ¡Parte, hijo mío, para la ciudad de Al-Iskandaria, y aquí tienes una bolsa con mil dinares de oro y cien dinares! Cuando te falte poco para agotar este dinero, pídemelo otra, cuidando de darme noticias tuyas.» Y se echó á llorar, besándole.

Entonces, tras de haber vertido por su parte muchas lágrimas de arrepentimiento, se ató Nur la bolsa á la cintura, despidióse de su madre, y salió de la casa ocultamente para ganar al punto el puerto de Bulak y desde allí bajar por el Nilo en un navío hasta Al-Iskandaria, donde desembarcó con buena salud.

Y he aquí que Nur se encontró con que Al-Iskandaria era una ciudad maravillosa, habitada por gentes de lo más encantadoras, y dotada de un clima delicioso, de jardines llenos de rumores y flores, de hermosas calles y de zocos magníficos. Y hubo de complacerse, pues, en recorrer los diversos barrios de la ciudad y todos los zocos, uno tras otro. Y al pasar por el zoco de los mercaderes de flores y frutas, que era particularmente agradable...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 677.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y al pasar por el zoco de los mercaderes de flores y frutas, que era particularmente agradable, vió que pasaba un persa montado en una mula, llevando á la grupa una maravillosa joven de aspecto delicioso y estatura de cinco palmos largos. Era blanca como la bellota en su cáscara, como la breca en la pecera, como la palmera en el desierto. Su rostro era más deslumbrante que el resplandor del sol, y bajo la guardia de los arcos tensos de sus cejas brillaban dos grandes ojos negros, originarios de Babilonia. Y á través de la tela transparente que la envolvía, se adivinaban en ella esplendores á ningunos otros parecidos: mejillas suaves cual el raso más hermoso y sembradas de rosas; dientes que eran dos collares de perlas; senos firmes y amenazadores; caderas ondulosas; muslos semejantes á las colas rollizas de los carneros de Siria, y guardando en su cima de nieve un tesoro incomparable, y soportando un trasero formado en su totalidad con una pasta

de perlas, de rosas y de jazmines ¡Gloria á su Creador!

Así es que, cuando el joven Nur vió á aquella joven, que superaba en esplendores á la morena egipcia del jardín, no pudo menos de seguir á la mula feliz que la llevaba. Y echó á andar detrás de ella, hasta que llegaron á la plaza del Mercado de Esclavos.

Entonces el persa se apeó de la mula, y tras de ayudar á la joven para que se apease á su vez, la cogió de la mano y se la entregó al subastador público para que la subastase en el mercado. Y el subastador, apartando á la muchedumbre, hizo sentarse á la joven en medio de la plaza sobre un sillón de marfil enriquecido de oro. Luego paseó su mirada por los que le rodeaban, y gritó:

«¡Oh mercaderes! ¡oh compradores! ¡oh dueños de riquezas! ¡Ciudadanos y beduínos! ¡oh presentes que me rodeáis de cerca ó de lejos, abrid la subasta! ¡Nadie censure al primer postor! ¡Examinad y hablad! ¡Alah es omnipotente y omnisciente! ¡Abrid la subasta!»

Entonces se adelantó al primer término un anciano, que era el síndico de los mercaderes de la ciudad y ante quien ninguno se atrevió á alzar la voz para pujar. Y lentamente dió la vuelta al sillón en que estaba la joven, y después de examinarla con gran atención, dijo: «¡Abro la subasta ofreciendo novecientos veinticinco dinares!»

Al punto gritó con toda su alma el subastador:

«¡Se abre la subasta con una oferta de novecientos veinticinco dinares! ¡Oh abridor! ¡oh omnisciente! ¡oh generoso! ¡En novecientos veinticinco dinares está tasada la perla incomparable!» Luego, como nadie quería aumentar la puja por consideración al venerable síndico, el subastador encaróse con la joven y le preguntó: «¿Consientes ¡oh soberana de las lunas! en pertenecer á nuestro venerable síndico?» Y contestó la joven debajo de sus velos: «¿Estás loco, ¡oh subastador! ó solamente tienes dislocación de la lengua, ya que me haces semejante ofrecimiento?» Y preguntó el subastador, cohibido: «¿Y por qué, ¡oh soberana de las bellas!» Y dijo la joven, descubriendo con una sonrisa las perlas de su boca: «¡Oh subastador! ¿no te da vergüenza ante Alah y por tu barba querer entregar jóvenes de mi calidad á un anciano como ese, decrepito y sin facultades, al cual más de una vez sin duda su mujer le habrá reprochado su frialdad en términos violentos é indignados? ¿Y acaso no sabes que es á ese viejo precisamente á quien se aplican estos versos del poeta:

*¡Me pertenece en propiedad un zib calamitoso!
¡Es de cera que se derrite, pues cuanto más se le
toca, más se ablanda!*

*¡Por más razones que le expongo, se obstina en
dormir cuando hace falta que se despierte! ¡Es un
zib perezoso!*

¡Pero en cuanto estoy con él á solas, he aquí que

de pronto se siente poseído de ardor guerrero! ¡Ah! ¡es un zib calamitoso!

¡Es avaro cuando tiene que alardear de generosidad, y pródigo cuando tiene que hacer economías! ¡Hijo de perro! ¡Si duermo, se despierta al punto; y si me despierto, al punto se duerme! ¡Es un zib calamitoso! ¡Maldito sea quien se compadezca de él!?

Cuando los presentes oyeron estas palabras y estos versos de la joven, se pusieron extremadamente serios en vista de aquella falta de consideración y de respeto para con el síndico. Y el subastador dijo á la joven: «¡Por Alah, ¡oh mi señora! que estás haciendo que se me ennegrezca el rostro en presencia de los mercaderes! ¿Cómo puedes decir semejantes cosas de nuestro síndico, que es un hombre respetable y prudente, incluso un sabio?» Pero ella contestó: «¡Ah! ¡tanto mejor entonces, si es un sabio! ¡Ojalá le aproveche la lección! ¿Para qué sirven los sabios sin zib? ¡Mejor será que vaya á esconderse!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 678.^a NOCHE

Ella dijo:

»...¿Para qué sirven los sabios sin zib? ¡Mejor será que vaya á esconderse!»

Entonces, para que la joven no siguiese en sus insultos al viejo síndico, el subastador se apresuró á continuar la subasta, chillando á toda voz: «¡Oh mercaderes! ¡oh compradores! ¡la subasta está abierta y permanece abierta! ¡Para el mejor postor será la hija de reyes!» Entonces adelantóse otro mercader, que no había presenciado lo que acababa de ocurrir, y que dijo, deslumbrado por la belleza de la joven: «¡Para mí, por novecientos cincuenta dinares!» Pero al verle, la joven lanzó una carcajada; y cuando se acercó él á ella para examinarla mejor, le dijo: «Dime, ¡oh jeique! ¿tienes en tu casa un alfanje fuerte?» Él contestó: «¡Sí, por Alah, oh señora mía! Pero ¿para qué lo quieres?» Ella contestó: «¿No ves que ante todo necesitas cortarte un buen pedazo de esa berenjena que llevas á modo de nariz? No ignorarás que á ti mejor que á nadie cuadran estas palabras del poeta:

¡En su rostro se eleva un inmenso minarete, que

por sus dos puertas podría dar acceso á todos los humanos! ¡Y de una vez se despoblaria la tierra entonces!»

Cuando el mercader de la nariz gorda hubo oído estas palabras de la joven, sintió tanta ira, que estornudó muy fuerte; luego, cogiendo por el cuello al subastador, le asestó varios golpes en la nuca, gritando: «¡Maldito subastador! ¿es que sólo nos has traído á esta impúdica esclava para que nos injurie y nos convierta en motivo de escarnio?» Y el subastador, muy pesaroso, se encaró con la joven y le dijo: «¡Por Alah, que en todo el tiempo que llevo ejerciendo mi oficio, nunca tuve una jornada tan mala como esta! ¿No podrías reprimir los desórdenes de tu lengua y dejarnos ganar nuestro sustento?» Luego, para poner fin á los murmullos que se alzaban, continuó la subasta.

Entonces se presentó un tercer mercader muy barbudo, que quiso comprar la hermosa esclava. Pero antes de que abriese la boca para pujar, la joven se echó á reir y exclamó: «Mira, ¡oh subastador! En casa de este hombre está cambiado el orden de la Naturaleza; es un carnero de cola gorda, ¡pero le ha salido la cola en el mentón! ¡Y claro está que no pensarás en cederme á un hombre que posee una barba tan larga, y por consiguiente, un ingenio tan corto! ¡Porque ya sabes que la inteligencia y la razón están en orden inverso con la longitud de la barba!»

¡Al oír estas palabras, el subastador, en el límite de la desesperación, no quiso llevar más adelante aquella venta! Y exclamó: «¡Por Alah, que ya no ejerzo más por hoy mi oficio!» Y cogiendo de la mano á la joven, poseído de terror, se la entregó á su antiguo amo el persa, diciéndole: «¡Es invendible entre nosotros! ¡Que Alah abra para ti por otra parte la puerta de la venta y de la compra!» Y sin turbarse ni conmoverse, el persa se encaró con la joven y le dijo: «¡Alah es el más generoso! ¡Ven, hija mía, que acabaremos por encontrar al comprador que te corresponde!» Y se la llevó consigo y se marchó, cogiéndola de la mano, mientras que con la otra mano conducía de la brida á la mula, y la joven lanzaba con sus ojos á los que la miraban largas flechas negras y aceradas.

¡Y he aquí que sólo entonces fué cuando advertiste al joven Nur, ¡oh maravillosa! y á su vista, sentiste que el deseo te mordía el hígado y el amor te trastornaba las entrañas! Y te paraste de pronto y dijiste á tu amo el persa: «¡A ese es á quien quiero! ¡Véndeme á él!» Y el persa se volvió y divisó á su vez á aquel joven adornado con todos los encantos de la juventud y de la belleza, y elegantemente envuelto en un manto color de pasa. Y dijo á la joven: «Ese joven estaba entre los presentes hace un momento en la subasta, y no se adelantó á pujar. ¿Cómo quieres, pues, que vaya á proponerte á él? ¿No ves que un paso así haría bajar mucho el precio de la venta?» Ella contestó.

«No hay inconveniente en que así sea. No quiero pertenecer á nadie mas que á ese hermoso joven. Y no me poseerá ningún otro.» Y se adelantó resueltamente hacia el joven Nur y le dijo, deslizándole una mirada cargada de tentaciones: «¿Es que no soy lo bastante bella ¡oh mi señor! para que te dignes pujar tú?» El joven contestó: «¡Oh soberana mía! ¿acaso hay en el mundo una belleza que se te pueda comparar?» Ella preguntó: «¿Por qué, pues, me has desdeñado cuando me proponían al mejor postor? ¡Sin duda no me encuentras de tu agrado!» El joven contestó: «Alah te bendiga, ¡oh mi señora! En verdad que de estar en mi país te hubiese comprado con todas las riquezas y los bienes todos que posee mi mano. ¡Pero aquí no soy mas que un extranjero y no poseo, por todo recurso, mas que una bolsa con mil dinares!» Ella dijo: «¡Ofrécela para comprarme y no te arrepentirás!» Y el joven Nur, sin poder resistir á la tentación de la mirada fija en él, se quitó el cinturón en que tenía guardados los mil dinares, y contó y pesó el oro ante el persa. Y ultimaron el trato ambos tras de hacer ir al kadí y á los testigos para la legalización del contrato de venta y compra. Y á fin de confirmar el acto, declaró la joven: «¡Consiento en que se me venda á este hermoso joven por los mil dinares entregados á mi amo el persa!» Y los presentes se dijeron unos á otros: «¡Ualah! ¡están hechos el uno para el otro!» Y el persa dijo á Nur: «¡Ojalá sea para ti ella motivo de bendiciones!

¡Regocijaos juntos con vuestra juventud! ¡por igual merecéis la dicha que os espera!...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 679.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...¡por igual merecéis la dicha que os espera!»

Entonces, el joven Nur, seguido por la joven de caderas ondulantes, se encaminó al khan grande de la ciudad, y apresuróse á alquilar allí una habitación en que alojarse. Y se excusó con la joven por no poder ofrecerle nada mejor, diciendo: «¡Por Alah, ¡oh mi señora! que si estuviese yo en El Cairo, mi ciudad, te alojaría en un palacio digno de tí! ¡Pero te repito que aquí no soy mas que un extranjero! ¡Y para atender á nuestras necesidades, sólo llevo encima lo justo con que pagar este alojamiento!» Ella contestó, sonriendo: «¡No te inquietes por eso!» Y se sacó del dedo una sortija que tenía engastado un rubí de gran valor, y le dijo: «Toma esto y ve á venderlo al zoco. ¡Y compra lo que haga falta para un festín de dos personas; y gasta sin temor y compra los víveres y bebidas mejores que haya, sin olvidar las flores, las frutas y

los perfumes!» Y Nur se apresuró á ejecutar la orden, y no tardó en volver cargado con provisiones de todas clases. Y se recogió las mangas y el ropón, y puso el mantel, y sirvió con mucho cuidado el festín. Luego sentóse junto á la joven, que le miraba sonriendo; y para empezar, se pusieron á comer bien y á beber bien. Y cuando estuvieron hartos y la bebida comenzó á producir su efecto, el joven Nur, que estaba un poco intimidado por los ojos brillantes de su esclava, no quiso dejarse llevar de los deseos tumultuosos que le agitaban sin informarse antes del país y del origen de la joven. Y le tomó la mano y la besó, y le dijo: «¡Por Alah sobre tí, oh mi señora! ¿no podrías decirme ya tu nombre y tu país?» Ella contestó: «¡Precisamente ¡oh Nur! yo misma iba á hablarte de ello la primera!» Y se paró un momento, y dijo:

«Has de saber ¡oh Nur! que me llamo Mariam, y que soy la hija única del poderoso rey de los francos, que reina en la ciudad de Constantinia. Así, pues, no tienes por qué asombrarte cuando sepas que en mi infancia recibí la mejor educación y que tuve maestros de todo. También me enseñaron á manejar la aguja y el huso, á hacer pinturas y bordados, á tejer tapices y ceñidores y á labrar telas de oro sobre fondo de plata ó de plata sobre fondo de oro. Y asimismo aprendí cuanto pudiera adornar el ingenio y realzar la belleza. Y crecí de tal suerte en el palacio de mi padre, lejos de todas las miradas. Y las mujeres de palacio, mirándome

con ojos de ternura, decían que era yo la maravilla de mi tiempo. Así es que no dejaron de ir á pedirme en matrimonio gran número de príncipes y reyes que reinaban en tierras y en islas; pero mi padre el rey rechazó todas sus proposiciones, sin querer separarse de su única hija, á la que quería más que á su vida y más que á los numerosos hijos varones, hermanos míos, que tenía.

»Por aquel entonces, habiendo yo caído enferma, hice la promesa de que, si recobraba la salud, iría en peregrinación á un monasterio muy venerado entre los francos. Y cuando estuve curada, quise cumplir mi promesa, y me embarqué con una de mis damas de honor, hija de un grande entre los grandes de la corte de mi padre el rey. Pero en cuanto perdimos de vista la tierra, atacaron y abordaron nuestro navío unos piratas musulmanes, y yo misma, con todo mi séquito, fuí reducida á esclavitud y conducida á Egipto, en donde me vendieron al mercader persa que viste en el zoco, y que, felizmente para mi virginidad, es eunuco. Y también para suerte mía y porque así lo quiso mi destino, mi amo, estando yo en su casa, sufrió una larga y peligrosa enfermedad, durante la cual le produgué los cuidados más atentos. Así es que, en cuanto recobró la salud, quiso probarme su gratitud por las muestras de afecto que yo le había dado mientras duró su dolencia, y me rogó que le pidiese cuanto pudiera anhelar mi alma. Y por todo favor yo reclamé de él que me ven-

diera á alguno que pudiese utilizar lo que en mí había de utilizable, pero que no me cediera mas que á quien yo escogiese por mí misma. Y al instante me lo prometió el persa, y se apresuró á venderme en la plaza del mercado, desde donde pude fijar en tí mi elección, ¡oh ojos míos! excluyendo á todos los viejos y decréptos personajes que me codiciaban.»

Y tras de hablar así, la joven franca miró á Nur con ojos en que llameaba el oro de las tentaciones, y le dijo: «¿Podría, tal como soy, pertenecer á otro que no fueras tú, ¡oh joven!?» Y con un ademán rápido, retiró sus velos y se desnudó por completo, para aparecer en su deliciosa desnudez. ¡Bendito sea el vientre que la llevó! ¡Sólo entonces pudo Nur darse cuenta de la bendición que había descendido sobre su cabeza! Y vió que la princesa era una belleza suave y blanca como un tejido de lino, y que esparcía por doquiera el delicado olor del ámbar, al igual de la rosa, que segrega por sí misma su perfume original. Y la estrechó en sus brazos, y cuando la exploró en su profundidad íntima, hubo de encontrar en ella una perla intacta aún. Y con aquel descubrimiento se puso jubiloso hasta el límite del júbilo, y se inflamó hasta el límite de la inflamación. Y empezó á pasarle la mano por sus miembros encantadores y su cuello delicado, y á hundirla entre las olas y bucles de su cabellera, haciendo chasquear los besos en sus mejillas como guijarros que sonasen al caer en el

agua; y se endulzaba con sus labios, y le daba palmadas en las nalgas temblorosas. ¡Eso fué todo, en verdad! Y á su vez, no dejó ella de hacer ver una parte considerable de los dones que poseía y de las maravillosas aptitudes que había en ella; porque unía la voluptuosidad de las griegas á las amorosas facultades de las egipcias, los movimientos lascivos de las muchachas árabes á la fogosidad de las etíopes, el candor asustado de las francas á la ciencia consumada de las indias, la experiencia de las hijas de Circasia á los deseos apasionados de las nubias, la coquetería de las hijas del Yamán á la violencia muscular de las mujeres del Alto Egipto, la pequeñez de órganos de las chinas al ardor de las hijas del Hedjaz, y el vigor de las mujeres del Irak á la delicadeza de las persas. Así es que no cesaron de suceder los enlazamientos á los abrazos, los besos á las caricias y las copulaciones á las locuras, durante toda la noche, hasta que, un poco fatigados de sus transportes y de sus múltiples asaltos, se durmieron por fin uno en brazos de otro, ebrios de goces. ¡Gloria á Alah, que no ha creado espectáculo más encantador que el de dos amantes dichosos que, después de embriagarse con las delicias de la voluptuosidad, reposan en su cama, con los brazos entrelazados, las manos unidas y los corazones latiendo juntos!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 700.^a NOCHE

Ella dijo:

...¡Gloria á Alah, que no ha creado espectáculo más encantador que el de dos amantes dichosos que, después de embriagarse con las delicias de la voluptuosidad, reposan en su cama, con los brazos entrelazados, las manos unidas y los corazones latiendo juntos!

Cuando se despertaron al día siguiente, no dejaron de repetir sus escarceos, con más intensidad, calor, multiplicidad, repeticiones, vigor y experiencia que la víspera. Así es que la princesa franca, maravillada y en el límite de la admiración al ver tantas facultades reunidas en los hijos de los musulmanes, se dijo: «¡En verdad que cuando una religión inspira y desarrolla en sus creyentes tales alardes de valor, de heroísmo y de aptitud, es incontestablemente la mejor, la más humana y la única verdadera entre todas las religiones!» Y en el momento quiso ennoblecerse con el Islam. Encaróse con Nur y le preguntó: «¿Qué tengo que hacer para ennoblecerme con el Islam, ¡oh ojos míos!? ¡Porque quiero hacerme musulmana como tú, ya que la paz de mi alma no se hallaba con los francos, que hacen una virtud de la horrible con-

tinencia y nada estiman tanto como un sacerdote castrado! ¡Son unos pervertidos que ignoran el valor inestimable de la vida! ¡Son unos desgraciados á quienes no calienta con sus rayos el sol! ¡Así es que mi alma quiere morar aquí, donde florecerá con todas sus rosas y cantará con todos sus pájaros! ¡Dime, pues, qué tengo que hacer para convertirme en musulmana!» Y Nur, lleno de dicha por haber contribuido así, en la medida de sus fuerzas, á convertir á la princesa franca, le dijo: «¡Oh mi señora! ¡nuestra religión es sencilla é ignora las complicaciones externas! ¡Tarde ó temprano, reconocerán todos los descreídos la superioridad de nuestras creencias, y se encaminarán á nosotros por sí mismos, como se sale de las tinieblas á la luz, de lo incomprensible á lo claro y de lo imposible á lo natural! En cuanto á ti, ¡oh princesa de bendición! para lavarte de la mugre cristiana, no tienes mas que pronunciar estas dos palabras: «¡No hay más Dios que Alah y Mahomed es el Enviado de Alah!» ¡Y al instante te volverás creyente y musulmana!» Al oír estas palabras, la princesa Maríam, hija del rey de los francos, levantó el dedo y pronunció: «¡Atestiguo y certifico que no hay más Dios que Alah y que Mahomed es el Enviado de Alah!» ¡Y al instante se ennobleció con el Islam! ¡Gloria á Quien con procedimientos sencillos abre los ojos de los ciegos, torna sensibles los oídos de los sordos, desata la lengua de los mudos y ennoblece los corazones pervertidos, al Dueño de las

virtudes, al Distribuidor de gracias, al Bueno para sus creyentes! ¡Amin!

Realizado de tal modo aquel acto importante (¡loado sea Alah!) se levantaron ambos de su lecho de voluptuosidad y fueron á los retretes, haciendo luego sus abluciones y las plegarias prescritas. Tras de lo cual comieron y bebieron y se pusieron á charlar con mucho agrado y á divagar amistosamente. Y cada vez se maravillaba más Nur de los conocimientos numerosos de la princesa y de su sabiduría y sagacidad.

Por la tarde, á la hora de la plegaria del asr, el joven Nur se dirigió á la mezquita, y la princesa Mariam fué á pasearse por el lado de la Columna del Mástil. ¡Y he aquí lo referente á ellos!

Pero en cuanto al rey de los francos de Constantinia, padre de Mariam, cuando supo la captura de su hija por los piratas musulmanes, aflujióse hasta el límite de la aflicción y se desesperó hasta sentirse morir. Y envió á todas partes jinetes y patricios para que hicieran las pesquisas necesarias y rescataran á la princesa y la salvaran, de grado ó por fuerza, de las manos de sus raptos. Pero cuantos se encargaron de aquellas pesquisas regresaron al cabo de cierto tiempo sin haberse enterado de nada. Entonces hizo ir á su visir, que también era jefe de policía, un viejecillo tuerto del ojo derecho y cojo de la pierna izquierda, pero un verdadero demonio entre los espías; porque era capaz de desenredar, sin romperlos, los hilos enreda-

dos de una tela de araña, de sacar los dientes á un dormido sin despertarle, de escamotear los bocados entre los labios de un beduino hambriento, y de horadar por tres veces seguidas á un negro sin que el negro pudiese ni revolverse siquiera. Y le dió la orden de recorrer todos los países musulmanes y no volver sin la princesa. Y le prometió toda clase de honores y de prerrogativas á su regreso, pero haciéndole entrever el palo para en caso de que fracasase. Y se apresuró á partir el visir tuerto y cojo. Y empezó á viajar, disfrazado, por países amigos y enemigos, sin dar con ninguna pista, hasta que llegó á El-Iskandaria.

Y aquel día precisamente fué á la Columna del Mástil, con los esclavos que le habían acompañado, para recrearse un momento. Y quiso el destino que se encontrase con la princesa Mariam, la cual tomaba el fresco por aquellos contornos. Así es que, en cuanto la reconoció, se bamboleó de alegría y se precipitó á su encuentro. Y llegado que fué ante ella, puso una rodilla en tierra y quiso besarle las manos. Pero la princesa, que había adquirido todas las virtudes musulmanas y la decencia para con los hombres, aplicó una tremenda bofetada á aquel visir franco tan feo, y le gritó: «¡Perro maldito! ¿qué vienes á hacer en tierra musulmana? ¿Acaso crees que voy á caer en tu poder?»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ
LA 701.^a NOCHE

Ella dijo:

...Pero la princesa, que había adquirido todas las virtudes musulmanas y la decencia para con los hombres, aplicó una tremenda bofetada á aquel visir franco tan feo, y le gritó: «¡Perro maldito! ¿qué vienes á hacer en tierra musulmana? ¿Acaso crees que voy á caer en tu poder?» El franco contestó: «¡Oh princesa! Yo no tengo la culpa de esto. ¡Culpā sólo á tu padre el rey, que me ha amenazado con el palo si no te encuentro! Es preciso, pues, que vengas con nosotros, de grado ó por fuerza, para salvarme de ese suplicio espantoso. ¡Además, tu padre está muriéndose de desesperación al saber que eres cautiva de los infieles, y tu madre está bañada en lágrimas de pensar en los malos tratos que debiste sufrir entre las manos de esos bandidos perforadores!» Pero la princesa Mariam contestó: «¡Nada de eso! He encontrado la paz de mi alma aquí mismo. ¡Y no abandonaré esta tierra de bendición! ¡Vuélvete, pues, por donde has venido, antes de que te haga yo empalar precisamente aquí, en lo alto de la Columna del Mástil!»

Al oír estas palabras, el franco cojo compren-

dió que no decidiría á la princesa para que le siguiese de buen grado, y le dijo: «Con tu permiso, ¡oh mi señora!» É hizo seña de que se apoderaran de ella á sus esclavos, qué al punto la rodearon, la amordazaron, y aunque ella se defendió y les arañaba cruelmente, se la cargaron á la espalda, y al caer la noche la transportaron á bordo de un navío que se hacía á la vela para Constantinia. ¡Y he aquí lo referente al visir tuerto y cojo y á la princesa Mariam!

En cuanto al joven Nur, cuando vió que la princesa Mariam no volvía al khan, no supo á qué atribuir su tardanza. Y como avanzaba la noche y aumentaba su inquietud, salió del khan y echó á andar por las calles desiertas, con la esperanza de encontrarla, y acabó por llegar al puerto. Unos bateleros le enteraron allí de que acababa de zarpar un navío y que habían llevado á bordo á una joven cuyas señas coincidían exactamente con las que él les daba.

Al enterarse de aquella marcha de su bienamada, Nur empezó á lamentarse y á llorar, sin interrumpir sus sollozos mas que para decir á gritos: «¡Mariam! ¡Mariam!» Entonces, conmovido por su belleza y por su desesperación, un anciano que le veía quejarse de tal suerte se acercó á él y le interrogó bondadosamente acerca de la causa de sus lágrimas. Y Nur le contó la desgracia que acababa de sucederle. Entonces le dijo el anciano: «¡No llores más, hijo mío, y no te desesperes! El

navío que acaba de zarpar se hizo á la vela con rumbo á Constantinia, y precisamente yo, que soy capitán marino, voy también á hacerme á la vela esta noche para esa ciudad con los cien musulmanes que llevo á bordo. ¡No tienes, pues, mas que embarcarte conmigo, y encontrarás al objeto de tus deseos! Y con lágrimas en los ojos, besó Nur la mano al capitán marino y se apresuró á embarcarse con él en el navío, que salió disparado á toda vela por el mar.

Y he aquí que Alah les escribió la seguridad, y al cabo de una navegación de cincuenta y un días, llegaron á la vista de Constantinia, donde no tardaron en echar pie á tierra. Pero al punto les prendieron los soldados francos que guardaban la costa, y les despojaron y metieron en la cárcel, siguiendo órdenes del rey, que quería vengarse así en todos los mercaderes extranjeros de la afrenta hecha á su hija en los países musulmanes.

Porque la princesa Mariam había llegado á Constantinia la misma víspera de aquel día. Y en cuanto cundió por la ciudad la nueva de su regreso, se adornaron en honor suyo todas las calles y toda la población corrió á su encuentro. Y el rey y la reina montaron á caballo con todos los grandes y dignatarios de palacio, y fueron á recibirla al desembarcar. Y tras de haber besado con ternura á su hija, la reina le preguntó ansiosamente si estaba virgen todavía ó si, para desgracia suya y para oprobio de su nombre, había perdido el

sello inestimable. Pero, echándose á reir ante todos los concurrentes, la princesa contestó: «¿Qué me preguntas, ¡oh madre mía! ¿Acaso crees que se puede permanecer virgen en el país de los musulmanes? ¿Ignoras que en los libros de los musulmanes se dice: «¡Ninguna mujer envejecerá virgen en el Islam!»?...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 702.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Ninguna mujer envejecerá virgen en el Islam!»

Cuando la reina—que no había hecho públicamente esta pregunta á su hija mas que para esparcir, en cuanto llegase, la noticia de que su virginidad permanecía intacta y de que su honor estaba á salvo—oyó estas palabras tan insólitas y pronunciadas en presencia de toda la corte, se puso muy amarilla y cayó desmayada en brazos de sus doncellas, que estaban asombradas ante aquel escándalo tan enorme. Y el rey, muy furioso con aquella aventura y sobre todo en vista de la franqueza con que su hija se avenía á lo que le había ocurrido,

sintió que la bolsa de la hiel se le reventaba dentro del hígado, é indignado hasta el límite de la indignación, se llevó á la princesa y entró á toda prisa en el palacio, en medio de la consternación general, de narices alargadas de dignatarios y caras indigestas de ancianas matronas pudibundas. Y convocó con urgencia á su Consejo de Estado, y pidió su opinión á los visires y á los patriarcas. Y contestaron los visires y los patriarcas consultados: «Nuestra opinión es que, para purificar á la princesa de la impureza de los musulmanes, sólo hay un medio, y consiste en lavarla con la sangre de ellos. ¡Es preciso, pues, sacar de la cárcel cien musulmanes y cortarles la cabeza! ¡Y se recogerá la sangre que brote de sus cuellos, y en ella se bañará el cuerpo de la princesa, como si se tratase de un segundo bautismo!»

Entonces, el rey ordenó que cogieran á los cien musulmanes que acababan de meter en la cárcel, y entre los cuales se encontraba, como es sabido, el joven Nur. Y empezaron por cortar la cabeza al capitán marino. Luego cortaron la cabeza á todos los mercaderes. Y cada vez recogían en un baño la sangre que brotaba de los cuellos sin cabeza. Y le llegó el turno al joven Nur. Y ya le conducían al sitio de la ejecución, vendándole los ojos y colocándole en la alfombra ensangrentada, en tanto que el ejecutor blandía su alfanje para hacerle saltar del cuello la cabeza, cuando se acercó al rey una vieja y le dijo: «¡Oh

rey del tiempo! ¡Ya se han cortado las cien cabezas, y el baño está lleno de sangre! ¡Debes perdonar, pues, á ese joven musulmán que queda, y dármelo para dedicarle al servicio de la iglesia!» Y exclamó el rey: «¡Por el Mesías, que dices la verdad! Ya se hallan ahí las cien cabezas, y el baño está lleno. ¡Quédate, pues, con él y utilízale en servicio de la iglesia!» Y la vieja, que era la celadora de la iglesia, dió las gracias al rey, y mientras éste se retiraba con sus visires para proceder al bautismo de sangre de la princesa, se llevó al joven Nur. Y encantada de su belleza, le condujo á la iglesia sin tardanza.

Allí la vieja ordenó al joven Nur que se desnudase, y le dió un largo ropón negro, un gorro alto de sacerdote, un velo negro muy grande para cubrir aquel gorro, una estola y un cinturón ancho. Y le vistió por sí misma para enseñarle cómo debía servirse de aquellas prendas, y le dió sus instrucciones para que se dedicase, como era debido, al servicio de la iglesia. Y durante siete días consecutivos vigiló su trabajo y fomentó sus aptitudes, en tanto que él se lamentaba con su corazón de creyente por verse obligado á hacer semejante farsa al servicio de los descreídos.

Pero por la tarde del séptimo día, la vieja dijo á Nur: «Has de saber, hijo mío, que dentro de unos instantes la princesa Mariam, que ha sido purificada con el bautismo de sangre, va á venir á la iglesia para pasar aquí toda la noche en devoción y

hacerse perdonar de esa manera los actos de su pasado. Por tanto, te aviso su llegada, á fin de que, cuando yo me vaya á acostar, te quedes á la puerta para prestarle el servicio que pida ó para llamarme en caso de que cayese desvanecida de contrición á causa de sus antiguos pecados. ¿Has comprendido bien?» Y contestó Nur, chispeantes los ojos: «He comprendido, ¡oh mi señora!»

Entretanto, llegó al vestíbulo de la iglesia la princesa Mariam, vestida de negro desde la cabeza hasta los pies y con el rostro cubierto por un velo negro, y después de inclinarse profundamente ante Nur, á quien tomaba por un sacerdote á causa de sus hábitos, penetró en la iglesia, cuya puerta hubo de abrírle la anciana celadora, y con paso lento se dirigió hacia una especie de oratorio interior, de aspecto muy tenebroso. Entonces, sin querer distraerla de sus devociones, la vieja se apresuró á retirarse; y tras de recomendar mucho á Nur que vigilara la puerta, se retiró á descansar á su habitación...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 703.ª NOCHE**

Ella dijo:

...se retiró á descansar á su habitación.

Cuando se cercioró Nur de que la anciana celadora, dormida ya, roncaba como una fiera, deslizóse hasta la iglesia y se dirigió al sitio en que se hallaba la princesa Mariam, el cual consistía en un oratorio alumbrado por una lámpara que ardía ante imágenes de impiedad (¡que el fuego las destruya!) Y entró sigilosamente en aquel oratorio, y dijo con voz temblorosa: «Soy Nur, ¡oh Mariam!» Y al reconocer la voz de su bienamado, la princesa creyó en un principio que soñaba y luego acabó por arrojarle en sus brazos. Y en el límite de la emoción, se besaron ambos en silencio durante largo rato. Y cuando pudieron hablar, contáronse mutuamente lo que les había sucedido desde el día de la separación. Y juntos dieron gracias á Alah, que hubo de permitir su encuentro.

Tras de lo cual, para celebrar con alegría aquel momento, la princesa se apresuró á quitarse los hábitos de duelo que su madre la reina la obligó á llevar para recordarle de continuo la pérdida de su virginidad. Y enteramente desnuda, se sentó en las rodillas de Nur, el cual, por su parte, había

arrojado lejos de sí su traje y sus prendas de sacerdote cristiano. Y comenzaron una serie de caricias extraordinarias y tales como nunca las había visto aquel lugar de perdición de las almas descreídas. Y en toda la noche no cesaron de abandonarse sin restricciones de ningún género á los regocijos más diversos de voluptuosidad, dándose mutuas pruebas de su grande y violento amor. Y en aquel momento sentíase Nur revivir con tanta intensidad, que hubiera podido degollar uno tras otro, sin interrumpirse, á mil sacerdotes con sus patriarcas. (¡Alah exterminie á los impíos y dé fuerza y valor á sus verdaderos creyentes!)

Cuando al apuntar el alba las campanas de la iglesia tocaron el primer toque de llamada para los descreídos, la princesa Mariam, aunque con lágrimas en los ojos, se apresuró á ponerse otra vez sus hábitos de duelo; y también Nur se vistió con sus vestiduras de impiedad (¡que Alah, que ve el fondo de las conciencias, les excuse por aquella necesidad cruel á que se hallaron reducidos!) Pero antes de separarse y tras de haberle besado por última vez, la princesa dijo á Nur: «¡Después de los siete días que llevas en esta ciudad, ¡oh Nur! supongo que conocerás á fondo el emplazamiento y los alrededores de esta iglesia!» Y contestó Nur: «Sí, ¡oh mi señora!» Ella dijo: «Pues bien; entonces escucha mis palabras y no las olvides. ¡Porque acabo de combinar ahora mismo un proyecto que nos permitirá escapar para siempre de este país! A tal fin,

mañana, á primera hora de la noche, no tendrás mas que abrir la puerta de la iglesia que da hacia el mar, é ir sin tardanza á la costa. Allí encontrarás un navío pequeño con una tripulación de diez hombres, cuyo capitán se apresurará á darte la mano al verte llegar, pero aguarda á que te llame por tu nombre; y sobre todo ¡no te precipites! En cuanto á mí, no tengas ninguna inquietud; ya sabré reunirme contigo sin dificultad. ¡Y Alah nos libraré de entre estas manos!» Luego, antes de despedirse de él, añadió aún: «No te olvides tampoco, ¡oh Nur! para hacer una buena despedida á los patriarcas, de escamotear del tesoro de la iglesia todo lo que encuentres más pesado respecto al valor y más ligero respecto al peso, y vaciar antes de marcharte la arquilla en que los infieles depositan las ofrendas en oro que hacen á los jefes de su impostural.» Y tras de haber hecho repetir á Nur, palabra por palabra, las instrucciones que acababa de darle, la princesa salió de la iglesia y volvió con ojos contritos al palacio en que la esperaba su madre para predicarle el arrepentimiento y la continencia. ¡Ojalá se vean siempre los creyentes preservados de la continencia impura y no se arrepientan mas que del daño hecho al prójimo! ¡Amín!

Así, pues, á primera hora de la noche, después de cerciorarse de los ronquidos de la anciana celadora de la iglesia, no dejó Nur de meter mano á las cosas preciosas del tesoro subterráneo, y vaciar en su cinturón de sacerdote todo el oro y la plata

contenidos en el arca de los patriarcas. Y cargado con aquellos despojos que hubo de tomar á los descreídos, salió á toda prisa á la orilla del mar por la puerta que le fué indicada. Y siguiendo las instrucciones que le dió la princesa, encontró el batel, cuyo capitán recibióle con toda cordialidad en compañía de su carga preciosa, dándole la mano y llamándole por su nombre. Y al punto se dió la señal de partida.

Pero los marineros, en vez de obedecer la orden de su capitán y soltar las amarras que sujetaban el navío á los postes de la orilla, empezaron á murmurar, y uno de ellos levantó la voz y dijo: «¡Oh, capitán! ¡bien sabes, no obstante, que hemos recibido órdenes completamente distintas del rey nuestro señor, que quiere que mañana embarque en nuestro navío su visir, para ver si encuentra á los piratas musulmanes que parece amenazan con llevarse á la princesa Mariam!» Pero exclamó el capitán, en el límite del furor ante semejante resistencia: «¿Quién se atreve á resistirse á mis órdenes?» Y blandiendo su sable, de un solo tajo derribó la cabeza del que había hablado. Y en la noche flameó el sable, rojo de sangre, como una antorcha. Pero aquel rasgo de energía no impidió que continuaran murmurando los demás marineros, que eran hombres de cuidado. Así es que todos compartieron la suerte de su camarada, perdiendo la cabeza de sobre sus hombros, los diez uno tras otro, á impulso del sable rápido como el relámpago. Y

el capitán empujó con el pie sus cuerpos hacia el mar...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 704.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y el capitán empujó con el pie sus cuerpos hacia el mar.

Hecho lo cual, encaróse con Nur, y en un tono de mando que no admitía réplica, le gritó: «¡Yalah! ¡Vamos! ¡Suelta las amarras, despliega las velas y cuida las jarcias, mientras yo me ocupo del timón!» Y dominado por el ascendiente que sobre él ejercía el terrible capitán, y como, además, no disponía de armas con qué defenderse y tratar de echar pie á tierra para ponerse en salvo, no tuvo más remedio Nur que obedecer, y aunque era inexperto en cosas de mar, ejecutó la maniobra lo mejor que pudo. Y dirigido desde la barra por la mano firme del capitán, el pequeño navío alejóse á toda vela, y empujado por un viento propicio, puso la proa hacia El-Iskandaria.

Entretanto, el pobre Nur se lamentaba desde lo más profundo de su alma, sin atreverse á que-

jarse descaradamente en presencia del barbudo capitán, que le miraba con ojos chispeantes; y se decía: «¡Vaya una calamidad que ha caído sobre mi cabeza en el momento en que creía yo acabadas mis tribulaciones! ¡Y cada contratiempo que me ocurre es peor que el anterior! ¡Si al menos comprendiese yo algo de todo esto! Y luego, ¿qué va á ser de mí al lado de este hombre feroz? ¡Sin duda que no saldré vivo de entre sus manos!» Y siguió dejándose llevar así de sus desoladores pensamientos durante toda la noche, cuidando de las velas y de los aparejos.

Por la mañana, á la vista de una ciudad donde iban á anclar para contratar más tripulantes, el capitán se levantó de pronto, presa de gran agitación, y empezó por tirar el turbante á sus pies. Luego, como Nur le mirara estupefacto, sin comprender nada, se echó á reír, y arrancándose á dos manos la barba y los bigotes, se transformó de improviso en una joven como la luna cuando sale sobre el mar. Y Nur reconoció á la princesa Mariam. Y una vez que se le hubo pasado la emoción, se arrojó á los pies de ella, en el límite de la admiración y de la alegría, y le confesó que había tenido mucho miedo á aquel terrible capitán que con tanta facilidad separaba de los hombros las cabezas de las personas. Y la princesa Mariam se rió mucho de su terror; y tras de abrazarse, apresuróse cada cual á maniobrar para entrar en el puerto de la ciudad. Y cuando estuvieron en tie-

rra contrataron á varios marineros, y se hicieron á la mar otra vez. Y la princesa Mariam, que entendía á maravilla la navegación y conocía las rutas marinas y los vientos y las corrientes, siguió dando de día las órdenes necesarias en el transcurso del viaje. Pero por la noche no dejaba de acostarse junto á su bienamado Nur y saborear, en medio de la frescura marina y bajo el cielo puro, todas las voluptuosidades del amor. ¡Alah los guarde y los conserve y aumente sobre ellos sus favores!

Alah les decretó hasta el fin del viaje una navegación sin contratiempo, y no tardaron en divisar la Columna del Mástil. Y cuando el navío estuvo amarrado en el puerto y los hombres de la tripulación bajaron á tierra, dijo Nur á la princesa Mariam: «¡Henos por fin en tierra musulmana! ¡Espérame aquí un momento solamente, que voy á comprarte todo lo preciso para que entres decentemente en la ciudad, pues veo que no tienes ropa ni velo ni babuchas!» Y contestó Mariam: «Sí, ve á comprarme todo eso, ¡pero no tardes en volver!» Y Nur bajó á tierra para comprar aquellos objetos. ¡Y he aquí lo referente á ellos!

¡Pero he aquí ahora lo referente al rey de los francos de Constantinia! Al día siguiente de la partida nocturna de la princesa, fueron á anunciarle su desaparición, y no pudieron darle otro detalle sino que había ido á hacer sus devociones á la gran iglesia patriarcal. Pero en el mismo instante

llegó la anciana celadora, que iba á anunciarle la desaparición del nuevo servidor de la iglesia, é inmediatamente le enteraron también de la marcha del navío y de la muerte de los diez marineros cuyos cuerpos decapitados se hallaron en la playa. Y el rey de los francos, bullendo de furor reconcentrado en su vientre, reflexionó durante una hora de tiempo, y dijo: «¡Puesto que mi navío ha desaparecido, no cabe duda que ha transportado á mi hija!» Y sobre la marcha llamó al capitán del puerto y al visir tuerto y cojo, y les dijo: «¡Ya os habréis enterado de lo que acaba de suceder! Sin duda ha partido mi hija para el país de los musulmanes en busca de sus perforadores. ¡Como no déis con ella, viva ó muerta, nada os salvará del palo que os espera! ¡Salid!»

Entonces, el viejo visir tuerto y cojo y el capitán del puerto se apresuraron á fletar un navío, y sin tardanza se hicieron á la vela con rumbo á El-Iskandaria, adonde llegaron en el mismo momento que ambos fugitivos. Y en seguida reconocieron el navío amarrado en el puerto. Y también divisaron, sin dejar lugar á duda, á la princesa Mariam, que estaba sentada sobre cubierta en un montón de jarcias. Y al punto hicieron destacarse en una barca á unos cuantos hombres armados, que se abalanzaron de pronto al navío de la princesa, consiguieron apoderarse de ella de improviso, la amordazaron y la transportaron á bordo de su nave después de prender fuego al navío. Y sin pér-

dida de tiempo llegaron á alta mar y pusieron la proa con rumbo á Constantinia, teniendo la fortuna de arribar allá sin contratiempo. Y se apresuraron á hacer entrega de la princesa Mariam á su padre...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 705.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y se apresuraron á hacer entrega de la princesa Mariam á su padre.

Cuando el rey de los francos vió entrar á su hija, y sus ojos se encontraron con los ojos de ella, no pudo contener la violencia de sus sentimientos, é inclinándose en su trono y adelantando los puños, le gritó: «¡Mal hayas, hija maldita! ¡Sin duda abjuraste de las creencias de tus antepasados, ya que así abandonas las moradas de tu padre y vas en busca de los descreídos que te quitaron el sello! ¡En verdad que tu muerte apenas podrá lavar la afrenta hecha al nombre cristiano y al honor de nuestra raza! ¡Ah, maldita, prepárate á ser ahorcada á la puerta de la iglesia!» Pero, lejos de tur-

barse, contestó la princesa Mariam: «Ya conoces mi franqueza, padre mío. No soy tan culpable como crees. Porque ¿qué crimen cometí al querer volver á una tierra en que calienta el sol con sus rayos y en que los hombres son fuertes y enteros? ¿Y qué iba á hacer aquí entre sacerdotes y eunucos?» Al oír estas palabras, la cólera del rey llegó á sus límites extremos, y gritó á sus verdugos: «¡Quitad de mi vista á esa hija ignominiosa y lleváosla para hacerla perecer con la muerte más cruel!»

Cuando los verdugos se disponían á prender á la princesa, el viejo visir tuerto avanzó hacia el trono renqueando, y después de besar la tierra entre las manos del rey, dijo: «¡Oh rey del tiempo! ¡permite á tu esclavo formular un ruego antes de la muerte de la princesa!» El rey dijo: «Habla, ¡oh mi viejo visir abnegado! ¡oh sostén de la cristiandad!» Y dijo el visir: «Has de saber ¡oh rey! que desde hace mucho tiempo tu indigno esclavo está prendado de los encantos de la princesa. Por eso vengo á rogarte que no la hagas morir, y como única recompensa por las pruebas acumuladas que te di de mi abnegación en interés de tu trono y de la cristiandad, me la concedas por esposa. ¡Y el caso es que, como soy tan feo, este matrimonio, que resulta para mí un favor, podrá servir al mismo tiempo de castigo á los pecados de la princesa! ¡Por lo demás, me comprometo á tenerla encerrada en el fondo de mi palacio, al abrigo de toda fuga

y de las asechanzas de los musulmanes para en adelante!»

Al oír estas palabras de su viejo visir, dijo el rey: «¡No hay inconveniente! Pero ¿qué vas á hacer ¡oh pobre! con ese tizón quemado en los fuegos del infierno? ¿Y no temes las funestas consecuencias de ese matrimonio? ¡Por el Mesías que, yo en tu lugar, me metería en la boca el dedo durante largo rato para reflexionar acerca de un asunto tan grave!» Pero el visir contestó: «¡Por el Mesías, que no me hago ilusiones á ese respecto y no ignoro la gravedad de la situación! ¡Pero ya sabré obrar con el tacto bastante para impedir que mi esposa se entregue á excesos reprensibles!» Y al oír estas palabras, echándose á reír, el rey de los francos se bamboleó en su trono, y dijo al viejo visir: «¡Oh padre claudicante! ¡espero ver crecer en tu cabeza dos colmillos de elefante! ¡Pero te prevengo que, como dejes escapar de tu palacio á mi hija ó no la impidas añadir una aventura más á sus aventuras, tan deshonorosas para nuestro nombre, tu cabeza saltará de tus hombros! ¡Con esa única condición te doy mi consentimiento!» Y el viejo visir aceptó la condición, y besó los pies al rey.

Al punto se informó de aquel matrimonio á todos los sacerdotes, monjes y patriarcas, así como á todos los dignatarios de la cristiandad. Y con tal motivo se dieron grandes fiestas en palacio. Y terminadas las ceremonias, el viejo y repugnante vi-

sir penetró en la cámara de la princesa. ¡Que Alah impida á la fealdad tocar al esplendor! ¡Y ojalá entregue el alma ese inmundo cerdo antes que mancillar las cosas puras!

¡Pero ya volveremos á encontrarle!

En cuanto á Nur, que había bajado á tierra para comprar las cosas necesarias al tocado de la princesa, cuando volvió con el velo, el traje y un par de babuchas de cuero amarillo limón, vió que una muchedumbre inmensa iba y venía por el puerto. Y preguntó la causa de tal tumulto; y le dijeron que la tripulación de un barco franco acababa de abordar y quemar de improviso un navío amarrado no lejos de allá, llevándose á una joven que se hallaba en él. Y al escuchar esta noticia, á Nur se le mudó el color y cayó al suelo sin conocimiento.

Cuando, al cabo de cierto tiempo, volvió de su desmayo, hubo de contar á los presentes su triste aventura. Pero no hay utilidad en repetirla. Y todos empezaron á censurar su conducta y dirigirle mil reproches, diciéndole: «¡No tienes mas que tu merecido! ¿Por qué la dejaste sola? ¿Qué necesidad tenías de ir á comprarle un velo y babuchas nuevas de cuero amarillo limón? ¿No podía ella bajar á tierra con sus ropas viejas y cubrirse el rostro por el momento con un trapo ó un trozo de velo ó cualquier otra tela? ¡Sí, por Alah, no tienes mas que tu merecido!»

A la sazón llegó un jeique, que era el propieta-

rio del khan donde se alojaron Nur y la princesa á raíz de su encuentro. Y reconoció al pobre Nur, y al verle en un estado tan lastimoso, le preguntó la causa. Y cuando estuvo al corriente de la historia, le dijo: «¡En verdad que el velo era tan superfluo como el traje nuevo y las babuchas amarillas! Pero más superfluo aún sería seguir hablando de ello. ¡Ven conmigo, hijo mío! Eres joven, y en vez de llorar por una mujer y desesperarte, debes aprovecharte cuanto antes de tu juventud y de tu salud. ¡Ven! ¡Todavía no se ha extinguido en nuestro país la raza de las jóvenes hermosas! ¡Y ya sabremos encontrar para ti una egipcia bella y experta, que sin duda alguna te resarcirá y te consolará de la pérdida de esa princesa franca!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 706.^a NOCHE

Ella dijo:

»...¡Y ya sabremos encontrar para ti una egipcia bella y experta, que sin duda alguna te resarcirá y te consolará de la pérdida de esa princesa franca!» Pero contestó Nur, sin dejar de llorar: «¡No, por Alah, mi buen tío, que nada podrá resar-

cirme de la pérdida de la princesa ni hacerme olvidar mi dolor!» El jeique preguntó: «Pues entonces, ¿qué vas á hacer ahora? ¡El navío se alejó con la princesa, y nada podrán ya tus lamentos!» El joven dijo: «¡Pues por eso voy á volver á la ciudad del rey de los francos, y sacaré de allí á mi bienamada!» El otro dijo: «¡Ah, hijo mío, no escuches los dictados de tu alma temeraria! Si conseguiste llevártela contigo la primera vez, ten cuidado con la segunda tentativa, y no olvides el proverbio que dice: «¡No siempre que se cae queda intacto el jarro!» Pero Nur contestó: «¡Te agradezco tus consejos de prudencia, tío mío; pero nada impedirá que vaya á recuperar á mi bienamada, aunque tuviera que exponer á la muerte mi alma preciosa!» Y como, por voluntad de la suerte, se encontraba en el puerto un navío pronto á hacerse á la vela con rumbo á las islas de los francos, el joven Nur se apresuró á embarcarse en él; y al punto levaron el ancla.

Razón tenía el jeique, propietario del khan, en advertir á Nur los peligros en medio de los cuales iba á arrojarse desatentadamente. En efecto, el rey de los francos, desde que ocurrió la última aventura á su hija, había jurado por el Mesías y por los libros de la impiedad exterminar por tierra y por mar á la raza de los musulmanes; y había mandado fletar cien navíos de guerra para dar caza á los barcos de los musulmanes y asolar las costas y sembrar por doquiera ruina, carnicería y

muerte. Así es que, en el momento en que entraba en el mar de las islas el navío donde se hallaba Nur, fué visto por uno de aquellos barcos de guerra, y capturado y conducido al puerto del rey de los francos, precisamente el primer día de las fiestas que se daban para celebrar las nupcias del visir tuerto con la princesa Mariam. Y para celebrar mejor aquellas fiestas y satisfacer su sed de venganza, el rey dió orden de hacer morir en el palo á todos los prisioneros musulmanes.

Se ejecutó, naturalmente, orden tan feroz, y todos los prisioneros musulmanes fueron empalados, uno tras otro, á la puerta del palacio en que tenía lugar la boda. Y ya no quedaba por empalar mas que el joven Nur, cuando el rey, que asistía con toda su corte á la ejecución, le miró atentamente, y dijo: «¡No estoy seguro; pero ¡por el Mesías! me parece que este es el joven que cedí, hace algún tiempo, á la celadora de la iglesia! ¿A qué se debe que esté aquí después de evadirse la primera vez?» Y añadió: «¡Hola! ¡hola! ¡que le empalen por haberse evadido!» Pero en aquel momento se adelantó el visir tuerto, y dijo al rey: «¡Oh rey del tiempo, también yo hice á mi vez una promesa. Y consiste en inmolar á la puerta de mi palacio tres musulmanes jóvenes para atraer la bendición sobre mi matrimonio. Te ruego, pues, que me facilites los medios de cumplir mi promesa, dejándome escoger tres prisioneros entre la redada de prisioneros.» Y dijo el rey: «¡Por el Mesías, que no

sabía yo tu promesa! ¡De no ser así, te hubiera cedido no tres, sino treinta prisioneros! Ya no me queda mas que éste; ¡tómale mientras llegan otros!» Y el visir se llevó consigo á Nur, con intención de regar con la sangre del joven el umbral de su palacio; pero después de haber pensado que su promesa no se cumpliría por completo mientras no sacrificase á tres musulmanes á la vez, arrojó á Nur, todo encadenado, en la cuadra del palacio, adonde por el momento pensaba torturarlo de hambre y sed.

Y he aquí que el visir tuerto tenía en su cuadra dos caballos gemelos de una hermosura milagrosa, de la raza más noble de Arabia, y cuya genealogia llevaban colgada al cuello en una bolsa sujeta por una cadena de turquesas y de oro. Uno de ellos era blanco como una paloma y se llamaba *Sabik*, y el otro era negro como un cuervo y se llamaba *Lahik*. Y aquellos dos maravillosos caballos eran famosos entre los francos y los árabes, y daban envidia á reyes y sultanes. Uno de aquellos caballos, empero, tenía en un ojo una nube blanca; y la ciencia de los más hábiles veterinarios no pudo conseguir que desapareciese. Y el mismo visir tuerto había tratado de curarle, porque estaba muy versado en las ciencias y en la medicina; pero no hizo mas que agravar el mal y aumentar la opacidad de la nube.

Cuando Nur, conducido por el visir, llegó á la cuadra, observó la nube en el ojo del caballo y se sonrió. Y el visir vióle sonreír de aquella manera,

y le dijo: «¡Oh musulmán! ¿de qué te sonríes?» El joven dijo: «De esa nube.» El visir dijo: «¡Oh musulmán! ¡ya sé que los de tu raza son muy entendidos en caballos y conocen mejor que nosotros el arte de cuidarlos! ¿Es por eso por lo que te sonríes?» Y Nur, que precisamente sabía á maravilla el arte veterinario, contestó: «¡Tú lo has dicho! ¡En todo el reino de los cristianos no hay ninguno que pueda curar á ese caballo! ¡Pero yo puedo hacerlo! ¿Qué me darás si mañana te encuentras á tu caballo con los ojos tan sanos como los de la gacela?» El visir contestó: «¡Te concederé la vida y la libertad y te nombraré en el momento jefe de mis caballerizas y veterinario del palacio!» Nur dijo: «¡En ese caso, desátame las ligaduras!» Y el visir desató las ligaduras que sujetaban los brazos de Nur; y Nur cogió en seguida sebo, cera, cal y ajo, lo mezcló con extracto de cebollas concentrado, é hizo un emplasto, que aplicó al ojo malo del caballo. Tras de lo cual se acostó en el camastro de la cuadra, y dejó á Alah el cuidado de la cura...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 707.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Tras de lo cual se acostó en el camastro de la cuadra, y dejó á Alah el cuidado de la cura.

Al día siguiente, por la mañana, fué renqueando el visir tuerto á levantar el emplasto por sí mismo. Y su asombro y su alegría llegaron á los límites extremos cuando vió que el ojo del caballo estaba limpio como la luz de la mañana. Y llegaron á tanto sus transportes, que puso á Nur su propio manto y en el momento le nombró jefe de sus caballerizas y primer veterinario del palacio. Y le dió por habitación el aposento situado encima de las cuadras, enfrente del palacio en que se hallaban sus propios aposentos, que sólo estaban separados por el patio. Tras de lo cual se fué para asistir á las fiestas que se daban con motivo de sus bodas con la princesa. ¡Y no sabía que el hombre jamás escapa á su destino, y de cuanto prepara la suerte á quienes de antemano tiene reservados para servir de escarmiento á las generaciones!

Había llegado el séptimo día de las fiestas, y aquella misma noche el feo viejo debía entrar en posesión de la princesa. (¡Alejado sea el Maligno!)

Y he aquí que precisamente la princesa estaba asomada á su ventana y oía los últimos tumultos y los gritos lanzados á lo lejos en honor suyo. Y pensaba, muy triste, en su bienamado Nur, el vigoroso y hermoso joven de Egipto, que había cortado la flor de su virginidad. Y á este recuerdo bañaba su alma una gran melancolía y le subían las lágrimas á los ojos. Y se decía ella: «¡En verdad que nunca dejaré que se aproxime á mí ese viejo repulsivo! ¡Antes le mataré y luego me tiraré al mar por la ventana!» Y mientras dejábase impregnar por la amargura de estos pensamientos, oyó debajo de sus ventanas una hermosa voz de joven que en medio de la noche cantaba versos árabes acerca de la separación de los amantes. Era Nur, que en aquel momento, cuando terminó de cuidar á los dos caballos, había subido á su aposento y también se había asomado á su ventana para pensar en su bienamada. Y cantaba estas palabras del poeta:

¡Oh felicidad desaparecida; vengo á buscarte lejos de nuestras moradas, en un país cruel, ó á hacerte, por lo menos, la ilusión de encontrarte! ¡Ay de mí!

¡Mis sentidos equivocados creen reconocerte en todo lo que tiene algo de gracia ó algún encanto atrayente! ¡Ay de mí!

¡Si en la lejanía suspira sus melodías una flauta ó un laúd le responde con sus acordes armoniosos,

se me mojan de lágrimas los ojos al pensar en nosotros dos! ¡Ay de ambos!

Cuando la princesa Mariam hubo oído este canto con que el bienamado de su corazón expresaba los sentimientos de su amor fiel, reconoció su voz al punto y se emocionó hasta el límite de la emoción. Pero como era prudente y avisada, supo dominarse para no hacerse traición ante las doncellas que la rodeaban, y empezó por mandarlas que se marchasen. Después cogió un papel y un cálamo, y escribió lo que sigue:

«¡En el nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso! ¡Y ahora, que la paz de Alah sea contigo, ¡oh Nur! así como Su misericordia y Su bendición!

»¡Quiero decirte que tu esclava Mariam te saluda y arde en deseos de reunirse contigo! Escucha, pues, lo que te dice aquí, y haz lo que te ordena.

»A primera hora de la noche, hora propicia á los amantes, coge los dos corceles *Sabik* y *Lahik* y condúcelos fuera de la ciudad, detrás de la puerta del Sultán, donde me esperarás. ¡Y si te preguntan que adónde llevas los caballos, contesta que los sacas para que den un paseo!»

Luego dobló este billete, lo escondió en un pañuelo de seda y agitó el pañuelo desde la ventana

en dirección á Nur. Y cuando vió que él la había advertido y que estaba ya cerca, arrojó por la ventana el pañuelo. Y Nur lo recogió, lo abrió y se encontró con el billete, que hubo de leer, para llevárselo después á los labios y á la frente en señal de asentimiento. Y se apresuró á volver á las cuerdas, donde esperó con la más viva impaciencia la primera hora de la noche. Ensilló entonces á los dos nobles animales y salió de la ciudad con ellos, sin que nadie le estorbase el camino. Y esperó á la princesa detrás de la puerta del Sultán, teniendo de la brida á los caballos.

Precisamente en aquel momento, terminadas las fiestas y llegada la noche, el viejo tuerto tan feo y tan repugnante penetraba en la cámara de la princesa para cumplir lo que tenía que cumplir. Y la princesa, al verle entrar, se estremeció de horror, de tan repulsivo como era el aspecto de él. Pero como ella tenía que seguir un plan que no quería hacer fracasar, trató de dominar sus sentimientos de repulsión, y levantándose en honor suyo, le invitó á sentarse junto á ella en el diván. Y le dijo el viejo cojo: «¡Oh soberana mía! ¡eres la perla de Oriente y de Occidente, y á tus pies es donde debiera yo prosternarme!» Y contestó la princesa: «¡Está bien! Pero dejémonos de cumplimientos. ¿Dónde está la cena? ¡Tengo mucha hambre, y ante todo debemos empezar por comer!»

Al punto llamó el viejo á las esclavas, y en un instante se sirvieron bandejas cubiertas de los

manjares más raros y más exquisitos, que se componían de cuanto vuela por los aires, nada por los mares, anda por la tierra y crece en los árboles de los huertos y en los arbustos de los parterres. Y se pusieron ambos á comer juntos; y la princesa se desvivía por ofrecerle los mejores bocados; y el viejo estaba entusiasmado de tales atenciones y se le dilataba el pecho y se felicitaba de alcanzar sus propósitos con mucha más facilidad de lo que creía. Pero de pronto cayó de espaldas sin conocimiento, dando con la cabeza antes que con los pies. Porque la princesa había logrado echar disimuladamente en la copa un poco de bang marroquí, capaz de derribar á un elefante y de dejarle más ancho que largo. ¡Loores á Alah, que no permite que la fealdad mancille la pureza...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 708.^a NOCHE

Ella dijo:

...un poco de bang marroquí, capaz de derribar á un elefante y de dejarle más ancho que largo. ¡Loores á Alah, que no permite que la fealdad mancille la pureza!

Cuando la princesa Mariam vió al visir rodar de tal modo como un cerdo hinchado, se levantó en aquella hora y en aquel instante, tomó dos sacos que llenó de pedrerías y de joyas, cogió un alfanje que tenía la hoja empapada en sangre de leones, se lo sujetó á la cintura, se cubrió con amplio velo, y valiéndose de una cuerda se descolgó por la ventana al patio, para salir desde allí del palacio sin ser notada y correr en dirección á la puerta del Sultán, adonde llegó sin contratiempo. Y no bien divisó á Nur, se lanzó hacia él, y sin darle tiempo para besarla siquiera, saltó á lomos del caballo *Lahik*, y gritó á Nur: «¡Monta en *Sabik* y sígueme!» Y renunciando á toda reflexión, Nur á su vez saltó á lomos del otro caballo y lo puso á galope tendido para alcanzar á su bienamada, que estaba ya lejos. Y corrieron de tal suerte durante toda la noche hasta la aurora.

Cuando le pareció á la princesa que había puesto una distancia grande entre ellos dos y los que pudieran perseguirles, consintió en detenerse un momento para descansar y dar aliento á los dos nobles brutos. Y como el paraje á que habían llegado era delicioso y tenía prados verdes, boscajes, árboles frutales, flores y agua corriente, y la frescura de la hora les invitaba al placer tranquilo, quedaron encantados de poder sentarse por fin uno al lado de otro en la paz de aquellos lugares y contarse mutuamente lo que sufrieron durante su separación. Y después de beber hasta saciarse agua

de arroyo y refrescarse con frutas cogidas á discreción en los propios árboles, hicieron sus abluciones y se tendieron uno en brazos de otro, frescos, bien dispuestos y enamorados. Y de una vez se resarcieron de todo el tiempo perdido en abstinencia. Luego, halagados por la dulzura del aire y el silencio, se dejaron llevar del sueño bajo las caricias de la brisa de la mañana.

Estuvieron dormidos de aquel modo hasta mediar el día, y sólo se despertaron cuando oyeron resonar la tierra como si la golpearan millares de cascos de caballo. Y abrieron los ojos, y vieron el ojo del sol oscurecido por un torbellino de polvo, en medio de cuya densidad brillaban relámpagos como en un cielo tempestuoso. Y no tardaron en percibir galope de caballos y tintineo de armas. ¡Les perseguía un ejército entero!

En efecto, por la mañana de aquel día, el rey de los francos se había levantado muy temprano para ir á saber por sí mismo noticias de su hija la princesa y tranquilizarse con respecto á ella. Porque estaba lejos de creer en el éxito del matrimonio de su hija con un viejo que sin duda tenía la médula derretida desde hacía mucho tiempo. Pero su sorpresa llegó á los límites extremos al no encontrar á su hija y al ver al visir tendido en tierra, privado de sentido y con la cabeza entre los pies. Y como ante todo quería saber lo que había sido de la princesa, aplicó vinagre á la nariz del visir, quien recobró al punto el uso de sus facultades.

Y con voz aterradora, le gritó el rey: «¡Oh maldito! ¿dónde está mi hija Mariam, esposa tuya?» El otro contestó: «¡Oh rey, no lo sé!» Entonces, lleno de furor, sacó el rey su sable, y de un solo tajo partió en dos la cabeza del visir, y salió el alma por las mandíbulas, brillando. ¡Alah aloje por siempre su alma descreída en el último piso del infierno!

Al mismo tiempo llegaron, temblando, los palafreneros, para anunciar al rey la desaparición del nuevo veterinario y de los dos caballos *Sabik* y *Lahik*. Y ya el rey no dudó de la fuga de su hija con el jefe de las caballerizas, y al punto hizo llamar á tres de sus primeros patricios y les ordenó que cada uno se pusiera á la cabeza de tres mil hombres y le acompañaran á ir en busca de su hija. Y agregó á este ejército los patriarcas y los grandes de su corte, se adelantó él mismo al frente de las tropas, y se puso en persecución de la fugitiva, á la cual alcanzó en la pradera consabida.

Cuando Mariam vió acercarse aquel ejército, montó á caballo y gritó á Nur: «¡Deseo ¡oh Nur! que vayas á mi zaga, porque voy á atacar yo sola á nuestros enemigos, y á defenderte y defenderme de ellos, aunque sean innumerables como los granos de arena!» Y blandiendo su alfanje, improvisó estos versos:

*¡Quiero mostrar hoy mi vigor y mi valentía, y
aplastar yo sola á mis enemigos coligados!*

¡Demoleré hasta los cimientos los baluartes de los francos, y mi sable afilado partirá las cabezas de sus jefes!

¡Tiene mi caballo el color de la noche, y mi bravura es resplandeciente como el día!

Ya se comentará hoy lo que digo: ¡porque soy la amazona única entre los mortales!

Y se lanzó contra el ejército de su padre...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 709.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Cuando la princesa hubo improvisado estos versos, se lanzó contra el ejército de su padre. Y el rey la vió llegar, girando en sus órbitas unos ojos que parecían de azogue. Y exclamó: «¡Por la fe del Mesías, que es lo bastante insensata para atacarnos!» Y detuvo la marcha de sus tropas, y avanzó solo hacia su hija, gritándole: «¡Oh hija de perversidad! ¡he aquí que te atreves á retarme y te dispones á atacar al ejército de los francos! ¡Oh insensata! ¿es que renunciaste á todo pudor y renegaste de la religión de tus padres? ¿É igno-

ras que, si no te confias á mi clemencia, te espera una muerte segura?» Ella contestó: «¡Lo que ha pasado es irrevocable, y consiste en el misterio de la ley musulmana! ¡Creo en Alah el Único y en su Enviado Mahomed el Bendito, hijo de Abdalah! ¡Y jamás renunciaré á mi creencia y á la fidelidad de mi afecto por el joven de Egipto, aunque tuviera que apurar la copa de mi ruina!» Dijo, é hizo caracolear á su caballo espumeante á la vista del ejército de los francos, y cantó estas estrofas guerreras, hendiendo el aire con su sable centelleante:

*¡Qué dulce es combatir en el día de la batalla!
¡Ven á mí, si te atreves, vil baraúnda! ¡Venid, cristianos, á afrontar mis golpes que aplastan!*

*¡Hundiré en el polvo vuestras cabezas cortadas
y heriré en el corazón á vuestro poderío! ¡Y los cuervos graznarán sobre vuestras moradas y anunciarán vuestra destrucción!*

*¡En el filo de mi alfanje beberéis tragos amargos
como el jugo de la coloquintida! ¡Y serviré á vuestro rey la copa de las calamidades para quitarle por siempre el sabor del agua clara!*

¡Ea! ¡venid á mí, si existe un bravo entre vosotros! ¡Venid á aliviar mi pena y á curar mi dolor con vuestra sangre!

¡Adelantaos, si es que no está forjada con cobardías vuestra alma, y veréis cómo os acoge la punta de mi alfanje bajo la polvareda!

Así cantó la heroica princesa. Y se inclinó sobre el caballo, le besó en el cuello, le acarició con la mano, y le dijo al oído: «¡Ya te ha llegado ¡oh *Lahik!* el día digno de tu raza y de tu nobleza!» Y el hijo de árabes se estremeció y relinchó, y saltó más rápido que el viento Norte, echando lumbre por las narices. Y la princesa Mariam, lanzando un espantoso rugido, cargó sobre el ala izquierda de los francos, y al galope de su corcel segó con su alfanje diez y nueve cabezas de jinetes. Luego volvió á colocarse en medio de la arena, y desafió á los francos con grandes gritos.

Al ver aquello, el rey llamó á uno de los tres patricios jefes de sus tropas, que se llamaba Barbut. Era un hábil guerrero, vivo como el fuego y el sostén más firme del trono del rey franco, y el primero de los grandes de su reino y de su corte por su fuerza y por su valentía, y la caballería era su fuerte. Y á la llamada de su rey, se adelantó el patricio Barbut, hirviendo de ardor, montado en un caballo de noble raza y jarretes robustos; y le resguardaba una cota de oro sobrecargada de adornos, con mallas apretadas como alas de langosta. Y consistían sus armas en un sable afilado y destructor, una lanza enorme semejante al mástil de un barco, y con un golpe de la cual hubiese derribado una montaña, cuatro jabalinas aguzadas y una maza espantosa erizada de clavos. Y bardado así de hierro y de armas ofensivas y defensivas, era comparable á una torre.

El rey le dijo: «¡Oh Barbut! ¡Ya ves la matanza que ha hecho esta hija desnaturalizada! ¡A ti te incumbe someterla y traérmela viva ó muerta!» Luego le hizo bendecir por los patriarcas, los cuales iban cubiertos con vestiduras abigarradas y enarbolando cruces por encima de sus cabezas, y leyeron sobre la cabeza del guerrero el Evangelio, implorando en favor suyo á los ídolos de su error y de su impiedad. ¡Pero nosotros, musulmanes, invocamos á Alah el Único, que está lleno de fuerza y majestad!

En cuanto el patricio Barbut acabó de besar el estandarte de la cruz, se lanzó á la arena bramando como un elefante furioso y vomitando su lengua horribles injurias para la religión de los creyentes. ¡Maldito sea! Pero la princesa, por su parte, lo vió llegar á ella, y rugió cual una leona madre de leoncillos; y gruñendo, mugiendo y rápida como un ave de presa, lanzó su corcel *Lahik* contra su adversario. Y se entrechocaron ambos como dos montañas desquiciadas, y se acometieron con furor, aullando con la fuerza de los demonios. Luego se separaron é hicieron varias evoluciones, y volvieron á encontrarse con rabia en un nuevo asalto, parando los golpes mutuos con una destreza y una rapidez maravillosas que llevaban á los ojos la estupefacción. Y la polvareda que los cascos de los caballos levantaban les hurtaba á las miradas á veces; y era tan fuerte el calor abrumador, que las piedras llameaban cual tizones. Y duró la lu-

cha una hora, con igual heroísmo por una y otra parte.

Pero el patricio Barbut, que perdió alientos el primero, quiso acabar ya; y se cambió la maza de armas de la mano derecha á la mano izquierda, asió una de sus cuatro jabalinas y la lanzó contra la princesa, acompañándola de un grito semejante al estrépito del trueno. Y se escapó de su mano el arma cual relámpago que cegase la mirada. Pero la princesa la vió venir, esperó á que estuviese próxima, y la desvió prestamente con un revés de su alfanje; y la jabalina fué silbando á hundirse á lo lejos en la arena. Y cuando el ejército todo vió aquello, se sintió poseído de asombro.

Entonces Barbut cogió una segunda jabalina, y la disparó con furor, gritando: «¡Hiera y mate!» Pero la princesa evitó el tiro y lo hizo inútil. Y la tercera y la cuarta jabalinas corrieron la misma suerte. Entonces, Barbut, tremando de furor y loco, de humillación, tomó otra vez su maza con la mano derecha, rugió como un león, y la lanzó con toda la fuerza de su brazo, apuntando á su adversaria. Y la enorme maza hendió pesadamente el aire y llegó hasta Mariam, la cual hubiese sido aplastada sin remedio, si la heroína no la cogiese al vuelo y la retuviese en la mano; pues Alah había dotado de destreza, de astucia y de fuerza. ¡Y la blandió ella á su vez! Y las miradas de quien la veía cegaban de admiración. Y como una loba, corrió hacia el patricio y le gritó, mientras su res-

piración silbaba cual la víbora cornuda: «¡Mal hayas, maldito! ¡Ven aquí para aprender á manejar una maza de armas!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 710.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y como una loba, corrió hacia el patricio y le gritó, mientras su respiración silbaba cual la víbora cornuda: «¡Mal hayas, maldito! ¡Ven aquí para aprender á manejar una maza de armas!»

Cuando el patricio Barbut vió que su adversaria blandía de aquel modo la maza en el aire, creyó que cielo y tierra desvanecíanse á su vista. Y desalentado, olvidando todo valor y toda presencia de ánimo, volvió la espalda, protegiéndose en su fuga con el escudo. Pero la princesa heroica le siguió de cerca, le apuntó, y haciendo voltear la pesada maza de armas, se la lanzó á la espalda. Y la maza voltejeante fué á caer sobre el escudo con más fuerza que una roca disparada por una máquina de guerra. Y derribó del caballo al patricio, rompiéndole cuatro costillas. Y rodó él por el polvo, se revolcó en su sangre y arañó la tierra con sus

uñas. Y fué la suya una muerte sin agonía, porque Azrael, ángel de la muerte, se acercó á él á última hora y le arrancó el alma, que fué á rendir cuenta de sus errores y de su descreimiento á Quien conoce los secretos y penetra los sentimientos.

Entonces, la princesa Mariam, á galope tendido, hizo rozar la tierra el vientre de su caballo, recogió la enorme lanza de su enemigo muerto y se alejó á alguna distancia. Y allá hundió en tierra profundamente la lanza, y haciendo cara á todo el ejército de su padre, detuvo bruscamente su caballo dócil, se apoyó en la larga lanza y se mantuvo inmóvil en aquella actitud con la cabeza erguida y provocadora. Y de tal modo, formando un solo cuerpo con su caballo y su lanza clavada en el suelo, era inquebrantable como una montaña é inmutable como el Destino.

Cuando el rey de los francos vió sucumbir de tal suerte al patricio Barbut, en su dolor se golpeó el rostro, desgarró sus vestiduras y llamó al segundo patricio jefe de su ejército, que se llamaba Bartú y era un héroe reputado entre los francos por su intrepidez y su valor en los combates singulares. Y le dijo: «¡Oh patricio Bartú! ¡A ti te incumbe ahora vengar la muerte de Barbut, hermano tuyo en armas!» Y el patricio Bartú contestó, inclinándose: «¡Escucho y obedezco!» Y lanzando su caballo á la arena, corrió hacia la princesa.

Pero la heroína, siempre en la misma actitud, no se movió; y su corcel se mantuvo firme y apun-

talado sobre sus patas como un puente. Y he aquí que llegó á ella el galope furioso del patricio, que había soltado las riendas á su caballo y acudía enristrando su lanza, cuyo hierro se asemejaba al aguijón del escorpión. Y se verificó tumultuosamente el doble choque.

Entonces avanzaron un paso todos los guerreros para ver mejor las terribles maravillas de aquel combate, parecido al cual jamás lo habían presenciado sus ojos. Y corría por todas las filas un escalofrío de admiración.

Pero ya los adversarios, envueltos en espesa polvareda, se asaltaban de un modo salvaje y hacían gemir el aire con los golpes que se distribuían. Y así combatieron durante mucho rato, con la rabia en el alma y lanzándose injurias espantosas. Y el patricio no tardó en reconocer la superioridad de su enemiga, y se dijo: «¡Por el Mesías, que llegó la hora de manifestar todo mi poder!» Y asió una pica mensajera de muerte, la enarboló y la lanzó apuntando á su adversaria, y gritando: «¡Para tí!»

¡Pero no sabía que la princesa Mariam era la heroína incomparable de Oriente y de Occidente, la amazona de tierras y desiertos, y la guerrera de llanuras y montañas!

Había ella observado el movimiento del patricio y comprendido su intención. Y cuando la pica enemiga partió en dirección suya, esperó que rozase su pecho, la cogió al vuelo de pronto, y enca-

rándose con el patricio estupefacto, le hirió en mitad del vientre con aquel arma, que le salió centelleante por las vértebras dorsales. Y cayó él cual una torre que se derrumba, y el ruido de sus armas hizo retemblar los ecos. Y su alma fué á reunirse para siempre con la de su compañero en las llamas inextinguibles encendidas por la cólera del Juez Supremo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 711.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y cayó él cual una torre que se derrumba, y el ruido de sus armas hizo retemblar los ecos. Y su alma fué á reunirse para siempre con la de su compañero en las llamas inextinguibles encendidas por la cólera del Juez Supremo.

Entonces la princesa Mariam hizo de nuevo caracolear á su caballo en torno del ejército, gritando: «¿En dónde están los esclavos? ¿En dónde están los jinetes? ¿En dónde están los héroes? ¿En dónde está el visir tuerto, ese perro cojo? ¡Que se presente aquí, si tiene valor para ello, el más valiente de vosotros! ¡Vergüenza sobre vosotros,

¡oh cristianos! que tembláis ante el brazo de una mujer!

Al oír y ver todo aquello, el rey de los francos, extremadamente mortificado, y muy desesperado por la pérdida de sus dos patricios, hizo ir al tercero, que se llamaba Fassían, es decir, el Pedorro, ya que era famoso por sus follones y sus cuescos, y también era un pederasta ilustre, y le dijo: «¡Oh Fassían, cuya pederastia es tu principal virtud! ¡a ti te corresponde ahora combatir con esa maldita, y vengar con su muerte la de tus compañeros!» Y después de responder con el oído y la obediencia, el patricio Fassían lanzó su caballo al galope, soltando tras de sí un trueno de cuescos retumbantes, capaces de hacer blanquear de terror los cabellos de un niño en la cuna y de henchir las velas de un navío.

Pero ya, por su parte, Sett Mariam había tomado campo y había lanzado á *Lahik* en un galope más rápido que el relámpago que brilla y el granizo que cae. Y saltaron ambos uno sobre otro como dos carneros, y se encontraron con tanta violencia, que se hubiera creído el suyo el choque de dos montañas. Y el patricio, precipitándose sobre la princesa, dió un grito estridente y le tiró un derrote furibundo. Pero lo evitó ella con ligereza, paró diestramente la lanza de su adversario y la rompió en dos. Luego, en el momento en que el patricio Fassían, impulsado por la velocidad adquirida, pasaba junto á ella, se volvió de pron-

to, efectuando un giro rápido, y con el mango de su propia lanza le hirió entre ambos hombros con tanta violencia, que le hizo perder los estribos. Y acompañando aquel movimiento con un grito terrible, se precipitó sobre él, que yacía de espaldas, y le metió la lanza por la boca y le clavó en el suelo la cabeza, hundiendo profundamente en tierra la punta del arma.

Al ver aquello, todos los guerreros quedaron mudos de estupefacción al pronto. Luego sintieron de improviso pasar sobre sus cabezas el escalofrío del pánico; porque ya no sabían si la heroína que acababa de realizar tales hazañas era una criatura humana ó un demonio. Y volviendo la espalda, trataron de salvarse por medio de la fuga, azotando el viento con sus piernas. Pero Sett Mariam echó á correr tras ellos, devorando á su paso la distancia. Y les alcanzaba por grupos ó separadamente, les hería con su alfanje voltejeante, y les hacía beber de un trago la muerte, sumergiéndoles en el océano de los destinos. ¡Y estaba tan alegre su corazón, que parecía que el mundo no podría contenerlo! Y mató á los que mató, é hirió á los que hirió, y cubrió de muertos la tierra en todos sentidos. Y con los brazos alzados al cielo en señal de desesperación, el rey de los francos huía con sus guerreros, corriendo en medio de sus tropas desbandadas, de sus patriarcas y de sus sacerdotes, como correría en medio de un rebaño de carneros el pastor perseguido por la tempestad. Y la

princesa no cesó de perseguirles de aquel modo, haciendo una gran matanza, hasta el momento en que el sol se cubrió por completo con el manto de la palidez.

Sólo entonces pensó Mariam en detener su carrera victoriosa. Volvió, pues, sobre sus pasos, y fué en busca de su bienamado Nur, que ya comenzaba á inquietarse por ella, y reposó en sus brazos aquella noche, olvidando con las caricias compartidas y las voluptuosidades del amor los peligros que acababa de afrontar para salvarle y librarse por siempre de sus perseguidores cristianos. Y al día siguiente, después de discutir ampliamente cual sería el paraje que habitarían mejor en adelante, decidieron probar el clima de Damasco. Y se pusieron en camino para aquella ciudad deliciosa. ¡Y he aquí lo referente á ellos!

En cuanto al rey de los francos, cuando estuvo de regreso en Constantinia, con la nariz bastante alargada y el saco de su estómago revuelto á causa de la muerte de sus tres patricios Barbut, Bartú y Fassían, y á causa también de la derrota de su ejército, convocó su Consejo de Estado, y después de exponer su desgracia con los menores detalles, preguntó qué partido debía tomar. Y añadió: «¡Ya no sé adonde habrá ido esa hija de los mil cornudos del impudor! ¡Pero me inclino á creer que habrá ido á algún país musulmán, de esos en que dice que los hombres son machos robustos é incansables! ¡Porque esa hija de zorra es un tizón inflamado del

infierno! ¡Y los cristianos no le parecían lo bastante membrudos para calmar sus deseos incesantes! ¡Oa pido, pues, que me digáis ¡oh patriarcas! qué debo hacer en tan enojosa situación!» Y tras de reflexionar durante una hora de tiempo, los patriarcas y los monjes y los grandes del reino contestaron: «Nosotros creemos ¡oh rey del tiempo! que, después de lo que ha pasado, ya no te queda mas que un partido que tomar, y es enviar, con regalos, una carta al poderoso jefe de los musulmanes, al califa Harún Al-Rachid, que es señor de las tierras y de los países adonde van á llegar ambos fugitivos; y en esa carta, que has de escribirle de tu puño y letra, le harás toda clase de promesas y juramentos de amistad para que acceda á detener á los fugitivos y enviarlos con escolta á Constantinia. ¡Y no por eso te comprometerás ni nos comprometeremos á nada con ese jefe de descreídos, sino que, en cuanto nos devuelva á los fugitivos, nos apresuraremos á exterminar á los musulmanes de la escolta y á olvidar nuestros juramentos y nuestros compromisos, como tenemos costumbre de hacer cuantas veces celebramos un tratado con esos infieles, sectarios de Mahomed!» Así hablaron los patriarcas y consejeros del rey de los francos. ¡Malditos sean en esta vida y en la otra, por su descreimiento y por su felonía!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 712.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Así hablaron los patriarcas y consejeros del rey de los francos. ¡Malditos sean en esta vida y en la otra, por su descreimiento y por su felonía!

Y he aquí que el rey de los francos, que tenía un alma tan mala como la de sus patriarcas, no dejó de seguir aquel consejo lleno de perfidia. ¡Pero ignoraba que, tarde ó temprano, la perfidia se vuelve siempre contra sus autores, y que el ojo de Alah vela siempre por sus creyentes y les defiende contra las emboscadas de sus inmundos enemigos!

Tomó, pues, un papel y un cálamo y escribió en caracteres griegos al califa Harún Al-Rachid una carta, en la que, después de las fórmulas más respetuosas y más llenas de admiración y de amistad, le decía:

« ¡Oh poderoso emir de nuestros hermanos los musulmanes! tengo una hija desnaturalizada, llamada Mariam, que se ha dejado seducir por un joven egipcio del Cairo, el cual me la raptó y la condujo á los países que se hallan bajo tu reino y tu dominación. Por consiguiente, te suplico ¡oh poderoso emir de los musulmanes! que te sirva

hacer las pesquisas necesarias para dar con ella, y me la envíes cuanto antes con una escolta de seguridad.

»¡Y yo, en cambio, colmaré de honores y consideraciones á esa escolta que has de enviarme con mi hija, y haré todo lo que pueda serte grato! Por tanto, para mostrarte mi agradecimiento y darte prueba de mis sentimientos de amistad, te prometo, entre otras cosas, mandar edificar una mezquita en mi capital por los arquitectos que tú mismo escojas. Y además, te enviaré riquezas indiscutibles, como jamás las ha visto parecidas el hombre: jóvenes comparables á huries, jóvenes imberbes como lunas, tesoros que no podrá destruir el fuego, perlas, pedrerías, caballos, yeguas y potros, camellas y crías de camello, y mulas con cargas preciosas conteniendo los mejores productos de nuestro clima. ¡Y si no te bastara todo eso, disminuiré los confines de mi reino para aumentar tus dominios y tus fronteras! ¡Y selló con mi sello estas promesas yo, César, rey de los adoradores de la Cruz!»

Y después de sellar esta carta, el rey de los francos se la entregó al nuevo visir que había nombrado en lugar del viejo tuerto y cojo, y le dirigió estas palabras: «Si obtuvieras audiencia de ese Harún, le dirás: «¡Oh poderosísimo califa! vengo á reclamar cerca de ti á nuestra princesa: porque tal es el motivo de la importante misión que nos está

confiada. ¡Si acoges favorablemente nuestra demanda, puedes contar con el agradecimiento de nuestro señor el rey, que te mandará los más ricos presentes!» Luego, para excitar aún más el celo de su visir, á quien enviaba como embajador, el rey de los francos le prometió á él también, si tenía un feliz éxito su embajada, darle á su hija en matrimonio y colmarle de riquezas y de prerrogativas. Después le despidió, y le recomendó expresamente que entregara la carta al propio califa. Y tras de besar la tierra entre las manos del rey, se puso en camino el visir.

Y he aquí que, después de un largo viaje, llegó con su séquito á Bagdad, donde empezó por tomarse un descanso de tres días. Luego preguntó dónde estaba el palacio del califa, y cuando se lo indicaron, se presentó en él para pedir audiencia al Emír de los Creyentes. Y cuando se le introdujo en el diván de las recepciones, el visir, postrándose á los pies del califa, besó por tres veces la tierra entre sus manos, le dijo en pocas palabras el objeto de la misión que le estaba confiada, y le entregó la carta de su señor el rey de los francos, padre de la princesa Mariam. Y Al-Rachid desprecintó la carta, la leyó, y tras de darse cuenta de todo su alcance, se mostró propicio á la demanda que contenía la esquila, aunque procedía de un rey descreído. E hizo escribir inmediatamente á los gobernadores de todas las provincias musulmanas para darles las señas de la princesa Mariam y de su

acompañante, con orden expresa de hacer todas las pesquisas necesarias para dar con ambos, amenazándoles con los peores castigos en caso de fracaso ó negligencia, encargándoles que los enviaran á su corte sin tardanza y con buena escolta tan pronto como los descubrieran. Y á caballo ó á lomos de dromedarios de carrera, partieron correos en todas direcciones, llevando cada cual una carta para un wali de provincia. Y mientras tanto, el califa retuvo consigo en el palacio al embajador franco y á todo su séquito. ¡Y he aquí lo referente á estos diversos reyes y á sus negociaciones!

¡Pero he aquí ahora lo referente á ambos amantes! Cuando la princesa hubo derrotado por sí sola al ejército de su padre el rey de los francos, y dejó para pasto de buitres á los tres patricios que midieron sus fuerzas con ella, se encaminó á Siria con Nur, y llegó felizmente á las puertas de Damasco. Pero como viajaban por etapas pequeñas, deteniéndose en los sitios hermosos para entregarse á las manifestaciones de su amor, y no se preocupaban de las emboscadas que pudieran tenderles sus enemigos, llegaron á Damasco algunos días más tarde que los veloces correos del califa, los cuales les habían precedido y comunicaron al wali de la ciudad las órdenes concernientes á ambos. Y como no sospechaban lo que les esperaba allí, dieron su nombre sin desconfianza á los espías de la policía, que les reconocieron al punto y los mandaron detener por los guardias del wali. Y sin pérdida de

tiempo, los guardias les hicieron retroceder en su camino, sin permitirles la entrada en la ciudad, y rodeándoles de armas amenazadoras les obligaron á acompañarles á Bagdad, adonde llegaron extenuados de fatiga al cabo de diez días de marchas forzadas á través del desierto. Y fueron introducidos en el diván de audiencias, rodeados por los guardias del palacio...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 713.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y fueron introducidos en el diván de audiencias, rodeados por los guardias del palacio. Y cuando estuvieron en la presencia augusta del califa, se prosternaron ante él y besaron la tierra entre sus manos. Y dijo el chambelán que estaba de servicio entonces: «¡Oh Emir de los Creyentes! he aquí á la princesa Mariam, hija del rey de los francos, y á Nur, su raptor, hijo del mercader Corona, del Cairo. ¡Y siguiendo órdenes del wali de la ciudad, se les ha detenido á ambos en Damasco!» Entonces el califa posó sus ojos en Mariam, y quedó entusiasmado de la elegancia de su figura y de la be-

lleza de sus facciones; y le preguntó: «¿Eres tú la que se llama Mariam y es hija del rey de los francos?» Ella contestó: «Sí, yo misma soy la princesa Mariam, esclava tuya únicamente, ¡oh Emir de los Creyentes, protector de la Fe, descendiente del príncipe de los enviados de Alah!» Y el califa, muy asombrado de aquella respuesta, se encaró luego con Nur, y también quedó encantado de los hechizos de su juventud y de su hermosura; y le dijo: «¿Y tú eres el joven Nur, hijo de Corona, el mercader del Cairo?» El aludido contestó: «Sí, soy yo, tu esclavo, ¡oh Emir de los Creyentes, sostén del Imperio, defensor de la Fe!» Y le dijo el califa: «¿Cómo te has atrevido á raptar á esta princesa franca, con menosprecio de la ley?» Entonces, Nur, aprovechándose del permiso para hablar, contó toda su aventura con los menores detalles al califa, que escuchó su relato con mucho interés. Pero no hay utilidad en repetirlo.

Entonces Al-Rachid se encaró con la princesa Mariam y le dijo: «Has de saber que tu padre, el rey de los francos, me ha enviado á este embajador que ves aquí, con una carta escrita de su puño y letra. ¡Y me afirma su gratitud y su intención de levantar una mezquita en su capital si consiento en mandarte á sus Estados! ¿Qué tienes que responder á eso?» Y Mariam levantó la cabeza, y con voz segura y deliciosa á la vez, contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! eres el representante de Alah sobre la tierra y el que mantiene la ley de

Su Profeta Mahomed (¡con Él por siempre la paz y la plegaria!) Yo me he vuelto musulmana, y creo en la unidad de Alah, y la profeso en tu augusta presencia, y digo: ¡No hay más Dios que Alah, y Mahomed es el Enviado de Alah! ¿Podrás, pues, ¡oh Emir de los Creyentes! enviarme al país de los infieles, que buscan competidores á Alah, creen en la divinidad de Jesús, hijo del hombre, adoran á los ídolos, reverencian la cruz y rinden un culto supersticioso á toda clase de criaturas muertas en la impiedad y precipitadas en las llamas de la cólera de Alah? Si obrares así, entregándome á esos cristianos, yo, en el día del Juicio, en que nada valdrán todas las grandezas y sólo se mirará á los corazones, te acusaré, por tu conducta, ante Alah y ante nuestro Profeta, primo tuyo (¡con Él la plegaria y la paz!).»

Cuando el califa hubo oído estas palabras de Mariam y su profesión de fe, se entusiasmó con toda el alma al saber que era musulmana semejante heroína, y exclamó con lágrimas en los ojos: «¡Oh Mariam, hija mía! ¡ojalá no permita nunca Alah que yo entregue á los infieles una musulmana que cree en la unidad de Alah y en Su Profeta! ¡Que Alah te guarde y te conserve y esparza sobre ti su misericordia y sus bendiciones, aumentando la convicción de tu fe! ¡Y ahora, en vista de tu heroísmo y tu bravura, puedes reclamarlo todo de mí; y juro que no te rehusaré nada, aunque sea la mitad de mi Imperio! ¡Alegra, pues, tus ojos, dilata

tu corazón y desecha toda inquietud! Y para que á tal fin haga yo lo que sea preciso, dime si te gustaría que se convirtiese en tu esposo legal ese joven, hijo de nuestro servidor Corona, el mercader del Cairo!» Y contestó Mariam: «¿Cómo no voy á desearlo, ¡oh Emir de los Creyentes! ¿No es él quien me ha comprado? ¿No es él quien ha tomado lo que había que tomar en mí? ¿No es él quien ha expuesto por mí su vida con frecuencia? ¿Y no es él, en fin, quien ha dado paz á mi alma revelándome la pureza de la fe musulmana?»

Al punto el califa hizo llamar al kadí y á los testigos, y extender inmediatamente el contrato de matrimonio. Luego mandó acercarse al visir embajador de los francos, y le dijo: «Ya ves con tus propios ojos y oyes con tus propios oídos que no puedo acceder á la demanda de tu señor, ya que la princesa Mariam nos pertenece al hacerse musulmana. ¡De no obrar así, cometería yo una acción de la que tendría que dar cuenta á Alah y á Su Profeta el día del Juicio! Porque está escrito en el Libro de Alah: «¡Nunca será posible á los infieles prevalecer sobre los creyentes!» ¡Vuelve, pues, al lado de tu señor, y entérale de lo que viste y oíste!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 714.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Nunca será posible á los infieles prevalecer sobre les creyentes!» ¡Vuelve, pues, al lado de tu señor, y entérale de lo que viste y oíste!»

Cuando el embajador, en vista de aquello, comprendió que el califa no quería entregarle la hija del rey de los francos, se atrevió á indignarse, lleno de despecho y de soberbia, porque Alah no le había dejado entrever las consecuencias de sus palabras; y exclamó: «¡Por el Mesías, que aunque sea veinte veces más musulmana, habré de llevársela á mi señor su padre! ¡Si no, vendrá él á invadir tu reino y cubrirá con sus tropas tu país desde el Eufrates hasta el Yamán!»

Al oír estas palabras, exclamó el califa, en el límite de la indignación: «¿Cómo se entiende? ¿es que este perro cristiano se atreve á proferir amenazas? ¡Que le corten la cabeza y que la pongan á la entrada de la ciudad, crucificando su cuerpo, para que sirva de escarmiento á los embajadores de los infieles!» Pero la princesa Mariam exclamó: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡no manches tu alfanje glorioso con la sangre de ese perro! ¡Yo misma le trataré como se merece!» Y habiendo di-

cho estas palabras, tiró del sable que el visir franco llevaba al costado, y enarbolándolo, le quitó de un solo tajo la cabeza y la arrojó por la ventana. Y rechazó el cuerpo con el pie, haciendo seña á los esclavos de que se lo llevaran.

Al ver aquello, el califa quedó maravillado de la prontitud con que la princesa había procedido á semejante ejecución, y la puso su propio manto. Y también hizo que pusieran á Nur un ropón de honor, y les colmó á ambos de ricos presentes; y de acuerdo con el deseo que manifestaron, les dió una magnífica escolta para que les acompañara hasta El Cairo, y les entregó cartas de recomendación para el wali de Egipto y los ulemas. Y de tal suerte regresaron Nur y la princesa Mariam á Egipto, á casa de los ancianos padres. Y al ver el mercader Corona que su hijo llevaba á su casa una princesa en calidad de nuera, llegó al límite del orgullo y perdonó á Nur por su conducta de antes. É invitó á una gran fiesta que hubo de dar en honor suyo á todos los grandes del Cairo, que colmaron de presentes á los jóvenes esposos, rivalizando en obsequiosidad unos con otros.

¡Y el joven Nur y la princesa Mariam vivieron largos años en el límite de la dilatación y el desahogo, sin privarse de nada en absoluto, y comiendo bien, y bebiendo bien, y copulando mucho, á su antojo y durante largo tiempo, en medio de los honores y de la prosperidad, llevando la vida más tranquila y más deliciosa, hasta que fué á visitar-

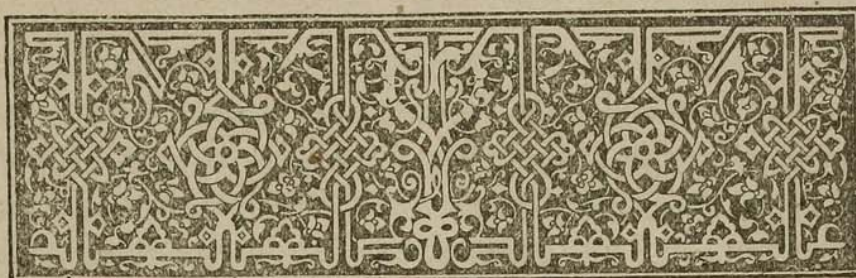
les la Destructora de felicidades, la Separadora de amigos y sociedades, la que derriba casas y palacios y llena el vientre de las tumbas! ¡Pero gloria al Unico Viviente que no conoce la muerte y que tiene en Sus manos las llaves de lo Visible y de lo Invisible! ¡Amin!

Cuando el rey Schahriar hubo oído esta historia, se incorporó de repente y exclamó: «¡En verdad que me ha entusiasmado esa historia tan heroica!» Y tras de hablar así, se sentó de nuevo en los cojines, diciéndose: «¡Me parece que, después de esa, ya no tendrá más historias que contarme! ¡Y por lo tanto voy á reflexionar acerca de lo que me toca hacer con respecto á su cabeza!» Pero Schahrazada, que le había visto fruncir las cejas, se dijo: «¡No hay tiempo que perder!» Y exclamó: «¡Oh rey! admirable es realmente esa historia tan heroica; pero ¿á qué se reduce en comparación con las que aún tengo que contarte, siempre que me lo permitas?» Y preguntó el rey: «¿Qué estás diciendo, Schahrazada? ¿Qué historias piensas contarme aún que sean más admirables ó más asombrosas que esa?» Y Schahrazada, sonriendo, dijo: «¡El rey juzgará! ¡Pero esta noche, para terminar nuestra velada, no debo referir mas que una anécdota corta, de las que no resultan fatigosas de escuchar! ¡Está sacada de los CONSEJOS DE LA GENEROSIDAD Y DE LA EXPERIENCIA.»

Y dijo al punto:







CONSEJOS DE LA GENEROSIDAD Y DE LA EXPERIENCIA

SALADINO Y SU VISIR



He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que el visir del victorioso rey sultán Saladino tenía, entre los esclavos favoritos de su pertenencia, á un joven cristiano perfectamente hermoso, al cual quería en extremo, y tan agraciado como jamás le habían encontrado semejante los ojos de los hombres. Y he aquí que un día en que el visir se paseaba con aquel joven, del que no podía separarse, reparó en él el sultán Saladino, que le hizo seña para que se acercara. Y tras de echar una mirada entu-

siasta al joven, el sultán Saladino preguntó al visir: «¿De dónde te ha venido este joven?» Y el visir contestó un poco azorado: «De Alah, ¡oh mi señor!» Y el sultán Saladino sonrió y dijo, prosiguiendo su camino: «¡He ahí cómo ahora ¡oh visir nuestro! has encontrado la manera de subyugarnos con la belleza de un astro y cautivarnos con los encantos de una luna!»

Esto impresionó mucho al visir, que se dijo: «¡Ya no puedo, en verdad, reservarme este joven, habiéndose fijado el sultán en él!» Y preparó un rico regalo, llamó al hermoso joven cristiano y le dijo: «¡Por Alah, ¡oh joven! que de no haberse visto precisada á ello mi alma, no se habría separado de ti nunca!» Y le entregó el regalo, diciendo: «¡Llevarás este regalo en mi nombre á nuestro amo el sultán, y tú mismo formarás parte del obsequio, pues á partir de este instante te cedo á nuestro amo!» Y al propio tiempo le dió, para que se lo entregase al sultán Saladino, un billete en que había escrito estas dos estrofas:

¡He aquí ¡oh mi señor! una luna llena para tu horizonte; porque no hay en la tierra un horizonte más digno de esta luna!

¡Para serte agradable, no vacilo en separarme de mi alma preciosa, á fin de dártela, aunque ¡oh rareza sin par! no sé de ningún hombre que haya nunca consentido en deshacerse voluntariamente de su alma!

Y el regalo satisfizo muchísimo al sultán Saladino, el cual, generoso y magnánimo como de costumbre, no dejó de indemnizar á su visir por aquel sacrificio, colmándole de riquezas y favores, y haciéndole comprender en toda ocasión hasta qué punto había entrado en su gracia y en su amistad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 715.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y el regalo satisfizo muchísimo al sultán Saladino, el cual, generoso y magnánimo como de costumbre, no dejó de indemnizar á su visir por aquel sacrificio, colmándole de riquezas y favores, y haciéndole comprender en toda ocasión hasta qué punto había entrado en su gracia y en su amistad.

A la sazón adquirió el visir, para aumentar el número de esclavas de su harén, una joven entre las jóvenes más deliciosas y perfectas del tiempo. Y desde su llegada, aquella joven supo captarse el corazón del visir; pero antes de aficionarse á

ella, como lo había hecho con el joven, se dijo él: «¡Quién sabe si la fama de esta perla nueva no llegará á oídos del sultán! Más me valdrá regalársela también al sultán antes, que mi corazón se aficione á esta joven esclava. ¡De tal modo será menos grande el sacrificio y la pérdida menos cruel!» Así pensando, hizo ir á la joven, la cargó con un regalo para el sultán todavía más rico que el de la primera vez, y le dijo: «¡Tú misma formarás parte del obsequio!» Y le dió, para que se lo entregase al sultán, un billete en que había escrito estos versos:

*¡Oh mi señor! ¡en tu horizonte ha aparecido ya
una luna, y he aquí el sol ahora!*

*¡Con lo cual se unen en el mismo cielo estos dos
astros de luz para formar, con destino á tu reino, la
más hermosa de las constelaciones!*

Y he aquí que, después de aquello, el crédito del visir se duplicó en el ánimo del sultán Saladino, quien no perdonaba ocasión de demostrar, ante toda su corte, la estimación y amistad que sentía por él. Y esto hizo que el visir tuviese de tal suerte muchos enemigos y envidiosos, los cuales, proyectando su perdición, resolvieron desorientar al sultán con respecto á él. Valiéndose de diversas alusiones y afirmaciones, dejaron entrever á Saladino que el visir conservaba siempre mucha inclinación hacia el joven cristiano, y que no cesaba de desear-

le ardientemente y de llamarle con toda su alma, sobre todo cuando la brisa fresca del Norte le incitaba al recuerdo de los antiguos paseos. Y le dijeron que se reprochaba con amargura el don que le hizo, y hasta que se mordía los dedos y se saltaba las muelas de despecho y de arrepentimiento. Pero el sultán Saladino, lejos de prestar oído á aquellas murmuraciones indignas del visir, en quien había puesto su confianza, gritó con furiosa voz á los que pronunciaban aquellos discursos: «¡Dejad de mover esas lenguas de perdición contra el visir, ó al instante vuestras cabezas os saltarán de los hombros!» Luego, como era avisado y justo, les dijo: «¡Sin embargo, quiero comprobar esas mentiras y calumnias, y dejar que se vuelvan contra vosotros vuestras propias armas! Voy, pues, á poner á prueba la rectitud de alma de mi visir.» Y llamó al joven, y le preguntó: «¿Sabes escribir?» El aludido contestó: «Sí, ¡oh mi señor!» El sultán dijo: «¡Toma entonces un papel y un cálamo y escribe lo que voy á dictarte!» Y dictó, como si estuviese redactada por el propio niño, la siguiente carta dirigida al visir:

«¡Oh mi antiguo amo bienamado! Por el sentimiento que tú mismo debes experimentar por mí, comprenderás la ternura que por ti siento y el recuerdo que dejaron en mi alma nuestras delicias de antaño. Por eso me quejo á ti de mi suerte actual en el palacio, donde nada puede hacerme

olvidar tus bondades, máxime cuando aquí la majestad del sultán y el respeto que le tengo me impiden disfrutar de sus favores. Te ruego, pues, busques un procedimiento para arrancarme del sultán de una ú otra manera. ¡Por lo demás, el sultán hasta ahora no ha estado á solas conmigo, y me verás lo mismo que me dejaste!»

Y escrita esta carta, el sultán hizo que la llevara un esclavo de palacio, que se la entregó al visir, diciéndole: «Tu antiguo esclavo el niño cristiano me encarga que te entregue esta carta de parte suya.» Y el visir cogió la carta, la miró un momento, y sin abrirla, escribió las siguientes estrofas al dorso:

*¿Desde cuándo el hombre de experiencia expone,
como el insensato, su cabeza en las fauces del león?*

*¡No soy de esos cuya razón se somete y sucumbe
al amor, ni de los que dan que reír á los envidiosos
que ejecutan maniobras solapadas!*

*¡Cuando hice el sacrificio de mi alma dándola,
es porque sabía bien que, una vez que saliera el
alma, no debería ya volver á habitar el cuerpo abandonado!*

Al recibir esta respuesta, el sultán Saladino se entusiasmó, y no dejó de leerla ante la expresión de despecho de los envidiosos. Luego mandó llamar á su visir, y después de darle nuevas pruebas de

amistad, le preguntó: «¿Puedes decirnos ¡oh padre de la sabiduría! cómo te arreglas para tener tanto poder sobre ti mismo?» Y el visir contestó: «¡Jamás dejo que mis pasiones lleguen al umbral de mi voluntad!»

¡Pero Alah es más sabio todavía!

Luego dijo Schahrazada: «¡Ahora que te conté ¡oh rey afortunado! cómo la voluntad del prudente le ayuda á dominar sus pasiones, voy á contarte una historia de amor apasionado!» Y dijo:



LA TUMBA DE LOS AMANTES



Esta historia nos la transmite en sus escritos Abdalah, hijo de Al-Kaissi.

Dice:

«Iba yo un año en peregrinación á la Santa Casa de Alah. Y cuando hube cumplido con todos mis deberes de peregrino, volví á Medina para visitar una vez más la tumba del Profeta (¡con Él la paz y la bendición de Alah!) Y he aquí que estando yo sentado cierta noche en un jardín, no lejos de la tumba venerada, oí una voz que cantaba muy dulcemente en medio del silencio. Y encantado, presté toda mi atención, y escuchando de aquel modo, entendí estos versos que la tal voz cantaba:

¡Oh ruiseñor de mi alma, que exhalas tus cantos en recuerdo de la bienamada!... ¡Oh tórtola de su voz! ¿cuándo responderás á mis gemidos?

¡Oh noche! ¡Cuán larga resultas para aquellos á quienes atormenta la fiebre de la impaciencia, para aquellos á quienes torturan las preocupaciones de la ausencia!

¡Oh luminosa aparecida! ¿acaso no brillaste como un faro en mi camino mas que para desaparecer y dejarme errar á ciegas en las tinieblas?

Luego se hizo el silencio. Y miré á todos lados para ver quién acababa de cantar aquellas estrofas apasionadas, cuando se presentó á mí el poseedor de la voz. Y á la claridad que caía del cielo nocturno, vi que era un joven hermoso hasta arrebatarse las almas y que tenía bañado en lágrimas el rostro. Y me volví hacia él, y no pude menos que gritar: «¡Ya Alah! ¡qué joven tan hermoso!» Y le tendí los brazos. Y él me miró, y me preguntó: «¿Quién eres y qué me quieres?» Y contesté, inclinándome ante su belleza: «¿Qué voy á querer de tí que no sea bendecir á Alah al mirarte? Por lo que á mí y á mi nombre se refiere, soy tu esclavo Abdalah, hijo de Ma'amar Al-Kaissi. ¡Oh mi señor, cómo desea mi alma conocerte! Tu cántico que oí hace un momento me ha impresionado, y tu presencia acaba de transportarme. ¡Y aquí me tienes dispuesto á sacrificarte mi vida, si pudiera serte útil!» Entonces me miró el joven ¡ah, con qué ojos!

y me dijo: «¡Siéntate, pues, á mi lado!» Y me senté muy cerca de él, con el alma estremecida, y me dijo: «¡Escucha ahora, ya que te he llegado al corazón, lo que acaba de sucederme!» Y prosiguió en estos términos: «Soy Otbah, hijo de Al-Hubab, hijo de Al-Mundhir, hijo de Al-Jamuh el Ansarita. Y he aquí que ayer por la mañana hacía yo mis devociones en la mezquita de la tribu, cuando vi entrar, ondulando sobre su cintura y sus caderas, á varias mujeres muy hermosas, que acompañaban á una joven cuyos encantos borraban los de todas las demás. Y en un momento dado aquella luna se acercó á mí, sin ser notada entre la muchedumbre de fieles, y me dijo: «¡Otbah, cuánto tiempo hace que esperaba esta ocasión de hablarte! ¡Oh Otbah! ¿qué te parecería la unión con la que es tu amante y desea ser tu esposa?» Luego, antes de que yo tuviese tiempo de abrir la boca para contestarle, me dejó y desapareció en medio de sus acompañantes. Después salieron de la mezquita todas juntas, y se perdieron entre la multitud de peregrinos. Y á pesar de todos los esfuerzos que hice para encontrarla, no pude volver á verla desde aquel instante. ¡Y mi alma y mi corazón están con ella! ¡Y mientras no me sea posible volver á verla, no disfrutaré de dicha alguna, aunque gozase de las delicias del Paraíso!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 717.^a NOCHE

Ella dijo:

»...¡Y mi alma y mi corazón están con ella! ¡Y mientras no me sea posible volver á verla, no disfrutaré de dicha alguna, aunque gozase de las delicias del Paraíso!»

Habló así, y á medida que se coloreaban sus mejillas sombreadas, crecía mi cariño hacia él. Y le dije cuando calló: «¡Oh Otbah! ¡oh primo mío! ¡pon tu esperanza en Alah, y ruégale que te otorgue el perdón de tus pecados! Por lo que á mí se refiere, heme aquí dispuesto á ayudarte con todo mi poder y con todos mis medios para que encuentres á la joven de tus pensamientos. ¡Porque al verte sentí que mi alma iba por sí misma en pos de tu persona, y lo que haga yo por ti en lo sucesivo será únicamente por ver bajarse contentos hacia mí tus ojos!» Y así diciendo, le oprimí contra mí afectuosamente y le besé como un hermano besaría á su hermano; y durante toda la noche no cesé de tranquilizar su alma querida. Y en verdad que en toda mi vida olvidaré aquellos momentos deliciosos é incompletos pasados al lado suyo.

Al día siguiente fui con él á la mezquita, y le dejé pasar el primero por consideración. Y estuvi-

mos juntos allí, desde por la mañana hasta mediodía, hora en que la mujeres suelen ir á la mezquita. Pero, con gran desaliento por nuestra parte, observamos que ya estaban en la mezquita todas las mujeres, sin que entre ellas se encontrara la joven. Y al ver yo la pena que aquel descubrimiento producía en mi joven amigo, le dije: «¡No te inquietes por eso! ¡Voy á preguntar por tu bien-amada á estas mujeres que ayer estaban con ella!»

Y salí corriendo hasta llegar junto á ellas, y conseguí al fin que me enterasen de que la joven era una virgen de muy alta estirpe que se llamaba Riya, y era hija de Al-Ghitrif, jefe de la tribu de los Bani-Sulem. Y les pregunté: «¡Oh mujeres de bien! ¿por qué no ha venido ella hoy con vosotras?» Contestaron: «¿Cómo ha de hacerlo, si su padre, que custodió á los peregrinos durante la travesía por el desierto desde el Irak hasta la Meca, ha regresado ayer con sus jinetes á su tribu, que está á orillas del Eufrates, y ha llevado consigo á su hija Riya?» Y les di las gracias por sus informes, y volví al lado de Otbah; y le dije: «¡Las noticias que te anuncio ¡ay! no están de acuerdo con mis deseos!» Y le puse al corriente de la marcha de Riya con su padre hacia la tribu. Luego le dije: «Pero tranquiliza tu alma, ¡oh Otbah! ¡oh primo mío! porque Alah me ha concedido riquezas numerosas, y estoy dispuesto á gastarlas para hacerte llegar al logro de tus fines. ¡Y desde este momento voy á tomar parte en el asunto y á llevarlo á buen

término, con ayuda de Alah!» Y añadí: «¡Pero has de tomarte el trabajo de acompañarme!» Y se levantó y me acompañó hasta la mezquita de sus parientes los Ansaritas.

Allí esperamos á que se reuniese el pueblo, y saludé á la asamblea, y dije. «¡Oh creyentes Ansaritas reunidos aquí! ¿qué opinión tenéis acerca de Otbah y del padre de Otbah?» Y contestaron á la vez: «¡Todos creemos que son árabes, pertenecientes á una familia ilustre y de una noble tribu!» Y les dije: «Sabed, pues, que Otbah, hijo de Al-Hubab, está consumido por una pasión violenta. ¡Y vengo precisamente á rogaros que unáis vuestros esfuerzos á los míos para asegurar su dicha!» Contestaron: «¡De todo corazón amistoso!» Dije: «¡En ese caso, tenéis que acompañarme á las tiendas de los Baní-Sulem, para ver al jeique Al-Ghitrif, su jefe, á fin de pedirle en matrimonio á su hija Riya para vuestro primo Otbah, hijo de Al-Hubab!» Y todos contestaron con el oído y la obediencia. Entonces monté á caballo, y también Otbah; y la asamblea hizo lo mismo. Y pusimos á galope tendido nuestros caballos, sin detenernos. Y de tal suerte conseguimos llegar á las tiendas de los jinetes del jeique Al-Ghitrif, á seis jornadas de Medina.

Cuando nos vió llegar el jeique Al-Ghitrif, salió á nuestro encuentro hasta la puerta de su tienda, y después de las zalemas, le dijimos: «Venimos á pedirte hospitalidad, ¡oh padre de los árabes!» Él contestó: «Bien venidos seáis á nuestras tiendas,

¡oh nobles huéspedes!» Y así diciendo, al punto dió á sus esclavos las órdenes necesarias para recibirnos como era debido. Y los esclavos extendieron en honor nuestro esteras y alfombras, y mataron carneros y camellos para ofrecernos un espléndido festín...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 718.^a NOCHE**

Ella dijo:

...y mataron carneros y camellos para ofrecernos un espléndido festín. Pero cuando llegó el momento de sentarnos á tomar parte en el festín, nos negamos á ello; y en nombre de toda la asamblea, declaré yo al jeique Al-Ghitrif: «¡Por los merecimientos sagrados del pan y de la sal, y por la fe de los árabes, que no tocaremos ninguno de estos manjares mientras no hayas accedido á nuestra demanda!» Y dijo Al-Ghitrif: «¿Y cuál es vuestra demanda?» Contesté: «¡Venimos á solicitarte para el matrimonio de tu noble hija Riyacon Otbah, hijo de Al-Hubab el Ansarita, hijo de Al-Mundhir, hijo de Al-Jamuh, el bravo, el bueno, el ilustre, el victorioso, el excelente!» Y cambiando repentina-

mente de color, el padre de Riya nos dijo inmediatamente con voz tranquila: «¡Oh hermanos árabes! dueña de su voluntad es la que me hacéis el honor de pedirme en matrimonio para el ilustre Otbah, hijo de Al-Hubab. Y no he de contrariar su voluntad. ¡Ella es, pues, quien tiene que hablar! ¡Y al instante voy á buscarla para pedirle su opinión!» Y se levantó, alejándose de nosotros, muy pálido, llena de cólera la nariz y con una cara que por sí sola desmentía el sentido de sus palabras.

Se fué, pues, á su tienda en busca de su hija Riya, la cual, muy asustada por la expresión de su rostro, le preguntó: «¡Oh padre mío! ¿por qué la cólera altera de modo tan violento la tranquilidad de tu alma?» Y se sentó él en silencio junto á su hija, y según supimos más tarde, acabó por decirle: «¡Has de saber ¡oh Riya, hija mía! que acabo de dar hospitalidad á unos Ansaritas que vinieron á mí con el fin de pedirte en matrimonio para uno de ellos!» Ella dijo: «¡Oh padre! ¡la familia de los Ansaritas es una de las más ilustres entre los árabes! ¡Y has hecho bien en darles hospitalidad! Pero dime, ¿para cuál de ellos acaban de pedirme en matrimonio?» El contestó: «¡Para Otbah, hijo de Hubab!» Ella dijo: «¡Se trata de un joven conocido! ¡Y es digno de entrar en tu raza!» Pero exclamó él, lleno de furor: «¿Qué palabras acabas de pronunciar? ¿Es que has entablado relaciones con él? ¡Porque ¡por Alah! he jurado á mi hermano

en otro tiempo que te concedería en matrimonio á su hijo, y ninguno, á no ser el hijo de tu tío, es digno de entrar en mi familia!» Ella dijo: «¡Oh padre! ¿y qué vas á responder á los Ansaritas? ¡Son árabes llenos de nobleza y muy susceptibles en todas las cuestiones de preeminencia y honor! Y si me niegas en matrimonio á uno de ellos, vas á atraer sobre ti y la tribu su rencor y el efecto de su venganza. ¡Porque se creerán menospreciados por ti y no te lo perdonarán!» El dijo: «¡Verdad dices! Pero voy á disimular mi negativa pidiendo para ti una dote exorbitante. Porque dice el proverbio: «¡Si no quieres casar á tu hija, exagera tu petición de dote!»

Dejó, pues, á su hija, y volvió á nuestro lado para decirnos: «La hija de la tribu ¡oh huéspedes míos! no se opone á vuestra petición de matrimonio; pero exige una dote que sea digna de sus méritos. ¿Quién de entre vosotros podrá darme el valor de esa perla incomparable?» A estas palabras, se adelantó Otbah y dijo: «¡Yo!» El jeique dijo: «¡Pues bien; mi hija pide mil brazaletes de oro rojo, cinco mil monedas de oro del cuño de Hajar, un collar de cinco mil perlas, mil piezas de tela de seda indiana, doce pares de botas de cuero amarillo, diez sacos de dátiles del Irak, mil cabezas de ganado, una yegua de la tribu de Anazi, cinco cajas de almizcle, cinco pomos de esencia de rosas y cinco cajas de ámbar gris!» Y añadió, encarándose con Otbah: «¿Eres hombre que se preste á esta

demanda?» Y contestó Otbah: «¿Lo dudas, ¡oh padre de los árabes!? ¡No solamente accedo á pagarte la dote pedida, sino que añadiré á ella algo más aún!»

Entonces yo me volví á Medina con mi amigo Otbah, y no sin muchos esfuerzos y trabajos, logramos reunir todas las cosas pedidas. Y gasté sin tasa mi dinero, con más gusto que si hubiese hecho para mí todas aquellas compras. Y regresamos á las tiendas de los Bani-Sulem con todas nuestras compras, y nos apresuramos á entregárselas al jeique Al-Ghitrif. Y sin poder ya retirarse de su palabra, el jeique se vió obligado á recibir á todos sus huéspedes los Ansaritas, que se reunieron para cumplimentarle por el matrimonio de su hija. Y comenzaron los festejos y duraron cuarenta días. Y degolláronse camellos y corderos en gran número, y se guisaron en calderas manjares de todas clases, y de los que cada individuo de la tribu podía comer á su antojo.

Al cabo de aquel tiempo, preparamos un palanquín suntuoso, que pusimos á lomos de un tronco de camellos, y en él colocamos á la recién casada. Y partimos todos en el límite de la alegría, seguidos por una caravana entera de camellos cargados con presentes. Y mi amigo Otbah estaba lleno de gozo en espera del día de la llegada, en que por fin se encontraría á solas con su bienamada. Y durante todo el viaje no la abandonaba un instante, y le hacía compañía en su palanquín, de donde no

bajaba mas que para favorecerme con una conversación de amistad, confianza y gratitud...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 719.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y durante todo el viaje no la abandonaba un instante, y le hacía compañía en su palanquín, de donde no bajaba mas que para favorecerme con una conversación de amistad, confianza y gratitud. Y yo me regocijaba con toda el alma y me decía: «¡Hete aquí ¡oh Abdalah! convertido en amigo de Otbah, porque, olvidando tus propios sentimientos, supiste conmover su corazón uniéndole á Riya! ¡No dudes de que algún día será recompensado con creces tu sacrificio! ¡Y también tú disfrutarás del cariño de Otbah hasta el límite de lo deseable y exquisito!»

Estábamos á una jornada de marcha de Medina, cuando al anochecer nos detuvimos para descansar en un oasis. Y la paz era completa; y la luz de la luna reía ante la alegría de nuestro campamento; y por encima de nuestras cabezas, doce palmeras, que parecían doce jóvenes,

acompañaban con los susurros de sus ramas la canción de la brisa nocturna. Y como los autores del mundo en días antiguos, disfrutábamos de la hora llena de quietud, de la frescura del agua, de la hierba espesa y de la dulzura del aire. Pero ¡ay! no se puede escapar al Destino, aunque se tengan alas para rehuirle. ¡Y mi amigo Otbah tenía que apurar hasta las heces la copa inevitable! En efecto, de improviso turbó nuestro reposo el ataque de unos jinetes armados que cayeron sobre nosotros lanzando gritos y aullidos. Eran jinetes de la tribu de los Bani-Salem, enviados por el jeique Al-Ghitrif para que raptaran á su hija. Porque no se había atrevido á violar en sus tiendas las leyes de la hospitalidad, y había esperado á que nos alejáramos para hacer que nos atacaran de aquel modo sin faltar ya á las costumbres del desierto. Pero no contaba con el valor de Otbah y de nuestros jinetes, que resistieron con gran energía el ataque de los Bani-Salem, y tras de matar gran número de ellos, acabaron por derrotarles. Pero en medio de la refriega, mi amigo Otbah recibió una lanzada, y cuando estuvo de vuelta en el campamento, cayó muerto en mis brazos.

Al ver aquello, la joven Riya lanzó un grito angustioso y se desplomó sobre el cuerpo de su amante. Y se pasó toda la noche lamentándose. Y cuando llegó la mañana, nos la encontramos muerta de desesperación. ¡Que Alah les tenga á ambos en Su Misericordia! Y cavamos para ellos una tumba en

la arena, y les enterramos uno junto al otro. Y con el alma dolorida, regresamos á Medina. Y cuando terminé lo que tenía que terminar, me volví á mi país.

Pero, siete años más tarde, me invadió el deseo de hacer otra peregrinación á los santos lugares. Y mi alma anheló ir á visitar la tumba de Otbah y de Riya. Y cuando llegué á la tumba, la vi sombreada por un árbol hermoso de especie desconocida, que habían plantado piadosamente los de la tribu de los Ansaritas. Y me senté en la piedra, á la sombra del árbol, llorando y con el alma entristecida. Y pregunté á los que me acompañaban: «¡Oh amigos míos! ¿cuál es el nombre de este árbol que llora conmigo la muerte de Otbah y de Riya?» Y me contestaron: «Se llama el Árbol de los Amantes.» ¡Ah! ¡Ojalá, ¡oh Otbah! reposes en la paz de tu Señor, á la sombra del árbol que se lamenta encima de tu tumba!»

«¡Y esto es lo que sé ¡oh rey afortunado! acerca de la Tumba de los Amantes!» Luego, como viese al rey Schahriar apesadumbrado por esta historia, se apresuró á contar aquella misma noche la historia de Hind, de su divorcio y de su matrimonio.



EL DIVORCIO DE HIND



Cuentan que la joven Hind, hija de Al-Nemán, era la joven más bella entre las jóvenes de su tiempo, y sus ojos, su finura y sus encantos la hacían parecerse en todo á una gacela. Y he aquí que la fama de su belleza llegó á oídos de Al-Hajage, gobernador del Irak; y éste la pidió en matrimonio. Pero el padre de Hind no quiso concedérsela por menos de una dote de doscientos mil dracmas de plata, á pagar antes del matrimonio, con la condición de pagarle también, en caso de divorcio, otros doscientos mil dracmas. Y Al-Hajage aceptó todas las condiciones, y se llevó á Hind á su casa.

Pero Al-Hajage, para amargura y calamidad suyas, era impotente. Y había venido al mundo con un zib de lo más deforme y con el ano obstruido. Y como en aquella constitución no podía vivir el niño, el diablo se apareció bajo forma humana á la madre, y le previno que, si quería que viviese su hijo, tenía que darle de mamar, en vez de leche, sangre de dos cabritos negros, de un cabrón negro y de una serpiente negra. Y la madre siguió aquel consejo y obtuvo el efecto deseado. Sin embargo, la impotencia y la deformidad, que

son dones de Satán y no de Alah el Generoso, continuaron siendo patrimonio del niño cuando se hizo hombre.

Así es que, cuando Al-Hajage se llevó á Hind á su casa, estuvo mucho tiempo sin atreverse á acercarse á ella mas que de día y sin tocarla, á pesar de todo el deseo que tenía de hacerlo. Y no tardó Hind en conocer el motivo de aquella abstinencia, y lo lamentó mucho con sus esclavas.

Y he aquí que un día fué á verla Al-Hajage, como de costumbre, para regocijarse los ojos con su belleza. Y estaba ella de espaldas á la puerta, distraída en mirarse al espejo, y cantando estos versos:

¡Hind, yegua de noble sangre árabe, hete aquí condenada á vivir con un miserable mulot

¡Oh! ¡desembarazadme pronto de estos ricos trajes de púrpura y devolvedme mis ropas de pelo de camello!

¡Abandonaré este palacio odioso, para volver á los lugares donde las tiendas negras de la tribu crujen al viento de mi desierto!

¡Allá donde la flauta y el céfiro se hablan con melodías á través de los agujeros de la tienda, melodías más dulces para mí que la música de laúdes y tambores!

¡Y donde los jóvenes de la tribu, criados con sangre de leones, son potentes y hermosos como leones!

¡Aquí morirá Hind sin posteridad, al lado de un miserable mulo!

Cuando Al-Hajage oyó el canto en que Hind le comparaba con un mulo, salió de la habitación, lleno de desaliento, sin que su esposa advirtiese su presencia y su desaparición, y mandó al instante que buscaran al kadí Abdalah, hijo de Taher, para hacer pronunciar su divorcio. Y Abdalah se presentó á Hind y le dijo: «¡Oh hija de Al-Nemán! ¡he aquí que Al-Hajage Abu-Mohammad te envía doscientos mil dracmas de plata, y al propio tiempo me encarga llenar en nombre suyo las formalidades de su divorcio contigo!» Y exclamó Hind: «¡Gracias á Alah, he aquí atendido mi ruego, y heme ya en libertad para volverme con mi padre! ¡Oh hijo de Taher! no podías darme una noticia más agradable que la de que estoy libre de ese perro inoportuno. ¡Guárdate, pues, esos doscientos mil dracmas, como recompensa por la feliz noticia que me traes!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 720.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Guárdate, pues, esos doscientos mil dracmas, como recompensa por la feliz noticia que me traes!»

Entonces el califa Abd Al-Malek ben-Merwán, que había oído hablar de la incomparable belleza y del ingenio de Hind, la deseó y envió á pedirla en matrimonio. Pero ella le contestó con una carta en que, después de las alabanzas á Alah y de las fórmulas de respeto, le decía: «¡Sabe ¡oh Emir de los Creyentes! que el perro ha manchado el vaso al tocarlo con el hocico para olerlo!» Y cuando recibió esta carta, el califa se echó á reir á carcajadas, y al punto escribió esta respuesta: «¡Oh Hind! ¡si el perro manchó el vaso al tocarlo con el hocico, lo lavaremos siete veces, y con el uso que hagamos de él lo purificaremos!»

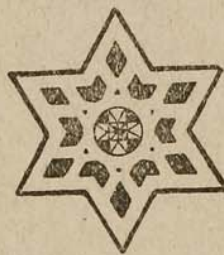
Y al ver que el califa, á pesar de los obstáculos que ella le oponía, continuaba deseándola ardientemente, Hind no pudo por menos de inclinarse. Aceptó, pues, pero poniendo una condición, como se lo escribió en otra carta en que, después de las alabanzas y las fórmulas, decía: «¡Sabe ¡oh Emir de los Creyentes! que no partiré mas que con una

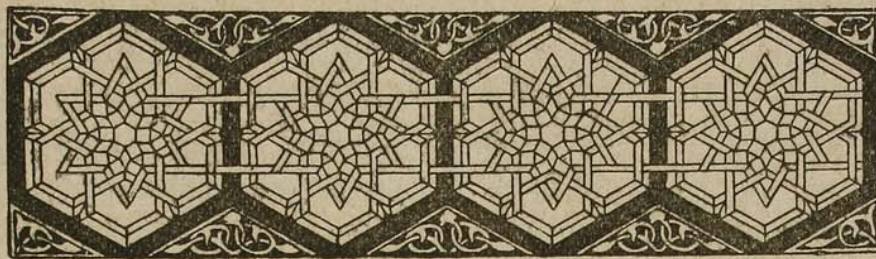
sola condición: que Al-Hajage, con los pies descalzos, conduzca de la brida, durante todo este viaje, mi camello hasta tu palacio!»

Esta carta hizo reir al califa aún más que la primera. Y en seguida transmitió á Al-Hajage la orden de conducir de la brida el camello de Hind. Y no obstante todo su despecho, como Al-Hajage sabía bien que no podía hacer mas que obedecer las órdenes del califa, fué con los pies descalzos hasta la morada de Hind y cogió al camello por la brida. Y montó Hind en su litera, y durante todo el camino no dejó de divertirse con toda el alma á costa de su conductor. Y llamó á su nodriza y le dijo: «¡Oh nodriza mía! ¡descorre un poco las cortinas del palanquín!» Y la nodriza separó las cortinas, y sacó Hind la cabeza por la portezuela y tiró á tierra un dinar de oro, que fué á caer en medio del barro. Y se encaró con su antiguo esposo y le dijo: «¡Oh canciller, devuélveme esa moneda de plata!» Y Al-Hajage recogió la moneda y se la entregó á Hind, diciéndole: «¡Es un dinar de oro y no una moneda de plata!» Y echándose á reir, exclamó Hind: «¡Loores á Alah, que hace convertirse la plata en oro, á pesar de la suciedad del barro!» Y Hajage, al oír estas palabras, comprendió que aquello era una nueva burla de Hind para humillarle. Y se puso muy colorado de vergüenza y de cólera. Pero bajó la cabeza y se vió obligado á ocultar su rencor contra Hind, convertida en esposa del califa.

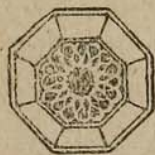
Cuando Schahrazada hubo contado esta historia, se calló. Y le dijo el rey Schahriar: «Me gustan esas anécdotas, Schahrazada. Pero querría oír ahora una historia maravillosa. Y si es que no sabes más, dí-melo para que me entere.» Y Schahrazada exclamó: «¿Y dónde hay una historia más maravillosa que la que precisamente voy á contar en seguida al rey, siempre que me lo permita?» Y dijo Schahriar: «¡Te lo permito!»







HISTORIA MARAVILLOSA DEL ESPEJO DE LAS VIRGENES



Y Schahrazada dijo al rey Schahriar:

He llegado á saber ¡oh rey afortunado! ¡oh dotado de ideas excelentes! que en la antigüedad del tiempo y el pasado de las edades y de los momentos había en la ciudad de Bassra un sultán que era un joven admirable y delicioso, lleno de generosidad y de valentía, de nobleza y de poderío, y se llamaba el sultán Zein. Pero, á pesar de las grandes cualidades y de los dones de todas clases, que hacían que no tuviese par á lo largo ni á lo ancho del mundo, el tal joven y encantador sultán Zein era un extraordinario disipador de riquezas, un pródigo que no tenía

freno ni orden, y que con las liberalidades de su mano abierta á jóvenes favoritos glotones en extremo, y con lo que gastaba en las mujeres innumerables de todos colores y de todas estaturas que mantenía en palacios suntuosos, y con la compra no interrumpida de nuevas jóvenes que á diario le procuraban, en estado de virginidad, por precios exorbitantes, para que las metiese el diente, había acabado por agotar completamente los inmensos tesoros acumulados desde hacía siglos por sus abuelos los sultanes y los conquistadores. Y un día su visir fué á anunciarle, después de besar la tierra entre sus manos, que las arcas del oro estaban vacías y que no había con qué pagar al día siguiente á los proveedores del palacio; y no bien le hubo anunciado aquella mala noticia, por miedo al palo se apresuró á marcharse como había venido.

Cuando el joven sultán Zein se enteró así de que habíanse consumido todas sus riquezas, se arrepintió de no haber pensado en reservarse una parte para los días negros del Destino; y se entristeció en el alma hasta el límite de la tristeza. Y se dijo: «Ya no te queda, sultán Zein, mas que huir de aquí en seguida y dejar el trono decadente del reino de tus padres á quien quiera apoderarse de él, abandonando á su suerte á tus favoritos tan queridos, á tus concubinas jóvenes, á tus mujeres y tus asuntos de gobierno. Porque es preferible ser un mendigo en el camino de Alah, á ser un rey sin riquezas y sin prestigio, y ya conoces el pro-

vérbio que dice: «¡Más vale estar en la tumba que en la pobreza!» Y así pensado, esperó que llegara la noche, para disfrazarse y salir por la puerta secreta de su palacio sin ser visto por nadie. Y se disponía á coger un báculo y ponerse en camino, cuando Alah el Omnividente, el Omnioyente, le trajo á la memoria las últimas palabras y recomendaciones de su padre. Porque, antes de morir, su padre le había llamado, y entre otras cosas le había dicho: «¡Y sobre todo ¡oh hijo mío! no olvides que, si el Destino se vuelve un día contra ti, encontrarás en el armario del archivo un tesoro que te permitirá hacer frente á todos los embates de la suerte!»

Cuando Zein recordó estas palabras, que habíanse borrado completamente de su memoria, corrió sin tardanza al armario del archivo y lo abrió, temblando de alegría. Pero por más que miró, hojeó y examinó, revolviendo papeles y registros y desordenando los anales del reino, no encontró en aquel armario ni oro ni olor de oro, ni plata ni olor de plata, ni joyas, ni pedrerías, ni nada que de cerca ó de lejos se pareciese á aquellas cosas. Y desesperado hasta no poder contener más desesperación su pecho, y muy furioso por haber visto defraudada su esperanza, empezó á sacarlo todo y á tirar los papeles del reino en todas direcciones, y á pisotearlos con rabia, cuando de pronto sintió que resistía á su mano devastadora un objeto duro, como de metal. Y lo cogió, y

cuando lo hubo mirado, vió que era un pesado cofrecillo de cobre rojo. Y se apresuró á abrirlo; y no encontró dentro mas que un billete doblado y sellado con el sello de su padre. Entonces, aunque estaba muy descorazonado, rompió el precinto y leyó en el papel estas palabras trazadas de puño y letra de su padre: «¡Ve, hijo mío, á tal sitio del palacio, llévate un azadón y cava por ti mismo la tierra con tus manos, invocando á Alah!»

Cuando hubo leído este billete, Zein se dijo: «¡He aqui que tengo que hacer ahora el trabajo penoso de los labradores! Pero ya que tal es la voluntad de mi padre, no quiero desobedecer!» Y bajó al jardín del palacio, cogió un azadón que estaba apoyado contra el muro de la casa del jardinero y fué al sitio designado, que era un subterráneo situado debajo del palacio...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 721.^a NOCHE

La pequeña Doniazada, hermana de Schahrazada, se levantó de la alfombra en que estaba acurrucada y exclamó: «¡Oh hermana mía! ¡cuán dulces y amables y sabrosas en su frescura son tus palabras!» Y dijo Schahrazada, besando en los ojos á su her-

mana: «Sí; pero ¿qué es lo anterior comparado con lo que voy á contar esta noche, siempre que me lo permita este rey bien educado y dotado de buenas maneras?» Y dijo el rey Schahriar: «¡Permitido!» Entonces Schahrazada continuó así:

...El joven sultán Zein cogió un azadón y fué al subterráneo situado debajo del palacio. Y encendió una antorcha, y á aquella claridad empezó por golpear el suelo del subterráneo con el mango de su azadón, y de tal suerte acabó por percibir una resonancia profunda. Y se dijo: «¡Ahí es donde tengo que cavar!» Y se puso á cavar de firme; y levantó más de la mitad de los adoquines del pavimento sin dar con la menor apariencia del tesoro. Y dejó la tarea para descansar, y apoyándose contra el muro, pensó: «¡Por Alah! ¿y desde cuando, sultán Zein, necesitas correr detrás de tu destino y buscarlo hasta en las profundidades de la tierra, en vez de esperarlo sin preocupaciones, sin fatigas y sin trabajo? ¿Es que no sabes que lo que pasó, pasado está, y lo que se escribió, escrito está y deberá ocurrir?» Sin embargo, cuando descansó un poco, continuó su tarea, quitando las baldosas sin muchas esperanzas, y he aquí que de repente dejó al descubierto una piedra blanca, que hubo de levantar; y debajo encontró una puerta que tenía puesto un candado de acero. Y rompió aquel candado á azadonazos y abrió la puerta.

Entonces se vió en lo alto de una magnífica es-

calera de mármol blanco que daba acceso á una amplia sala cuadrada, toda de porcelana blanca de China y de cristal, y cuyo artesonado y techo y columnata eran de lapislázuli celeste. Y vió en aquella sala cuatro estrados de nácar, sobre cada uno de los cuales había diez ánforas grandes de alabastro y de pórfido alternadas. Y se preguntó: «¿Quién sabe qué contendrán estas hermosas ánforas? ¡Es muy probable que mi difunto padre hiciera que las llenaran de vino añejo, el cual ahora debe alcanzar los límites extremos de la excelencia!» Y así pensando, subió á uno de los cuatro estrados, se acercó á una de las ánforas y quitó la tapa. Y ¡oh sorpresa! ¡oh alegría! vió que estaba llena de polvo de oro hasta el borde. Y para cerciorarse de ello mejor, metió el brazo, sin poder llegar al fondo, y lo sacó todo dorado y reluciente de sol. Y se apresuró á quitar la tapa á otra ánfora y vió que estaba llena de dinares de oro y de cequíes de oro de todos tamaños. Y examinó una tras otra las cuarenta ánforas, y vió que todas las de alabastro estaban repletas de polvo de oro y todas sus hermanas de pórfido repletas de dinares y de cequíes de oro.

Al ver aquello, el joven Zein se dilató y se esponjó y se tambaleó y se convulsionó; luego se puso á gritar de alegría, y dejando su antorcha en una cavidad de la pared de cristal, inclinó hacia él una de las ánforas de alabastro, y se echó por la cabeza, por los hombros, por el vientre y por

todas partes polvo de oro; y se bañó en ello con una voluptuosidad que no sintió nunca en los hammams más deliciosos. Y exclamó: «¡Vaya, vaya, sultán Zein! ¿conque querías coger el báculo del derviche y ya te disponías á recorrer los caminos de Alah mendigando? ¡Y he aquí que la bendición ha descendido sobre tu cabeza, porque no dudaste de la generosidad del Donador y derrochaste á mano abierta los primeros bienes que te dió! Refréscale, pues, los ojos y tranquiliza tu alma. ¡Y no temas poder agotar de nuevo los dones incessantes de Quien te ha creado!» Y al mismo tiempo inclinó todas las demás ánforas de alabastro, y vertió en la sala de porcelana el contenido. He hizo lo propio con las ánforas de pórfido, cuyos dinares y cequíes hacían estremecerse con sus caídas sonoras y sus tintineos los ecos de la porcelana y el armonioso cristal. Y sumergió su cuerpo amorosamente en medio de aquel amontonamiento de oro, en tanto que, á la luz de la antorcha, la sala blanca y azul unía al resplandor de sus paredes milagrosas las fulgurantes chispas y las llamaradas gloriosas que escapábanse del seno de aquel incendio frío.

Cuando el joven sultán se bañó en oro de aquel modo, recreándose en ello para olvidar el recuerdo de la miseria que había amenazado su vida y le tuvo á punto de abandonar el palacio de sus padres, se levantó chorreando cascadas inflamadas, y más calmado ya, se puso á examinarlo todo con extre-

mada curiosidad, asombrándose de que su padre el rey hubiese hecho abrir aquel subterráneo y construir en él aquella sala admirable tan secretamente, que nadie en el palacio oyó nunca hablar de semejante cosa. Y sus ojos atentos acabaron por notar en un rincón, escondido entre dos columnas, un minúsculo cofrecillo, semejante en un todo, aunque más pequeño, al que había encontrado en el armario del archivo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 722.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y sus ojos atentos acabaron por notar en un rincón, escondido entre dos columnas, un minúsculo cofrecillo, semejante en un todo, aunque más pequeño, al que había encontrado en el armario del archivo. Y lo abrió, y encontró dentro una llave de oro incrustada de pedrerías. Y se dijo: «¡Por Alah! ¡esta llave debe ser la que abre el candado que he roto!» Luego reflexionó, y pensó: «El caso es que ¿cómo iba á cerrarse entonces el candado desde fuera? Esta llave, por consiguiente, debe servir para otra cosa.» Y se puso á buscar por todas

partes, á ver si descubría para qué servía la llave. Y examinó con atención extremada todas las paredes de la sala, y acabó por encontrar, en medio de un testero, una cerradura. Y pareciéndole que sería la correspondiente á la llave que tenía él, la probó en seguida. Y al punto cedió y se abrió de par en par una puerta. Y así pudo penetrar en otra sala, todavía más maravillosa que la anterior. Porque toda ella, desde el suelo hasta el techo, era de loza verde con labrados de oro, y se la creería tallada en esmeralda marina. Y verdaderamente, era tan hermosa en su desnudez de todo adorno, que en ningún sueño se hubiera imaginado otra parecida. Y en medio de aquella sala se mantenían de pie, bajo la bóveda, seis jóvenes como lunas y brillando de por sí con un brillo que iluminaba toda la sala. Y se erguían sobre pedestales de oro macizo, y no hablaban. Y encantado, á la vez que estupefacto, avanzó Zein hacia ellas para verlas más de cerca y hacerles su zalema; pero advirtió que no estaban vivas, sino que cada cual estaba hecha de un solo diamante.

Al ver aquello, exclamó Zein, en el límite del asombro: «¡Ya Alah! ¿cómo se arreglaría mi difunto padre para poseer semejantes maravillas?» Y las examinó aún con más atención, y observó que, erguidas sobre sus pedestales, rodeaban al séptimo pedestal, el cual permanecía sin ninguna joven y cubierto con una tapicería de seda en que había escritas estas palabras:

¡Has de saber ¡oh hijo mío Zein! que me ha costado mucho trabajo adquirir estas jóvenes de diamante. Pero por más que sean maravillas de belleza, no creas que son lo más admirable de la tierra. Porque existe una séptima joven, más brillante é infinitamente más bella, que las supera, y ella sola vale más que mil como las que estás viendo. Si anhelas, pues, verla y hacerla tuya para colocarla encima del séptimo pedestal que la aguarda, no tienes mas que hacer lo que la muerte no me permitió llevar á cabo. Ve á la ciudad del Cairo y busca en ella á uno de mis antiguos criados fieles, llamado Mubarak, á quien no te costará ningún trabajo descubrir. Y después de las zalemas, cuéntale lo que te ha sucedido. Y te reconocerá como hijo mío, y te conducirá hasta el sitio en que se halla esa incomparable joven. Y la adquirirás. Y regocijará tu vista para el resto de tus días. ¡Uassalam, ya Zein!

Cuando el joven Zein hubo leído estas palabras, se dijo: «¡Ciertamente, me guardaré bastante de aplazar ese viaje al Cairo! ¡Porque muy maravilloso ejemplar ha de ser la séptima joven para que mi padre me asegure que ella sola vale tanto como las reunidas aquí y otras mil análogas!» Y teniendo decidido partir, salió del subterráneo un instante, para volver con una banasta que llenó de dinares y de cequies de oro. Y la transportó á su aposento. Y se pasó parte de la noche llevando á sus habitaciones algo de aquel oro, sin que nadie notase sus

idas y venidas. Y cerró la puerta del subterráneo, y subió á acostarse para descansar.

Pero al día siguiente convocó á sus visires, emires y grandes del reino, y les participó su intención de ir á Egipto para cambiar de aires. Y encargó para que gobernara el reino durante su ausencia á su gran visir, que era el mismo precisamente que tanto hubo de temer al palo en vista de la mala noticia anunciada. La escolta que debía acompañarle en el viaje estaba compuesta de un número reducido de esclavos, escogidos cuidadosamente. Y partió él sin pompa ni cortejo. Y Alah le escribió la seguridad, y llegó sin contratiempo al Cairo.

Allí se apresuró á pedir noticias de Mubarak, y le dijeron que en El Cairo no conocían por este nombre mas que á un rico mercader, sindico del zoco, que vivía con toda comodidad y holgura en su palacio, cuyas puertas estaban abiertas para los pobres y para los extranjeros. Y Zein se hizo conducir al palacio de aquel Mubarak, y se encontró á la puerta con gran número de esclavos y eunucos, que, tras de avisar á su amo, se apresuraron á deseárselo la bienvenida. Y le hicieron pasar por un patio grande y atravesar una sala magníficamente adornada, en la cual le esperaba el amo de la casa sentando en un diván de seda. Y se retiraron.

Entonces avanzó Zein hacia su huésped, que levantóse en honor suyo y, después de las zalemas, le rogó que se sentara á su lado, diciéndole: «¡Oh mi señor! ¡la bendición entró en mi casa al mismo

tiempo que tú!» Y le abrazó con gran cordialidad y se guardó mucho de faltar á los deberes de hospitalidad, preguntándole su nombre y la causa que motivaba su presencia. Así es que fué Zein quien interrogó primero á su huésped, diciéndole: «¡Oh mi señor! aquí donde me ves, acabo de llegar de Bassra, que es mi país, en busca de un hombre llamado Mubarak, que en otro tiempo se contó entre los esclavos del difunto rey de quien soy hijo. Y si me preguntaras mi nombre, te diría que me llamo Zein. ¡Y ahora soy yo mismo el sultán de Bassra!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 723.ª NOCHE**

Ella dijo:

»...Y si me preguntaras mi nombre, te diría que me llamo Zein. ¡Y ahora soy yo mismo el sultán de Bassra!»

Al oír estas palabras, el mercader Mubarak, en el límite de la emoción, se levantó del diván, y arrojándose á los pies de Zein besó la tierra entre sus manos, y exclamó: «¡Loores á Alah, ¡oh mi señor! que ha permitido la reunión del amo y del esclavo! ¡Ordena y te responderé con el oído y la

obediencia! ¡Porque yo mismo soy ese Mubarak, esclavo de tu padre el difunto rey! ¡No muere el hombre que engendra! ¡Oh hijo de mi amo! ¡este palacio es tu palacio, y yo soy propiedad tuya!» Entonces, Zein, levantando del suelo á Mubarak, le contó cuanto le había sucedido, desde el principio hasta el fin y sin omitir un detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo. Y añadió: «¡Por tanto, vengo á Egipto para que me ayudes á encontrar esa maravillosa joven de diamante!» Y contestó Mubarak: «¡De todo corazón leal y como homenaje debido! Soy el esclavo no liberto, y mi vida y mis bienes te pertenecen por derecho propio. ¡Pero antes de ir en busca de la joven de diamante, ¡oh mi señor! conviene que descanses de las fatigas del viaje y que me permitas dar un festín en honor tuyo!» Pero Zein contestó: «Has de saber ¡oh Mubarak! que, por lo que afecta á tu calidad de esclavo, puedes considerarte libre en adelante, pues te liberto y excluyo tu persona de mis bienes y propiedades. En cuanto á la joven de diamante, es preciso que vayamos en su busca sin tardanza, pues no me ha fatigado el viaje, y la impaciencia que me embarga me impediría disfrutar del menor reposo.» Entonces, viendo lo firme que era la resolución del príncipe Zein, Mubarak no quiso contrariarle, y después de besar por segunda vez la tierra entre sus manos para darle gracias por el don que acababa de hacerle de su libertad, y tras de besarle la orla del manto y cubrirse con ella la cabeza, se levantó,

y dijo á Zein: «¡Oh mi señor! ¿pero has reflexionado acerca de los peligros que vas á correr en esta expedición? ¡Porque la joven de diamante está en el palacio del Anciano de las Tres Islas! Y las Tres Islas se hallan situadas en un país cuyo umbral no puede trasponer la generalidad de los hombres. Sin embargo, yo puedo conducirte, pues conozco la fórmula que hay que pronunciar para penetrar en él.» Y contestó el príncipe Zein: «Estoy pronto á afrontar todos los peligros con tal de adquirir esa joven de diamante, ya que no sucederá nada que no deba suceder. ¡Y heme aquí con el pecho hinchado por todo mi valor para ir en busca del Anciano de las Tres Islas!»

Entonces ordenó Mubarak á los esclavos que pusieran todo lo necesario para la marcha. Y tras de hacer sus abluciones y la plegaria, montaron á caballo y se pusieron en camino. Y viajaron días y noches por llanuras y desiertos y por parajes solitarios, en donde no había mas que hierba y la presencia de Alah. Y durante aquel viaje se ofreció á ellos sin cesar el espectáculo de cosas, á cuál más extraña, que encontraban por primera vez en su vida. Y acabaron por llegar á una pradera deliciosa, en donde se apearon de los caballos, y encarándose con los esclavos que les seguían, les dijo Mubarak: «¡Os quedaréis en esta pradera para guardar los caballos y las provisiones hasta nuestro regreso!» Y rogó á Zein que le siguiera, y le dijo: «¡Oh mi señor, no hay recurso ni poder mas que en Alah

el Omnipotente! Henos aquí en el umbral de las tierras prohibidas donde se halla la joven de diamante. Tenemos que avanzar completamente solos, sin vacilar en adelante ni por un momento. ¡Y ahora es cuando hemos de manifestar nuestra entereza y nuestro valor!» Y el príncipe Zein le siguió, y caminaron largo tiempo, sin detenerse, hasta que llegaron al pie de una alta montaña, que tapaba todo el horizonte como una muralla inflexible.

Entonces el príncipe Zein se encaró con Mubarak y le dijo: «¡Oh Mubarak! ¿y qué poder nos hará escalar ahora esta montaña inaccesible? ¿Y quién nos dará alas para llegar á su cúspide?» Y Mubarak contestó: «¡No tenemos necesidad de escalarla ni de llegar á su cúspide con alas que nos permitan ascender!» Y sacó del bolsillo un libro antiguo, en el cual había trazados al revés caracteres desconocidos, semejantes á patas de hormiga, y se puso á leer en voz alta ante la montaña, moviendo la cabeza, unos versículos en lengua incomprensible. Y al punto, girando sobre sí misma por ambos lados á la vez, se separó en dos partes la montaña, dejando junto al suelo un espacio lo bastante ancho para permitir pasar á un solo hombre. Y Mubarak cogió de la mano al príncipe, y resueltamente se aventuró el primero por aquel espacio angosto. Y anduvieron de tal suerte, uno detrás de otro, durante una hora de tiempo, y llegaron al otro extremo del pasadizo. Y en cuanto salieron, se acercaron y unieron de una manera tan perfecta

las dos mitades de la montaña, que no dejaron entre ellas ni un intersticio por el que pudiese penetrar siquiera la punta de una aguja.

Y á la salida se encontraron en la ribera de un lago tan grande como el mar y del seno del cual emergian á lo lejos tres islas cubiertas de vegetación. Y la ribera donde estaban recreaba la vista con árboles, arbustos y flores, que se miraban en el agua y embalsamaban el aire con los aromas más dulces, en tanto que los pájaros cantaban en diversos tonos melodías que arrebatában el espíritu y cautivaban el corazón.

Y Mubarak se sentó en la ribera, y dijo á Zein: «¡Oh mi señor! lo mismo que yo, estás viendo á lo lejos esas islas. ¡A ellas precisamente es adonde tenemos que ir!» Y Zein preguntó, muy sorprendido: «¿Y cómo vamos á atravesar ese lago tan vasto cual un mar, para ir á esas islas?» El otro contestó: «No te inquietes por eso, porque dentro de unos instantes vendrá por nosotros una barca para transportarnos á esas islas, hermosas cual las tierras prometidas por Alah á sus creyentes. Pues allí se halla el Anciano propietario de la joven de diamante. Pero ¡oh mi señor! te suplico que, suceda lo que suceda y veas lo que veas, no hagas la menor reflexión. ¡Y sobre todo, ¡oh mi señor! por muy singular que te parezca la cara del barquero y por muy extraordinario que le encuentres, guárdate de mover la lengua! ¡Porque si, una vez embarcados, tienes la desgracia de pronunciar una

sola palabra, la barca se hundirá en las aguas con nosotros!» Y contestó Zein, extremadamente impresionado: «¡Me guardaré la lengua entre los dientes y mis reflexiones en el espíritu!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 724.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Me guardaré la lengua entre los dientes y mis reflexiones en el espíritu!»

Mientras hablaban así, vieron de repente aparecer en el lago una barca con un barquero, y estaba tan cerca de ellos, que no supieron si había salido del seno del agua ó si había bajado del fondo del aire. Y aquella barca era de madera de sándalo rojo y en medio tenía un mástil del ámbar más fino, y jarcias de seda. En cuanto al barquero, poseía cuerpo de ser humano, hijo de Adán, pero su cabeza se parecía á la de un elefante y ostentaba dos orejas que le caían hasta tierra y arrastraban tras él como la cola de Agar.

Cuando la barca estuvo sólo á cinco codos de la orilla, se detuvo, y el barquero con cabeza de elefante estiró la trompa y tomó con ella, uno tras

otro, á ambos compañeros, y los transportó á la barca con tanta facilidad como si fuesen plumas, y les colocó con mucho cuidado. Y al punto sumergió en el agua su trompa, y utilizándola á la vez como remo y timón, se alejó de la orilla. Y alzó sus inmensas orejas rastreras y las desplegó por encima de su cabeza al viento, que hubo de henchirlas tumultuosamente como si fuesen velas. Y maniobró con ellas, volviéndolas hacia el lado de la brisa, con más seguridad con que un capitán haría maniobrar los aparejos de su barco. É impulsada de aquel modo, voló la barca cual un pájaro en el lago.

Cuando llegaron á orillas de una de las islas, el barquero les cogió de nuevo con la trompa, á uno tras de otro, y les dejó en la arena, sin lastimarles, para desaparecer al punto con su barca.

Entonces Mubarak cogió de la mano al príncipe y se internó con él en el interior de la isla, siguiendo un sendero pavimentado con pedrerías de todos colores en vez de guijarros. Y caminaron de aquella manera, hasta que llegaron ante un palacio enteramente construido con piedras de esmeralda y rodeado de un ancho foso, en cuyos bordes había plantados de trecho en trecho árboles tan altos que cubrían todo el palacio con su sombra. Y frente á la puerta principal de entrada, que era de oro macizo, había un puente formado de conchas y que lo menos media seis toesas de largo por tres de ancho. Y sin atreverse á franquear aquel puente, Mubarak se detuvo y dijo al prínci-

pe: «No podemos ir más adelante. ¡Pero si queremos ver al Anciano de las Tres Islas, podemos hacer un conjuro mágico!» Y extrajo de un saco que llevaba oculto entre la ropa cuatro tiras de seda amarilla. Y con una se rodeó la cintura, y se puso otra á la espalda. Luego dió las otras dos tiras al príncipe, que hizo el mismo uso de ellas. Y entonces Mubarak extrajo del saco dos alfombras preciosas de seda fina, las extendió en el suelo y esparció encima algunos granos de almizcle de ámbar, murmurando fórmulas de encanto. Después se sentó, con las piernas cruzadas, en medio de una de aquellas alfombras, y dijo al príncipe: «¡Ponte en medio de la otra alfombra!» Y Zein ejecutó la orden, y Mubarak le dijo: «Ahora voy á conjurar al Anciano de las Tres Islas, que habita este palacio. ¡Haga Alah que venga á nosotros sin encolezarse! Porque he de advertirte ¡oh mi señor! que no estoy muy seguro de la manera cómo va á recibirnos, y siento inquietud por las consecuencias de nuestra empresa; pues si no le agrada nuestra llegada á la isla, aparecerá bajo la forma de un monstruo espantable, pero si no le molesta nuestra venida, se mostrará bajo la forma de un amable y noble adamita. Y en cuanto esté ante nosotros, tendrás que levantarte en honor suyo, y sin salirte de la alfombra le harás las zalemas más respetuosas, y le dirás: «¡Oh poderoso señor, soberano de soberanos! ¡henos aquí en el recinto de tu soberanía y habiendo entrado por la puerta de tu pro-

tección. Por lo que á mí se refiere, soy tu esclavo Zein, sultán de Bassra, hijo del difunto sultán á quien se llevó el ángel de la muerte después de que finara en la paz de su Señor. ¡Y vengo á solicitar de tu generosidad y de tu poder los mismos favores que dispensaste á mi difunto padre, servidor tuyo! Y si te pregunta qué gracia quieres que te conceda, le contestarás: «¡Oh soberano mío! ¡lo que vengo á solicitar de tu generosidad es la séptima joven de diamante!» Y contestó Zein: «¡Escucho y obedezco!»

Entonces, cuando acabó de instruir así al príncipe Zein, Mubarak empezó á hacer conjuros, fumigaciones, recitados, abjuraciones y ensalmos, que para Zein no tenían significación alguna. É inmediatamente se ocultó el sol tras un montón de nubes negras, y toda la isla se cubrió de espesas tinieblas, y brilló un largo relámpago que fué seguido de un trueno. Y levantóse un viento furioso que sopló hacia ellos; y oyeron un grito espantoso que estremeció los aires; y hubo un temblor de tierra semejante al que el ángel Israfil ha de causar el día del Juicio.

Cuando Zein vió y oyó todo aquello, se sintió poseído de una gran emoción, que tuvo cuidado de no dejar traslucir, sin embargo; y pensó para sí: «¡Por Alah, que esto es un presagio bastante malo!» Pero Mubarak, que le adivinó el pensamiento, empezó á sonreír, y le dijo: «No tengas miedo, ¡oh mi señor! ¡Estas señales, por el contrario, deben tran-

quilizarnos! ¡Todo va bien, con ayuda de Alah!»

Efectivamente, en el mismo instante en que él pronunciaba estas palabras...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 725.^a NOCHE

Ella dijo:

...Efectivamente, en el mismo instante en que él pronunciaba estas palabras, apareció ante ellos el Anciano de las Tres Islas bajo la forma de un adamita de aspecto venerable, ¡y tan hermoso, que no le superaría en perfección nadie mas que Aquel á quien pertenecen toda hermosura, toda cualidad y toda gloria! (¡Exaltado sea!) Y se acercó á Zein, sonriéndole como sonreiría un padre á su hijo. Y Zein se apresuró á levantarse en honor suyo, sin abandonar, no obstante, el centro de la alfombra, para inclinarse luego ante él y besar la tierra entre sus manos. Y no dejó de hacerle las zalemas y los cumplimientos indicados por Mubarak. Y sólo entonces le expuso el motivo de su viaje á la isla.

Cuando el Anciano de las Islas hubo oído las

palabras de Zein y comprendió bien su significación, sonrió con una sonrisa aún más atrayente, y dijo á Zein: «¡Oh Zein! en verdad que quise á tu padre con un cariño grande; y cada vez que venía á verme hacíale yo don de una joven de diamante; y me cuidaba de hacérsela transportar yo mismo á Bassra, por temor de que la deterioraran los camellos. Pero no creas que á ti te profeso menos amistad, ¡oh Zein! Pues has de saber que, por propio impulso, prometí á tu padre tomarte bajo mi protección, y le alenté á escribir las dos advertencias y á ocultarlas, una en el armario del archivo y otra en el cofre del subterráneo. Y heme aquí dispuesto á darte la joven de diamante, que por sí sola vale tanto como las demás reunidas y otras mil análogas. ¡Pero ¡oh Zein! no podré hacerte ese regalo maravilloso mas que á cambio de otro que quiero pedirte!» Y contestó Zein: «¡Por Alah, ¡oh mi señor! que cuanto me pertenece es propiedad tuya, y yo mismo me hallo incluído entre lo que te pertenece!» Y el Anciano sonrió, y contestó: «¡Está bien, ¡oh Zein! pero mi petición es muy difícil de satisfacer! ¡Y no sé si alguna vez lograrás complacermel!» El joven preguntó: «¿Y qué es ello?» El otro dijo: «¡Es preciso que me busques, para traérmela á esta isla, una joven de quince años que sea una virgen íntacta y á la par una belleza sin rival!» Y exclamó Zein: «¡Si eso es todo lo que me pides, ¡oh mi señor! por Alah, que me será fácil satisfacerte! ¡Porque nada en nuestro país es

más corriente que las jóvenes de quince años vírgenes á la par que bellas!»

A estas palabras, el Anciano miró á Zein y se echó á reir de tal manera, que se cayó de trasero. Y cuando se hubo calmado un poco, preguntó á Zein: «¿Tan fácil es encontrar lo que te pido, ¡oh Zein?» Y Zein contestó: «¡Oh mi señor! ¡no solamente puedo procurarte una, sino diez jóvenes como la que pides! ¡En cuanto á mí, ya tengo en mi palacio un número considerable de jóvenes de esa clase, y están bien intactas, y me deleito arrebatándoles su virginidad!» Y al oír estas palabras, el Anciano no pudo menos de echarse á reir por segunda vez. Luego, con tono lleno de piedad, dijo á Zein: «Has de saber, hijo mío, que lo que te pido es una cosa tan rara, que nadie hasta hoy pudo traérmela. ¡Y si crees que son vírgenes las jóvenes que posees, te equivocas y te haces ilusiones! Porque ignoras que las mujeres disponen de mil medios para hacer creer en su virginidad, y consiguen engañar á los hombres más experimentados en asaltos. ¡Pero como por el aplomo de tus palabras veo que no sabes nada acerca de ellas, voy á suministrarte un medio de comprobar su estado de abertura ó de cerrazón sin tocarlas con el dedo, sin desnudarlas y sin infundir en ellas sospechas! ¡Pues desde el momento en que te pido una joven virgen, es indispensable que ningún hombre la haya tocado ni le haya visto con los ojos sus órganos más delicados!»

Cuando el joven Zein oyó estas palabras del Anciano de las Islas, se dijo: «¡Por Alah, que debe estar loco! Si tan difícil como pretende es saber si una joven está intacta, ¿cómo quiere que pueda yo encontrar una para él sin verla ni tocarla?» Y reflexionó durante un momento, y exclamó de pronto: «¡Por Alah, ya adivino! ¡Me guiaré por el olfato!» El anciano sonrió y dijo: «¡La virginidad no tiene olor!» El joven dijo: «¡Pues la miraré fijamente á los ojos!» El Anciano dijo: «¡La virginidad no se lee en los ojos!» El joven preguntó: «Entonces, ¿cómo voy á arreglarme, ¡oh mi señor!?» El Anciano dijo: «¡Eso es precisamente lo que voy á indicarte!»

Y de improviso desapareció á sus ojos; pero fué para volver al cabo de un momento, y llevaba un espejo en la mano. Y se encaró con Zein y le dijo: «Debo decirte ¡oh Zein! que á un hijo de Adán le es imposible conocer en la cara de una hija de Eva si está virgen ó perforada. Ese conocimiento no pertenece mas que á Alah y á los elegidos de Alah. Así es que, como yo no te lo puedo enseñar de otro modo, para darte ese conocimiento te traigo este espejo, que ha de ser más seguro que todas las conjeturas de los hombres. En cuanto veas á una joven de quince años perfectamente bella y á la que creas virgen, ó á la que como tal te presenten, no tendrás mas que mirar este espejo y al punto verás aparecer en él la imagen de la joven consabida. Y no temas examinar esta imagen, porque la contem-

plación de una imagen en un espejo no constituye ningún atentado á la virginidad de un cuerpo, como lo constituiría la contemplación directa del cuerpo mismo. Si la joven no está virgen, lo advertirás al examinar su historia, que se te aparecerá hinchada y abierta cual un abismo, y también verás que se empaña el espejo, como si tuviera vaho. ¡Pero si, por el contrario, quisiera Alah que la joven haya permanecido virgen, verás aparecer una historia no mayor que una almendra mondada, y el espejo se conservará claro, puro y limpio de todo vaho!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 726.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Pero si, por el contrario, quisiera Alah que la joven haya permanecido virgen, verás aparecer una historia no mayor que una almendra mondada, y el espejo se conservará claro, puro y limpio de todo vaho!»

Y cuando hubo hablado así, el Anciano de las Islas entregó á Zein el espejo mágico, añadiendo: «Deseo ¡oh Zein! que el Destino te haga encontrar

lo más pronto posible la virgen de quince años que te pido. ¡Y no olvides que es preciso sea perfectamente bella! Porque ¿de qué sirve la virginidad sin belleza? ¡Y ten cuidado de este espejo, cuya pérdida sería para ti una lástima irreparable!» Y contestó Zein con el oído y la obediencia; y tras de despedirse del Anciano de las Tres Islas, desanduvo con Mubarak el camino del lago. Y fué á ellos con su barca el barquero de la cabeza de elefante y les pasó de la misma manera que antes les había pasado. Y de nuevo se abrió la montaña para hacerles paso. Y se apresuraron á reunirse con los esclavos que guardaban á los caballos. Y regresaron al Cairo.

Y he aquí que el príncipe Zein consintió por fin en tomarse algunos días de descanso en el palacio de Mubarak para reponerse de las fatigas y emociones del viaje. Y pensaba: «¡Ya Alah! ¡qué infeliz es el Anciano de las Islas, que no vacila en darme la más maravillosa de sus jóvenes de diamante á cambio de una adamita virgen! ¡Y se imagina que la raza de las vírgenes se ha extinguido sobre la faz de la tierra!» Luego, cuando le pareció que se había tomado el descanso necesario, llamó á Mubarak y le dijo: «¡Oh Mubarak! levantémonos y vayamos á Bagdad y á Bassra, donde las jóvenes vírgenes son tan innumerables como la langosta. Y escogeremos la más bella entre todas. ¡Y vendremos á ofrecérsela al Anciano de las Tres Islas á cambio de la joven de diamante!» Pero contestó

Mubarak: «¿Y para qué ¡oh mi señor! ir á buscar tan lejos lo que tenemos al alcance de la mano? ¿No estamos en El Cairo, la ciudad de ciudades, lugar preferido por las personas deliciosas y punto de reunión de todas las bellezas de la tierra? ¡No te preocupes, pues, por eso, y déjame obrar en consecuencia!» El joven preguntó: «¿Y qué vas á hacer?» El otro dijo: «Entre otras, conozco á una vieja taimada, muy experta en jóvenes, y que nos proporcionará más de las que deseamos. Voy, pues, á encargarla que nos traiga aquí todas las jóvenes de quince años que se encuentren no sólo en El Cairo, sino en todo Egipto. Y para que nos resulte más fácil la tarea, la recomendaré que haga por sí misma la primera selección, no trayéndonos aquí mas que las que juzgue dignas de ser ofrecidas como regalo á reyes y sultanes. Y á fin de estimular su celo, le prometeré un suntuoso *bakhchich*. Y de tal suerte, no dejará en Egipto una joven presentable sin traérnosla, con ó sin consentimiento de sus padres. Y elegiremos la que nos parezca más bella entre las egipcias, y la compraremos; y si perteneciese á una familia de notables, la pediré para ti en matrimonio, y te casarás con ella solamente por fórmula, pues no has de tocarla, desde luego. Tras de lo cual iremos á Damasco, luego á Bagdad y á Bassra, y allí haremos las mismas pesquisas. Y en cada ciudad compraremos ó nos procuraremos, por medio del matrimonio aparente, la que nos haya conmovido más con su be-

lleza, después, claro está, de haber comprobado su virginidad valiéndonos del espejo. Y sólo entonces reuniremos á todas las jóvenes que nos hayamos proporcionado de ese modo, y escogeremos entre todas la que nos parezca indudablemente la más maravillosa. ¡Y de tal suerte, mi señor, habrás cumplido tu promesa al Anciano de las Tres Islas, quien, á su vez, cumplirá la suya, dándote á cambio de la maravillosa virgen de quince años la joven de diamante!» Y contestó Zein: «¡Tu idea ¡oh Mubarak! es de lo más excelente! ¡Y de tu boca acaban de salir las palabras de la sabiduría y de la elocuencia!»

Entonces Mubarak fué en busca de la consabida vieja taimada, que no tenía igual para argucias y artificios de todas clases, pues era capaz de dar lecciones de sagacidad, picardía y sutileza al propio Eblis. Y después de ponerle en la mano, para empezar, un *bakhchich* de cierta importancia, le expuso el motivo que le impulsaba á verla, y añadió: «Porque esta joven que te pido, escogida entre todas las jóvenes de quince años que se encuentran en Egipto, y que ha de ser incomparablemente bella y virgen en absoluto, está destinada á ser la esposa del hijo de mi amo. Y ten la seguridad de que tus pesquisas y trabajos se te retribuirán liberalmente. ¡Y habrás de alabarte de nuestra generosidad!» Y contestó la vieja: «¡Oh mi señor! tranquiliza tu espíritu y refresca tus ojos, pues ¡por Alah! que voy á consagrarme á satisfacer tu deseo

hasta más allá de lo que me pides. Porque has de saber que tengo en mi mano jóvenes de quince años vírgenes, incomparables en gracias y en belleza, y que todas son hijas de hombres honorables y de notables. ¡Y te las llevaré todas, una tras otra, y te verás perplejo para elegir entre todas esas lunas á cuál más maravillosa!»

Así habló la vieja taimada. Pero, á pesar de toda su sagacidad y su ciencia, no sabía nada en absoluto de lo referente al espejo. Así es que con su aplomo de siempre salió á recorrer la ciudad, poniendo en juego sus argucias, en busca de jóvenes...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 727.^a NOCHE

Ella dijo:

...Así es que con su aplomo de siempre salió á recorrer la ciudad, poniendo en juego sus argucias, en busca de jóvenes. Y efectivamente, no tardó en llevar al palacio de Mubarak un primer grupo muy considerable de jóvenes selectas, todas de quince años de edad, más bien menos que más, y todas intactas en cuanto á su virginidad. Y una tras otra, envueltas en velos, con los ojos modesta-

mente bajos, las introdujo en la sala en que les esperaba el príncipe Zein, provisto de su espejo y sentado junto al mercader Mubarak. Y al ver todos aquellos párpados bajos y aquellos rostros cándidos y aquel gesto púdico, nadie hubiera podido dudar de la pureza y de la virginidad de las jóvenes que introducía la vieja. ¡Pero he aquí que existía el espejo, y nada podía engañar al espejo, ni párpados bajos, ni rostros cándidos, ni gesto púdico! En efecto, cada vez que entraba una joven, el príncipe Zein, sin pronunciar palabra, volvía el espejo hacia la joven que había que inspeccionar, y miraba. Y aparecía ella en el espejo toda desnuda, á pesar de las numerosas vestiduras que la cubrían; y no resultaba invisible ninguna parte de su cuerpo; y se reflejaba su historia con sus menores detalles, igual que si se la hubiese colocado en un cofrecillo de cristal diáfano.

Y he aquí que, cada vez que el príncipe Zein inspeccionaba en el espejo á las jóvenes que entraban, estaba lejos de ver una historia minúscula en forma de almendra mondada; y se asombraba prodigiosamente al comprobar en qué abismo sin fondo habría podido arrojarse ó arrojar desatentadamente al Anciano de las Tres Islas, á no ser por el recurso del espejo mágico. Y después del examen desechaba á todas las que entraban, sin explicar, empero, á la vieja el verdadero motivo de su abstención; porque no quería perjudicar á aquellas jóvenes descubriendo lo que había velado

Alah y revelando lo que por lo común estaba oculto. Y se limitaba á limpiar con la manga cada vez el vaho denso que acaba de empañar el espejo al aparecer la imagen. Y sin desalentarse y excitada por la esperanza de la remuneración, la vieja le llevó un segundo grupo, más importante todavía que el primero, y un tercero, y un cuarto, y un quinto grupo, pero sin más resultado que la vez primera. ¡Y de tal suerte, ¡oh Zein! viste las historias de las egipcias, de las coptas, de las nubias, de las abisinias, de las sudanesas, de las maghrebinas, de las árabes y de las beduínas! Y en verdad que entre tantas las había que eran excelentes hasta cierto punto y pertenecían á propietarias incomparablemente bellas y deliciosas. ¡Pero ni una sola vez viste, entre todas aquellas historias, la historia requerida, virgen de todo contacto, semejante á una almendra mondada!

Y en vista de ello, sin haber podido encontrar en Egipto, lo mismo entre las hijas de los grandes que entre las del pueblo, una joven que tuviera las condiciones necesarias, el príncipe y Mubarak juzgaron que ya no les quedaba que hacer mas que abandonar aquel país para ir á continuar sus pesquisas en Siria por el pronto. Y partieron para Damasco, y alquilaron un magnífico palacio en el barrio más hermoso de la ciudad. Y Mubarak se puso al habla con las viejas casamenteras y con las alcahuetas, y les expuso lo que tenía que exponerles. Y le contestaron todas con el oído y la obe-

diencia. Y entraron en negociaciones con las jóvenes, hijas de grandes y pequeños, lo mismo con las musulmanas que con las judías y las cristianas. Y sin sospechar las virtudes del espejo mágico, del que ignoraban hasta la existencia, las llevaron por turno á la sala reservada para la inspección. Pero con las sirias ocurrió exactamente igual que había ocurrido con las egipcias y las otras; pues, no obstante su apostura modesta y la pureza de sus miradas y sus mejillas ruborosas de pudor y sus quince años, todas tenían la historia perforada. Y las alcahuetas y las demás viejas se vieron obligadas á volverse con las narices tan largas que les llegaban hasta los pies. ¡Y he aquí lo referente á ellas!

¡Pero he aquí ahora lo referente al príncipe Zein y á Mubarak! Cuando comprobaron que la Siria, como el Egipto, estaba completamente limpia de jóvenes con las historias todavía selladas, se quedaron muy estupefactos; y Zein pensó: «¡Es inconcebible!» Y dijo á Mubarak: «¡Oh Mubarak! creo que nada tenemos que hacer ya en este país, y que necesitamos buscar por otras comarcas lo que deseamos. ¡Porque mi corazón y mi espíritu están pendientes de la séptima joven de diamante, y me hallo dispuesto siempre á continuar las pesquisas para dar con la virgen de quince años que ha de entregarse al Anciano de las Islas á cambio de su regalo!» Y contestó Mubarak: «¡Escucho y obedezco!» Y añadió: «Mi opinión es que sería inútil ir á otra parte que no fuera el Irak. Porque

sólo allí tenemos probabilidad de encontrar lo que buscamos. ¡Preparemos, pues, la caravana, y vamos á Bagdad, la ciudad de paz!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 728.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Preparemos, pues, la caravana, y vamos á Bagdad, la ciudad de paz!».

Y Mubarak hizo los preparativos de marcha, y cuando la caravana estuvo completa, emprendió con el príncipe Zein el camino que á través del desierto conduce á Bagdad. Y Alah les escribió la seguridad; y no se encontraron con beduinos salteadores de caminos, y llegaron con buena salud á la ciudad de paz.

Empezaron, como habían hecho en Damasco, por alquilar un palacio situado á orillas del Tigris y que tenía unas vistas maravillosas y un jardín semejante al Jardín-de-las-Delicias del califa. Y mantuvieron un tren de casa extraordinario, gastando con esplendidez y dando festines sin igual. Y cuando sus invitados habían comido y bebido hasta la saciedad, mandaban distribuir las sobras

entre los pobres y derviches. Y había entre aquellos derviches uno que se llamaba Abu-Bekr, y que era un desvergonzado, un canalla de lo más detestable, que odiaba á la gente rica por ser rica precisamente y él pobre. Pues la miseria endurece el corazón del hombre dotado de alma baja, en tanto que ennoblece el corazón del hombre dotado de alma elevada. Y como veía la abundancia y los bienes de Alah en la morada de los recién venidos, no necesitó más para tomar aversión á ambos. Así es que un día entre los días, fué á la mezquita para la plegaria de la tarde, y exclamó en medio de la muchedumbre congregada allí: «¡Oh creyentes! habéis de saber que han venido á habitar en nuestro barrio dos extranjeros que á diario gastan sumas considerables y hacen alarde de sus riquezas, únicamente para deslumbrar los ojos de los pobres como nosotros. ¡Pero no sabemos quiénes son esos extranjeros é ignoramos si son unos malvados que se escaparon de un país con bienes considerables para venir á derrochar en Bagdad el producto de sus latrocinios y el dinero de viudas y de huérfanos! ¡Por el nombre de Alah y los méritos de nuestro señor Mahomed (¡con Él la plegaria y la paz!), os conjuro, pues, á que os pongáis en guardia contra esos desconocidos y no aceptéis nada de su falsa generosidad! Además, si nuestro amo el califa llega á saber que en nuestro barrio hay hombres así, á todos nos hará responsables de sus hazañas y nos castigará por no haberle advertido. ¡Pero en cuan-

to á mí, he de declararos que retiro mis dos manos de ese asunto y que no tengo nada de común con esos extranjeros ni con los que aceptan sus invitaciones y entran en su casa!» Y todos los presentes contestaron á una: «Ciertamente, tienes razón ¡oh jeique Abu-Bekr! ¡Y quedas encargado de redactar una queja al califa acerca del particular, para que examine el caso!» Después salió de la mezquita toda la asamblea. Y el derviche Abu-Bekr regresó á su casa para meditar la manera de hacer daño á los dos extranjeros.

Entretanto, no tardó Mubarak en saber, por decreto del Destino, lo que acababa de ocurrir en la mezquita; y le atemorizaron mucho los manejos del derviche, y pensó que, como la cosa moviera ruido, no le sería ya posible inspirar confianza á las alcahuetas y casamenteras. Así es que, sin pérdida de tiempo, metió en un saco quinientos dinares de oro y corrió á casa del derviche. Y llamó á la puerta, y fué á abrirle el derviche, y al reconocerle, le preguntó con acento colérico: «¿Quién eres? ¿Y qué quieres?» Y el otro contestó: «Soy tu esclavo Mubarak, ¡oh imán Abu-Bekr, amo mío! Y vengo á verte de parte del emir Zein, que ha oído hablar de tu ciencia, de tus conocimientos y de tu influencia en la ciudad, y me ha enviado para que te rinda sus homenajes y le ponga por completo á tu disposición. Y á fin de demostrarte su buena voluntad, me ha encargado que te entregue esta bolsa con quinientos dinares, como homenaje de un

leal á su soberano, excusándose contigo por no guardar proporción el regalo con la magnitud de tus merecimientos. ¡Pero si Alah quiere, en días sucesivos no dejará de probarte más aún todo lo agradecido y lo perdido que se halla en el desierto sin límites de tu benevolencia!»

Cuando el derviche Abu-Bekr vió el saco de oro y computó su contenido, se le enternecieron los ojos y se le endulzaron las intenciones. Y contestó: «¡Oh mi señor! ¡ardientemente imploro que me perdone tu amo el emir por lo que mi lengua haya podido decir acerca de él sin pensar, y me arrepiento hasta el límite del arrepentimiento por haber faltado á mis deberes para con su personal! Te ruego, pues, seas mi delegado cerca de él para exponerle mi contrición en cuanto á lo pasado y mis disposiciones en cuanto al porvenir. ¡Porque á partir de hoy, si Alah quiere, voy á reparar en público las desconsideraciones en que haya podido incurrir, y en vista de eso, me haré acreedor á los favores del emir!» Y contestó Mubarak: «¡Loores á Alah, que llena de buenas intenciones tu corazón, ¡oh amo mío Abu-Bekr! ¡Pero te suplico que después de la plegaria no te olvides de ir á honrar nuestro umbral con tu presencia y á deleitar nuestro espíritu con tu trato! ¡Porque sabemos que la bendición de Alah acompañará los pasos de tu santidad en nuestra morada!» Y cuando hubo hablado así, besó la mano al derviche y retornó á la casa.

En cuanto á Abu-Bekr, no dejó de ir á la mez-

quita á la hora de la plegaria, é irguiéndose en medio de los fieles congregados, exclamó: «¡Oh creyentes, hermanos míos! ¡ya sabéis que no hay nadie que no tenga enemigos; y ya sabéis también que la envidia se ensaña principalmente en aquellos sobre quienes han descendido los favores y las bendiciones de Alah! Así, pues, para descargar mi conciencia, he de deciros que los dos extranjeros de quienes ayer os hablé desconsideradamente son personas dotadas de nobleza, de tacto, de virtudes y de cualidades inestimables. Además, los informes que adquirí respecto á ellos me permiten afirmar que uno de los tales es un emir de alto rango y mucho mérito, y su presencia sólo bien puede hacer á nuestro barrio. Es preciso, por tanto, que le honréis donde le encontréis, y que le rindáis los honores debidos á su rango y á su calidad. ¡Uas-salam!»

Y el derviche Abu-Bekr destruyó así en el espíritu de sus oyentes el efecto de sus palabras de la víspera. Y los dejó para volver á su casa con objeto de cambiarse de ropa y vestirse con un capote nuevo, cuyos bordes le arrastraban y cuyas amplias mangas le llegaban hasta las rodillas. Y fué á visitar al príncipe Zein, y entró en la sala reservada á los visitantes...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 729.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y fué á visitar al príncipe Zein, y entró en la sala reservada á los visitantes. Y se inclinó hasta tierra en presencia del príncipe, que le devolvió su zalema y le recibió con cordialidad y le invitó á sentarse en el diván al lado suyo. Luego mandó que le sirvieran de comer y de beber, y le hizo compañía, compartiendo la comida con él y con Mubarak. Y charlaron como dos excelentes amigos. Y el derviche, completamente conquistado por los modales del príncipe, le preguntó: «¡Oh mi señor Zein! ¿piensas iluminar por mucho tiempo nuestra ciudad con tu presencia?» Y Zein, que, no obstante su tierna edad, era muy avisado y sabía sacar provecho de las ocasiones deparadas por el Destino, le contestó: «Sí, ¡oh mi señor imán! ¡Mi intención es vivir en Bagdad hasta que logre mi propósito!» Y Abu-Bekr dijo: «¡Oh mi señor emir! ¿cuál es el noble propósito que persigues? ¡Tu esclavo estará muy contento de poder ayudarte en algo, y se interesará por ti de todo corazón amistoso!» Y contestó el príncipe Zein: «Sabe entonces, ¡oh venerable jeique Abu-Bekr! que mi anhelo se cifra en el matrimonio. En efecto, deseo encontrar,

para tomarla por esposa, una joven de quince años que sea á la vez excesivamente bella y virgen en absoluto. Y es preciso que su belleza sea tal, que no tenga ella par entre las jóvenes de su tiempo, y que su virginidad sea de buena ley, por fuera y por dentro. Y ese es el propósito que persigo y el motivo que me condujo á Bagdad tras de impulsarme á residir en Egipto y en Siria.» Y contestó el derviche: «¡En verdad, ¡oh amo mío! que eso es cosa muy rara y muy difícil de encontrar! Y si Alah no me hubiera puesto en tu camino, tu estancia en Bagdad no habría visto jamás su término, y en vano hubieran perdido el tiempo en pesquisas todas las casamenteras. ¡Pero yo sé dónde podrás encontrar esa perla única, y te lo diré, si es que me lo permites!»

Al oír estas palabras, Zein y Mubarak no pudieron por menos de sonreír. Y Zein le dijo: «¡Oh santo derviche! ¿estás bien seguro de la virginidad de la que me hablas? Y de ser así, ¿cómo te arreglaste para adquirir esa certeza? Si viste por ti mismo á esa joven lo que debe permanecer oculto, ¿cómo quieres que sea virgen? ¡Porque la virginidad reside tanto en la conservación del sello como en que permanezca invisible!» Y Abu-Bekr contestó: «¡Claro que no lo he visto! ¡Pero me cortaría la mano derecha si no estuviese como te he indicado! Y además, ¿cómo vas á arreglarte tú mismo ¡oh mi señor! para tener una certeza tan completa antes de la noche de bodas?» Y contestó Zein: «¡Es muy

sencillo: sólo necesitaré verla un instante, toda vestida y completamente envuelta en sus velos!» Y el derviche no quiso echarse á reir, por consideración á su huésped, y limitóse á contestar: «Buen fisonomista debe ser nuestro amo el emir para adivinar de esa manera, sin ver mas que los ojos tras el velo, el estado de la virginidad en una joven á quien no conozca!» Y dijo Zein: «¡Así es! ¡Y no tienes mas que dejarme ver á la joven, si verdaderamente crees que es posible la cosa! ¡Y ten la seguridad de que sabré corresponder á tus servicios y estimarlos en más de su valor!» Y contestó el derviche: «¡Escucho y obedezco!» Y salió en busca de la consabida joven.

Porque Abu-Bekr conocía á una joven que podía llenar las condiciones requeridas, y que no era otra que la hija del jeique de los derviches de Bagdad. Y su padre habíala criado alejada de todas las miradas, haciéndola llevar una vida sencilla y recatada, con arreglo á los preceptos sublimes del Libro. Y creció ella en la morada ignorando la fealdad, y cuajó como una flor. Y era blanca y elegante y deliciosamente formada, pues había salido sin defecto del molde de la belleza. Y sus proporciones eran admirables, y negros sus ojos, y bruñidos como trozos de luna sus miembros delicados. Y era toda redonda y finísima al mismo tiempo. En cuanto á lo que estaba situado entre las columnas, no sabría describirlo nadie, porque nadie lo había visto. ¡He aquí por qué el espejo mágico será el único

que la refleje por primera vez y pueda permitir esta descripción con asentimiento de Alah!

El derviche Abu-Bekr fué, pues, á casa del jeique de la corporación, y tras de las zalemas y cumplimientos por una y otra parte, le espetó un largo discurso, basado en diversos textos del Libro santo, acerca de la necesidad que del matrimonio tienen las jóvenes púberes, y acabó por exponerle la situación con todos sus detalles, añadiendo: «¡Porque ese emir tan noble, tan rico y tan generoso, está dispuesto á pagarte la dote que pidas por tu hija; pero en cambio, exige, como única condición, posar una sola mirada en ella estando tu hija vestida por completo y enteramente envuelta en el izarl!» Y el jeique de los derviches, padre de la joven, hubo de reflexionar durante una hora de tiempo, y contestó: «¡No hay inconveniente!» Y fué en busca de su esposa, madre de la joven, y le dijo: «¡Oh madre de Latifah! ¡levántate y coge á nuestra hija Latifah y echa á andar detrás de nuestro hijo, el derviche Abu-Bekr, que te conducirá á un palacio donde el destino de tu hija la espera hoy!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 730.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Oh madre de Latifah! ¡levántate y coge á nuestra hija Latifah y echa á andar detrás de nuestro hijo, el derviche Abu-Bekr, que te conducirá á un palacio donde el destino de tu hija la espera hoy!» Y la esposa del jeique de los derviches obedió en seguida y se envolvió en sus velos, y fué al aposento de su hija y le dijo: «¡Oh hija mía Latifah! ¡tu padre desea que salgas hoy por primera vez conmigo!» Y tras de peinarla y vestirla, salió con ella y siguió á diez pasos de distancia al derviche Abu-Bekr, que las condujo al palacio donde les esperaban Zein y Mubarak sentados en el diván de la sala de audiencia.

Y entraste ¡oh Latifah! mostrando tus grandes ojos negros, muy asombrados tras el velillo de tu rostro. Porque en tu vida habías visto otra cara de hombre que la cara venerable de tu padre, el jeique de los derviches. Y no bajaste los ojos, pues no conocías la falsa modestia, ni el falso pudor, ni ninguna de las cosas que de ordinario aprenden las hijas de los hombres para cautivar los corazones, sino que lo mirabas todo con tus hermosos ojos negros de gacela temblorosa, vacilante y encanta-

doral! Y al verte aparecer, el príncipe Zein sintió que se le huía la razón, porque entre todas las mujeres de su palacio de Bassra y todas las jóvenes de Egipto y de Siria no había visto á ninguna que, de cerca ó de lejos, se pudiera comparar á ti en belleza. Y el espejo te reflejó toda desnuda. Y así pudo ver él, acurrucada en lo alto de las columnas, semejante á una pequeñísima paloma blanca, una milagrosa historia sellada con el sello intacto de Soleimán (¡con Él la paz y la plegaria!). Y la consideró más atentamente, y en el límite del júbilo, comprobó que tu historia ¡oh Latifah! era de todo punto semejante á una almendra mondada. ¡Gloria á Alah que conserva los tesoros y los reserva á sus creyentes!

Cuando el príncipe Zein, gracias al espejo mágico, vió cómo estaba la joven que hubo de buscar, encargó á Mubarak que inmediatamente fuera á hacer la petición de matrimonio. Y Mubarak, acompañado de Abu-Bekr, el derviche, fué al punto á casa del jeique de los derviches, le transmitió la petición de matrimonio y le pidió su consentimiento. Y le condujo al palacio; y se envió á buscar al kadí y á los testigos; y se extendió el contrato de matrimonio. Y se celebraron las bodas con una pompa extraordinaria; y Zein dió grandes festines é hizo muchas dádivas á los pobres del barrio. Y cuando se marcharon todos los invitados, Zein retuvo con él al derviche Abu-Bekr y le dijo: «Has de saber ¡oh Abu-Bekr! que esta misma tarde parti-

mos para un país bastante lejano. Y mientras vuelvo á Bassra, he aquí para ti diez mil dinares de oro, como remuneración por tus buenos servicios. ¡Pero Alah es más grande, y algún día podré probarte mejor mi gratitud!» Y le dió los diez mil dinares, pensando nombrarle un día gran chambelán, cuando llegara á su reino. Y después que el derviche le besó las manos, dió la señal de partida. Y colocaron á la joven virgen en una litera á lomos de un camello. Y Mubarak abrió la marcha, y Zein marchó el último. Y acompañados de su séquito, emprendieron el camino de las Tres Islas.

Como las Tres Islas estaban muy lejos de Bagdad, el viaje duró largos meses, durante los cuales el príncipe Zein se sentía á diario más prendado cada vez de los encantos de la maravillosa joven virgen convertida en su esposa legal. Y la amó con todo su corazón, porque ella atesoraba en sí dulzura, hechizos, gentileza y virtudes naturales. Y por primera vez experimentó él los efectos del verdadero amor, cuya existencia nunca hasta entonces hubo supuesto. Así es que, con gran amargura en el corazón, vió llegar el momento de entregar la joven al Anciano de las Tres Islas. Y varias veces estuvo tentado de desandar el camino y volverse á Bassra, llevándose á la joven. Pero le retenía el juramento que había hecho al Anciano de las Tres Islas, y no podía dejar de mantenerlo.

Entretanto, llegaron al territorio vedado, y por el mismo camino y los mismos procedimientos de

antes, arribaron á la isla en que residía el Anciano. Y tras de las zalemas y los cumplimientos, Zein le presentó á la joven toda tapada. Y al propio tiempo le entregó el espejo. Y el Anciano de las Islas la miró con atención, sin servirse del espejo, y sus mismos ojos parecían dos espejos. Y al cabo de algunos instantes se acercó á Zein, y colgándose á su cuello, le besó con mucha efusión, y le dijo: «En verdad, sultán Zein, que estoy muy contento de tu diligencia por complacerme y del resultado de tus pesquisas. ¡Porque la joven que me traes es tal y como yo la anhelaba! ¡Es admirablemente bella y supera en encantos y en perfecciones á todas las jóvenes de la tierra! Además, está virgen y con virginidad de buena ley, ya que se la diría sellada con el sello de nuestro señor Soleimán ben Daúd (¡con ambos la plegaria y la paz!) Por lo que á ti se refiere, no tienes mas que volver á tus Estados; y cuando entres en la segunda sala de loza, en donde están las seis estatuas, encontrarás allí la séptima que te he prometido y que por sí sola vale más que otras mil juntas.» Y añadió: «¡Haz comprender ahora á la joven que me la cedes y que ya no tiene nada de común contigo!»

Al oír estas palabras, la encantadora Latifah, que también sentía mucho afecto por el hermoso príncipe Zein, lanzó un profundo suspiro y se echó á llorar. Y Zein se echó á llorar asimismo. Y muy triste, le explicó todo lo concertado entre él y el Anciano de las Islas, desmayándose de dolor Lati-

fah. Y tras de haber besado la mano al Anciano, el joven emprendió de nuevo con Mubarak el camino de Bassra. Y durante todo el viaje no cesaba de pensar en aquella Latifah tan encantadora y tan dulce, y se recriminaba amargamente por haberla engañado haciéndole pensar que era su esposa, y se creía causante de la desdicha de ambos. Y no podía consolarse de ello.

Y he aquí que llegó en aquel estado de desolación á Bassra, donde grandes y pequeños celebraron su regreso con muchos festejos. Pero el príncipe Zein se había puesto muy triste, sin tomar parte en aquellos regocijos, y á pesar de todos los requerimientos de su fiel Mubarak, se negaba á bajar al subterráneo en que debía encontrar la joven de diamante tanto tiempo anhelada. Por fin, cediendo á los consejos de Mubarak, á quien hubo de nombrar visir en cuanto llegó á Bassra, consintió en bajar al subterráneo. Y atravesó la sala de porcelana y de cristal, toda llena de dinares y polvo de oro, y penetró en la sala de loza verde incrustada de oro...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 731.^a NOCHE**

Ella dijo:

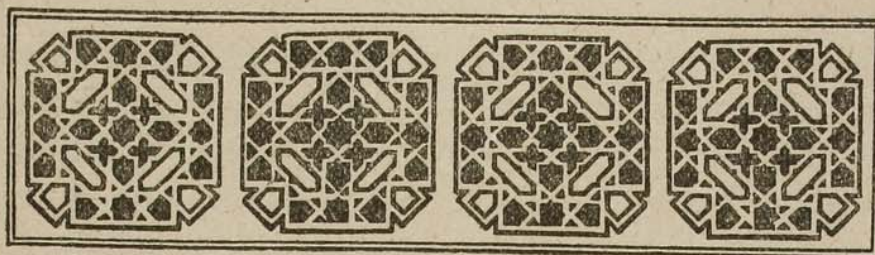
...Y atravesó la sala de porcelana y de cristal, toda llena de dinares y polvo de oro, y penetró en la sala de loza verde incrustada de oro. Y vió las seis estatuas en sus respectivos sitios; y lanzó una mirada distraída al séptimo pedestal de oro. Y he aquí que en él se erguía sonriente una joven desnuda, más brillante que el diamante, en la cual reconoció el príncipe Zein, en el límite de la emoción, la que había conducido á las Tres Islas. Y sólo supo abrir la boca, inmóvil, sin poder pronunciar una sola palabra. Y dijo Latifah: «¡Sí, yo soy Latifah, á quien no esperabas encontrar aquí! ¡Ay! ¡ya veo que venías en espera de poseer algo máspreciado que yo!» Y al fin pudo expresarse Zein, y exclamó: «¡No, por Alah, ¡oh mi señora! que bajé aquí sin que me lo dictase el corazón, el cual sólo por ti latía! ¡Pero bendito sea Alah, que ha permitido nuestra unión!»

Y cuando pronunciaba estas palabras se dejó oír el fragor de un trueno, que hizo retemblar el subterráneo, y en aquel mismo momento apareció el Anciano de las Islas. Y sonreía con bondad. Y se acercó á Zein, y le cogió la mano y la puso en

la mano de la joven, diciéndole: «¡Oh Zein! has de saber que desde que naciste te tuve bajo mi protección. Tenía, pues, que asegurar tu dicha. Y nada mejor que darte el único tesoro que es inestimable. Y ese tesoro, más hermoso que todas las jóvenes de diamante y todas las pedrerías de la tierra, lo constituye esta joven virgen. ¡Porque la virginidad, unida á la belleza del cuerpo y á la excelencia del alma, es la triaca que procura todos los remedios y vale por todas las riquezas!» Y hablando así, besó á Zein y desapareció.

¡Y el sultán Zein y su esposa Latifah, en el límite de la dicha, se amaron con un amor grande, y vivieron largos años la vida más deliciosa y más selecta, hasta que fué á visitarles la Separadora inevitable de los amantes y de las sociedades! ¡Gloria al Único Viviente que no conoce la muerte!

Cuando Schahrazada hubo acabado de contar esta historia, se calló. Y dijo el rey Schahriar: «¡Ese espejo de las vírgenes, Schahrazada, es extremadamente asombroso!» Y Schahrazada sonrió, y dijo: «¡Sí, ¡oh rey! Pero ¿qué es en comparación de LA LÁMPARA MÁGICA?» Y el rey Schahriar preguntó: «¿Qué lámpara mágica es esa que no conozco?» Y dijo Schahrazada: «¡La lámpara de Aladino! ¡Y precisamente voy á hablarte de ella esta noche!» Y dijo:



HISTORIA DE ALADINO Y DE LA LÁMPARA MÁGICA

Al príncipe Rolando Bonaparte



He llegado á saber ¡oh rey afortunado! ¡oh dotado de buenos modales! que en la antigüedad del tiempo y el pasado de las edades y de los momentos, en una ciudad entre las ciudades de la China, y de cuyo nombre no me acuerdo en este instante, había —pero Alah es más sabio— un hombre que era sastre de oficio y pobre de condición. Y aquel hombre tenía un hijo llamado Aladino (1), que era un niño mal educado y que desde su infancia resultó un galopín muy enfadoso. Y he aquí que, cuando el niño llegó á la edad de diez años, su padre

(1) En árabe: *Alá-eddin* (altura ó gloria de la fe).

quiso hacerle aprender por lo pronto algún oficio honrado; pero como era muy pobre, no pudo atender á los gastos de la instrucción y tuvo que limitarse á tener con él en la tienda al hijo, para enseñarle el trabajo de aguja en que consistía su propio oficio. Pero Aladino, que era un niño indómito, acostumbrado á jugar con los muchachos del barrio, no pudo amoldarse á permanecer un solo día en la tienda. Por el contrario, en lugar de estar atento al trabajo, acechaba el instante en que su padre se veía obligado á ausentarse por cualquier motivo ó á volver la espalda para atender á un cliente, y al punto el niño recogía la labor á toda prisa y corría á reunirse por calles y jardines con los bribonzuelos de su calaña. Y tal era la conducta de aquel rebelde, que no quería obedecer á sus padres ni aprender el trabajo de la tienda. Así es que su padre, muy apenado y desesperado por tener un hijo tan dado á todos los vicios, acabó por abandonarle á su libertinaje; y su dolor le hizo contraer una enfermedad, de la que hubo de morir. ¡Pero no por eso se corrigió Aladino de su mala conducta!

Entonces, la madre de Aladino, al ver que su esposo había muerto y que su hijo no era mas que un bribón, con el que no se podía contar para nada, se decidió á vender la tienda y todos los utensilios de la tienda, á fin de poder vivir algún tiempo con el producto de la venta. Pero como todo se agotó en seguida, tuvo necesidad de acostumbrarse

á pasar sus días y sus noches hilando lana y algodón, para ganar algo y alimentarse y alimentar al ingrato de su hijo.

En cuanto á Aladino, cuando se vió libre del temor á su padre, no le retuvo ya nada, y se entregó á la pillería y la perversidad. Y se pasaba todo el día fuera de casa, para no entrar mas que á las horas de comer. Y la pobre y desgraciada madre, á pesar de las incorrecciones de su hijo para con ella y del abandono en que la tenía, siguió manteniéndole con el trabajo de sus manos y el producto de sus desvelos, llorando sola lágrimas muy amargas. Y así fué como Aladino llegó á la edad de quince años. Y era verdaderamente hermoso y bien formado, con dos magníficos ojos negros y una tez de jazmín y un aspecto de lo más seductor.

Un día entre los días, estando él en medio de la plaza que había á la entrada de los zocos del barrio, sin ocuparse mas que de jugar con los pillastres y vagabundos de su especie, acertó á pasar por allí un derviche maghrebín, que se detuvo mirando á los muchachos obstinadamente. Y acabó por posar en Aladino sus miradas y observarle de una manera bastante singular y con una atención muy particular, sin ocuparse ya de los otros muchachos camaradas suyos. Y aquel derviche, que venía del último confín del Maghreb, de las comarcas del interior lejano, era un insigne mago, muy versado en la astrologia y en la ciencia de las fiso-

nomías; y en virtud de su hechicería podría con-
mover y hacer chocar unas con otras las montañas
más altas. Y continuó observando á Aladino con
mucho insistencia y pensando: «¡He aquí, por fin,
el niño que necesito, el que busco desde hace
largo tiempo y en pos del cual partí del Maghreb,
mi país!»...

En este momento de su narración, Schahrazada
vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 732.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡He aquí, por fin, el niño que necesito, el
que busco desde hace largo tiempo y en pos del
cual partí del Maghreb, mi país!» Y aproximóse
sigilosamente á uno de los muchachos, aunque sin
perder de vista á Aladino, le llamó aparte sin ha-
cerse notar, y por él se informó minuciosamente
del padre y de la madre de Aladino, así como de
su nombre y de su condición. Y con aquellas señas,
se acercó á Aladino sonriendo, consiguió atraerle
á una esquina, y le dijo: «¡Oh hijo mío! ¿no eres
Aladino, el hijo del honrado sastre?» Y Aladino con-
testó: «Sí, soy Aladino. ¡En cuanto á mi padre,
hace mucho tiempo que ha muerto!» Al oír estas

palabras, el derviche maghrebín se colgó al cuello de Aladino, y le cogió en brazos, y estuvo mucho tiempo besándole en las mejillas, llorando ante él en el límite de la emoción. Y Aladino, extremadamente sorprendido, le preguntó: «¿A qué obedecen tus lágrimas, señor? ¿Y de qué conocías á mi difunto padre?» Y contestó el maghrebín, con una voz muy triste y entrecortada: «¡Ah hijo mío! ¿cómo no voy á verter lágrimas de duelo y de dolor, si soy tu tío y acabas de revelarme de una manera tan inesperada la muerte de tu difunto padre, mi pobre hermano? ¡Oh hijo mío! ¡has de saber, en efecto, que llego á este país después de abandonar mi patria y afrontar los peligros de un largo viaje, únicamente con la halagüeña esperanza de volver á ver á tu padre y disfrutar con él la alegría del regreso y de la reunión! ¡Y he aquí ¡ay! que me cuentas su muerte!» Y se detuvo un instante, como sofocado de emoción; luego añadió: «¡Por cierto ¡oh hijo de mi hermano! que, en cuanto te divisé, mi sangre se sintió atraída por tu sangre y me hizo reconocerte en seguida, sin vacilación, entre todos tus camaradas! ¡Y aunque cuando yo me separé de tu padre no habías nacido tú, pues aún no se había casado, no tardé en reconocer en tí sus facciones y su semejanza! ¡Y eso es precisamente lo que me consuela un poco de su pérdida! ¡Ah! ¡qué calamidad cayó sobre mi cabeza! ¿Dónde estás ahora, hermano mío, á quien creí abrazar al menos una vez después de tan larga ausencia y antes

de que la muerte viniera á separarnos para siempre? ¡Ay! ¿quién puede envanecerse de impedir que ocurra lo que tiene que ocurrir? En adelante, tú serás mi consuelo y reemplazarás á tu padre en mi afección, puesto que tienes sangre suya y eres su descendiente; porque dice el proverbio: «Quien deja posteridad no muere.»

Luego el maghrebín sacó de su cinturón diez dinares de oro y se los puso en la mano á Aladino, preguntándole: «¡Oh hijo mío! ¿dónde habita tu madre, la mujer de mi hermano?» Y Aladino, completamente conquistado por la generosidad y la cara sonriente del maghrebín, le cogió de la mano, le condujo al extremo de la plaza y le mostró con el dedo el camino de su casa, diciendo: «Allí vive.» Y el maghrebín le dijo: «Estos diez dinares que te doy ¡oh hijo mío! se los entregarás á la esposa de mi difunto hermano, transmitiéndole mis zalemas. ¡Y le anunciarás que tu tío acaba de llegar de viaje, tras larga ausencia en el extranjero, y que espera, si Alah quiere, poder presentarse en la casa mañana, para formular por sí mismo los deseos á la esposa de su hermano y ver los lugares donde pasó su vida el difunto y visitar su tumba!»

Cuando Aladino oyó estas palabras del maghrebín, quiso inmediatamente complacerle, y después de besarle la mano se apresuró á correr con alegría á su casa, á la cual llegó, al contrario que de costumbre, á una hora que no era la de comer, y exclamó al entrar: «¡Oh madre mía! ¡vengo á

anunciarte que, tras larga ausencia en el extranjero, acaba de llegar de viaje mi tío, y te transmite sus zalemas!» Y contestó la madre de Aladino, muy asombrada de aquel lenguaje insólito y de aquella entrada inesperada: «¡Cualquiera diría, hijo mío, que quieres burlarte de tu madre! Porque ¿quién es ese tío de que me hablas? ¿Y de dónde y desde cuándo tienes un tío que esté vivo todavía?» Y dijo Aladino: «¿Cómo puedes decir ¡oh madre mía! que no tengo tío ni pariente que esté vivo aún, si el hombre en cuestión es hermano de mi difunto padre? ¡Y la prueba está en que me estrechó contra su pecho y me besó llorando y me encargó que viniera á darte la noticia y á ponerte al corriente!» Y dijo la madre de Aladino: «Sí, hijo mío, ya sé que tenías un tío; pero hace largos años que murió. ¡Y no supe que desde entonces tuvieras nunca otro tío!» Y miró con ojos muy asombrados á su hijo Aladino, que ya se ocupaba de otra cosa. Y no le dijo nada más acerca del particular en aquel día. Y Aladino, por su parte, no le habló de la dádiva del maghrebín.

Al día siguiente Aladino salió de casa á primera hora de la mañana; y el maghrebín, que ya andaba buscándole, le encontró en el mismo sitio que la víspera, dedicado á divertirse, como de costumbre, con los vagabundos de su edad. Y se acercó inmediatamente á él, le cogió de la mano, le estrechó contra su corazón y le besó con ternura. Luego sacó de su cinturón dos dinares y se los en-

tregó, diciendo: «Ve á buscar á tu madre y dile, dándole estos dos dinares: «¡Mi tío tiene intención de venir esta noche á cenar con nosotros, y por eso te envía este dinero para que prepares manjares excelentes!» Luego añadió, inclinándose hacia él: «Y ahora, ya Aladino, enséñame por segunda vez el camino de tu casa.» Y contestó Aladino: «Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh tío mío!» Y echó á andar delante y le enseñó el camino de su casa. Y el maghrebín le dejó y se fué por su camino...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 733.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el maghrebín le dejó y se fué por su camino. Y Aladino entró en la casa, contó á su madre lo ocurrido y le entregó los dos dinares, diciéndole: «¡Mi tío va á venir esta noche á cenar con nosotros!»

Entonces, al ver los dos dinares, se dijo la madre de Aladino: «Quizá no conociera yo á todos los hermanos del difunto!» Y se levantó y á toda prisa fué al zoco, donde compró las provisiones

necesarias para una buena comida, y volvió para ponerse en seguida á preparar los manjares. Pero como la pobre no tenía utensilios de cocina, fué á pedir prestados á las vecinas las cacerolas, platos y vajilla que necesitaba. Y estuvo cocinando todo el día; y al hacerse de noche, dijo á Aladino: «¡La comida está dispuesta, hijo mío, y como tu tío acaso no sepa bien el camino de nuestra casa, debes salirle al encuentro ó esperarle en la calle!» Y Aladino contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y cuando se disponía á salir, llamaron á la puerta. Y corrió á abrir él. Era el maghrebín. É iba acompañado de un mandadero que llevaba á la cabeza una carga de frutas, de pasteles y bebidas. Y Aladino les introdujo á ambos. Y el mandadero se marchó cuando dejó su carga y le pagaron. Y Aladino condujo al maghrebín á la habitación en que estaba su madre. Y el maghrebín se inclinó y dijo con voz conmovida: «La paz sea contigo, ¡oh esposa de mi hermano!» Y la madre de Aladino le devolvió la zalema. Entonces el maghrebín se echó á llorar en silencio. Luego preguntó: «¿Cuál es el sitio en que tenía costumbre de sentarse el difunto?» Y la madre de Aladino le mostró el sitio en cuestión; y al punto se arrojó al suelo el maghrebín y se puso á besar aquel lugar y á suspirar con lágrimas en los ojos y á decir: «¡Ah, qué suerte la mía! ¡Ah, qué miserable suerte fué haberte perdido, ¡oh hermano mío! ¡oh estría de mis ojos!» Y continuó llorando y lamentándose de aquella manera, y con una cara

tan transformada y tanta alteración de entrañas, que estuvo á punto de desmayarse, y la madre de Aladino no dudó ni por un instante de que fuese el propio hermano de su difunto marido. Y se acercó á él, le levantó del suelo, y le dijo: «¡Oh hermano de mi esposo! ¡vas á matarte en balde á fuerza de llorar! ¡Ay, lo que está escrito debe ocurrir!» Y siguió consolándole con buenas palabras, hasta que le decidió á beber un poco de agua para calmarse y sentarse á comer.

Cuando estuvo puesto el mantel, el maghrebín comenzó á hablar con la madre de Aladino. Y le contó lo que tenía que contarle, diciéndole:

«¡Oh esposa de mi hermano! no te parezca extraordinario el no haber tenido todavía ocasión de verme y el no haberme conocido en vida de mi difunto hermano. Porque hace treinta años que abandoné este país y partí para el extranjero, renunciando á mi patria. Y desde entonces no he cesado de viajar por las comarcas de la India y del Sindh y recorrer el país de los árabes y las tierras de otras naciones. Y también estuve en Egipto y habité en la magnífica ciudad de Masr, que es el milagro del mundo! Y tras de residir allá mucho tiempo, partí para el país del Maghreb central, en donde acabé por fijar mi residencia durante veinte años.

»Por aquel entonces, ¡oh mujer de mi hermano! un día entre los días, estando en mi casa, me puse á pensar en mi tierra natal y en mi hermano. Y se

me exacerbó el deseo de volver á ver mi sangre; y me eché á llorar y empecé á lamentarme de mi estancia en país extranjero. Y al fin se hicieron tan intensas las nostalgias de mi separación y de mi alejamiento del ser que me era caro, que me decidí á emprender el viaje á la comarca que vió surgir mi cabeza de recién nacido. Y pensé para mi ánima: «¡Oh hombre! ¡cuántos años van transcurridos desde el día en que abandonaste tu ciudad y tu país y la morada del único hermano que posees en el mundo! ¡Levántate, pues, y parte á verle de nuevo antes de la muerte! Porque ¿quién sabe las calamidades del Destino, los accidentes de los días y las revoluciones del tiempo? ¿Y no sería una suprema desdicha que murieras antes de regocijarte los ojos con la contemplación de tu hermano, sobre todo ahora que Alah (¡glorificado sea!) te ha dado la riqueza, y tu hermano acaso siga en una condición de estrecha pobreza? ¡No olvides, por tanto, que con partir verificarás dos acciones excelentes: volver á ver á tu hermano y socorrerle!»

»Y he aquí que, dominado por estos pensamientos, ¡oh mujer de mi hermano! me levanté al punto y me preparé para la marcha. Y tras de recitar la plegaria del viernes y la Fatiha del Corán, monté á caballo y me encaminé á mi patria. Y después de muchos peligros y de las prolongadas fatigas del camino, con ayuda de Alah (¡glorificado y venerado sea!) acabé por llegar con bien á mi ciudad, que es ésta. Y me puse inmediatamente á recorrer

calles y barrios en busca de la casa de mi hermano. Y Alah permitió que entonces encontrase á este niño jugando con sus camaradas. ¡Y por Alah el Todopoderoso, ¡oh mujer de mi hermano! que, apenas le vi, sentí que mi corazón se derretía de emoción por él; y como la sangre reconocía á la sangre, no vacilé en suponer en él al hijo de mi hermano! Y en aquel mismo momento olvidé mis fatigas y mis preocupaciones, y creí enloquecer de alegría...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 734.ª NOCHE**

Ella dijo:

»...Y en aquel mismo momento olvidé mis fatigas y mis preocupaciones, y creí enloquecer de alegría. Pero ¡ay! que no tardé en saber, por boca de este niño, que mi hermano había fallecido en la misericordia de Alah el Altísimo! ¡Ah! ¡terrible noticia que me hace caer de bruces, abrumado de emoción y de dolor! Pero ¡oh mujer de mi hermano! ya te contaré el niño probablemente que con su aspecto y su semejanza con el difunto ha logrado consolarme un poco, haciéndome recordar el pro-

verbio que dice: «El hombre que deja posteridad no muere.»

Así habló el maghrebín. Y advirtió que, ante aquellos recuerdos evocados, la madre de Aladino lloraba amargamente. Y para que olvidara sus tristezas y se distrajera de sus ideas negras, se encaró con Aladino, y variando de conversación, le dijo: «Hijo mío, ¿qué oficio aprendiste y en qué trabajo te ocupas para ayudar á tu pobre madre y vivir ambos?»

Al oír aquello, avergonzado de su vida por primera vez, Aladino bajó la cabeza mirando al suelo. Y como no decía palabra, contestó en lugar suyo su madre: «¿Un oficio, ¡oh hermano de mi esposo! tener un oficio Aladino? ¿Quién piensa en eso? ¡Por Alah, que no sabe nada absolutamente! ¡Ah! ¡nunca vi un niño tan travieso! ¡Se pasa todo el día corriendo con otros niños del barrio, que son unos vagabundos, unos pillastres, unos haraganes como él, en vez de seguir el ejemplo de los hijos buenos, que están en la tienda con sus padres! ¡Sólo por causa suya murió su padre, dejándome amargos recuerdos! ¡Y también yo me veo reducida á un triste estado de salud! Y aunque apenas si veo con mis ojos, gastados por las lágrimas y las vigiliass, tengo que trabajar sin descanso y pasarme días y noches hilando algodón, para tener con qué comprar dos panes de maíz, lo preciso para mantenernos ambos. ¡Y tal es mi condición! ¡Y te juro por tu vida, ¡oh hermano de mi esposo! que sólo entra

él en casa á las horas precisas de las comidas! ¡Y esto es todo lo que hace! Así es que, á veces, cuando me abandona de tal suerte, por más que soy su madre pienso cerrar la puerta de la casa y no volver á abrirsela, á fin de obligarle á que busque un trabajo que le dé para vivir. ¡Y luego me falta valor para hacerlo; porque el corazón de una madre es compasivo y misericordioso! ¡Pero mi edad avanza y me estoy haciendo muy vieja, ¡oh hermano de mi esposo! ¡Y mis hombros no soportan las fatigas que antes! ¡Y ahora apenas si mis dedos me permiten dar vuelta al huso! ¡Y no sé hasta cuándo voy á poder continuar una tarea semejante sin que me abandone la vida, como me abandona mi hijo, este Aladino que tienes delante de ti, ¡oh hermano de mi esposo!»

Y se echó á llorar.

Entonces el maghrebín se encaró con Aladino y le dijo: «¡Ah! ¡oh hijo de mi hermano! ¡en verdad que no sabía yo todo eso que á ti se refiere! ¿Por qué marchas por esa senda de haraganería? ¡Qué vergüenza para ti, Aladino! ¡Eso no está bien en hombres como tú! ¡Te hallas dotado de razón, hijo mío, y eres un vástago de buena familia! ¿No es para ti una deshonra dejar así que tu pobre madre, una mujer vieja, tenga que mantenerte, siendo tú un hombre con edad para tener una ocupación con que pudierais manteneros ambos?... ¡Y por cierto ¡oh hijo mío! que, gracias á Alah, lo que sobra en nuestra ciudad son maestros de oficio! ¡Sólo ten-

drás, pues, que escoger tú mismo el oficio que más te guste, y yo me encargo de colocarte! ¡Y de ese modo, cuando seas mayor, hijo mío, tendrás entre las manos un oficio seguro que te proteja contra los embates de la suerte! ¡Habla ya! ¡Y si no te agrada el trabajo de aguja, oficio de tu difunto padre, busca otra cosa y avísamelo! Y yo te ayudaré todo lo que pueda, ¡oh hijo mío!»

Pero en vez de contestar, Aladino continuó con la cabeza baja y guardando silencio, con lo cual indicaba que no quería más oficio que el de vagabundo. Y el maghrebín advirtió su repugnancia por los oficios manuales, y trató de atraérsele de otra manera. Y le dijo, por tanto: «¡Oh hijo de mi hermano! ¡no te enfades ni te apenes por mi insistencia! ¡Pero déjame añadir que, si los oficios te repugnan, estoy dispuesto, caso de que quieras ser un hombre honrado, á abrirte una tienda de mercader de sederías en el zoco grande! Y surtiré esa tienda con las telas más caras y brocados de la calidad más fina. ¡Y así te harás con buenas relaciones entre los mercaderes al por mayor! Y te acostumbrarás á vender y comprar, á tomar y á dar. Y será excelente tu reputación en la ciudad. ¡Y con ello honrarás la memoria de tu difunto padre! ¿Qué dices á esto, ¡oh Aladino, hijo mío!»

Cuando Aladino escuchó esta proposición de su tío y comprendió que podría convertirse en un gran mercader del zoco, en un hombre de importancia, vestido con buenas ropas, con un turbante de seda

y un lindo cinturón de diferentes colores, se regocijó en extremo. Y miró al maghrebín sonriendo y torciendo la cabeza, lo que en su lenguaje significaba claramente: «¡Acepto!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGO
LA 735.ª NOCHE**

Ella dijo:

...Y miró al maghrebín sonriendo y torciendo la cabeza, lo que en su lenguaje significaba claramente: «¡Acepto!» Y el maghrebín comprendió entonces que le agradaba la proposición, y dijo á Aladino: «Ya que quieres convertirte en un personaje de importancia, en un mercader con tienda abierta, procura en lo sucesivo hacerte digno de tu nueva situación. Y sé un hombre desde ahora, ¡oh hijo de mi hermano! Y mañana, si Alah quiere, te llevaré al zoco, y empezaré por comprarte un hermoso traje nuevo, como lo llevan los mercaderes ricos, y todos los accesorios que exige. ¡Y hecho esto, buscaremos juntos una tienda buena para instalarte en ella!»

¡Eso fué todo! Y la madre de Aladino, que oía aquellas exhortaciones y veía aquella generosidad,

bendecía á Alah el Bienhechor, que de manera tan inesperada le enviaba á un pariente que la salvaba de la miseria y llevaba por el buen camino á su hijo Aladino. Y sirvió la comida con el corazón alegre, como si se hubiese rejuvenecido veinte años. ¡Y comieron y bebieron, sin dejar de charlar de aquel asunto, que tanto les interesaba á todos! Y el maghrebín empezó por iniciar á Aladino en la vida y los modales de los mercaderes, y por hacerle que se interesara mucho en su nueva condición. Luego, cuando vió que la noche iba ya mediada, se levantó y se despidió de la madre de Aladino, y besó á Aladino. Y salió, prometiéndole que volvería al día siguiente. Y aquella noche, con la alegría, Aladino no pudo pegar los ojos y no hizo mas que pensar en la vida encantadora que le esperaba.

Y he aquí que al siguiente día, á primera hora, llamaron á la puerta. Y la madre de Aladino fué á abrir por sí misma, y vió que precisamente era el hermano de su esposo, el maghrebín, que cumplía su promesa de la víspera. Sin embargo, á pesar de las instancias de la madre de Aladino, no quiso entrar, pretextando que no era hora de visitas, y solamente pidió permiso para llevarse á Aladino consigo al zoco. Y Aladino, levantado y vestido ya, corrió en seguida á ver á su tío, y le dió los buenos días y le besó la mano. Y el maghrebín le cogió de la mano y se fué con él al zoco. Y entró con él en la tienda del mejor mercader y pidió un

traje que fuese el más hermoso y el más lujoso entre los trajes á la medida de Aladino. Y el mercader le enseñó varios á cuál más hermoso. Y el maghrebín dijo á Aladino: «¡Escoge tú mismo el que te guste, hijo mío!» Y en extremo encantado de la generosidad de su tío, Aladino escogió uno que era todo de seda rayada y reluciente. Y también escogió un turbante de muselina de seda recamada de oro fino, un cinturón de cachemira y botas de cuero rojo brillante. Y el maghrebín lo pagó todo sin regatear y entregó el paquete á Aladino, diciéndole: «¡Vamos ahora al hammam para que estés bien limpio antes de vestirte de nuevo!» Y le condujo al hammam, y entró con él en una sala reservada, y le bañó con sus propias manos, y se bañó él también. Luego pidió los refrescos que suceden al baño; y ambos bebieron con delicia y muy contentos. Y entonces se puso Aladino el suntuoso traje consabido de seda rayada y reluciente, se colocó el hermoso turbante, se ciñó al talle el cinturón de Indias y se calzó las botas rojas. Y de este modo estaba hermoso cual la luna y comparable á algún hijo de rey ó de sultán. Y en extremo encantado de verse transformado así, se acercó á su tío y le besó la mano y le dió muchas gracias por su generosidad. Y el maghrebín le besó, y le dijo: «¡Todo esto no es mas que el comienzo!» Y salió con él del hammam, y le llevó á los zocos más frecuentados, y le hizo visitar las tiendas de los grandes mercaderes. Y hacíale admirar las

telas más ricas y los objetos de precio, enseñándole el nombre de cada cosa en particular; y le decía: «¡Como vas á ser mercader, es preciso que te enteres de los pormenores de ventas y compras!» Luego le hizo visitar los edificios notables de la ciudad y las mezquitas principales y los khans en que se alojaban las caravanas. Y terminó el paseo, haciéndole ver los palacios del sultán y los jardines que los circundaban. Y por último le llevó al khan grande, donde paraba él, y le presentó á los mercaderes conocidos suyos, diciéndoles: «¡Es el hijo de mi hermano!» Y les invitó á todos á una comida que dió en honor de Aladino, y les regaló con los manjares más selectos, y estuvo con ellos y con Aladino hasta la noche.

Entonces se levantó y se despidió de sus invitados, diciéndoles que iba á llevar á Aladino á su casa. Y en efecto, no quiso dejar volver solo á Aladino, y le cogió de la mano y se encaminó con él á casa de la madre. Y al ver á su hijo tan magníficamente vestido, la pobre madre de Aladino creyó perder la razón de alegría. Y empezó á dar gracias y bendecir mil veces á su cuñado, diciéndole: «¡Oh hermano de mi esposo! aunque toda la vida estuviera dándote gracias, jamás te agradecería bastante tus beneficios!» Y contestó el maghrebín: «¡Oh mujer de mi hermano! ¡no tiene ningún mérito, verdaderamente ningún mérito, el que yo obre de esta manera, porque Aladino es hijo mío, y mi deber es servirle de padre en lugar del

difunto! ¡No te preocupes, pues, por él y estate tranquila!» Y dijo la madre de Aladino, levantando los brazos al cielo: «¡Por el honor de los santos antiguos y recientes, ruego á Alah que te guarde y te conserve ¡oh hermano de mi esposo! y prolongue tu vida para nuestro bien, á fin de que seas el ala cuya sombra proteja siempre á este niño huérfano! ¡Y ten la seguridad de que él, por su parte, obedecerá siempre tus órdenes y no hará mas que lo que le mandes!» Y dijo el maghrebín: «¡Oh mujer de mi hermano! Aladino se ha convertido en hombre sensato, porque es un excelente mozo, hijo de buena familia. ¡Y espero desde luego que será digno descendiente de su padre y refrescará tus ojos!» Luego añadió: «Dispénsame ¡oh mujer de mi hermano! porque mañana viernes no se abra la tienda prometida; pues ya sabes que el viernes están cerrados los zocos y que no se puede tratar de negocios. ¡Pero pasado mañana, sábado, se hará, si Alah quiere! Mañana, sin embargo, vendré por Aladino para continuar instruyéndole, y le haré visitar los sitios públicos y los jardines situados fuera de la ciudad, adonde van á pasearse los mercaderes ricos, á fin de que así pueda habituarse á la contemplación del lujo y de la gente distinguida. ¡Porque hasta hoy no ha frecuentado más trato que el de los niños, y es preciso que conozca ya á hombres y que ellos le conozcan!» Y se despidió de la madre de Aladino, besó á Aladino y se marchó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 736.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y se despidió de la madre de Aladino, besó á Aladino y se marchó. Y Aladino pensó durante la noche en todas las cosas hermosas que acababa de ver y en las alegrías que acababa de experimentar; y se prometió nuevas delicias para el siguiente día. Así es que se levantó con la aurora, sin haber podido pegar los ojos, y se vistió sus ropas nuevas, y empezó á andar de un lado para otro, enredándose los pies con aquel traje largo, al cual no estaba acostumbrado. Luego, como su impaciencia le hacía pensar que el maghrebín tardaba demasiado, salió á esperarle á la puerta, y acabó por verle aparecer. Y corrió á él como un potro y le besó la mano. Y el maghrebín le besó y le hizo muchas caricias, y le dijo que fuera á advertir á su madre de que se le llevaba. Después le cogió de la mano y se fué con él. Y echaron á andar juntos, hablando de unas cosas y de otras; y franquearon las puertas de la ciudad, de donde nunca había salido aún Aladino. Y empezaron á aparecer ante ellos las hermosas casas particulares y los hermo-

sos palacios rodeados de jardines; y Aladino los miraba maravillado, y cada cual le parecía más hermoso que el anterior. Y así anduvieron mucho por el campo, acercándose más cada vez al fin que se proponía el maghrebín. Pero llegó un momento en que Aladino comenzó á cansarse, y dijo al maghrebín: «¡Oh tío mío! ¿tenemos que andar mucho todavía? ¡Mira que hemos dejado atrás los jardines, y ya sólo tenemos delante de nosotros la montaña! ¡Además, estoy fatigadísimo, y quisiera tomar un bocadito!» Y el maghrebín se sacó del cinturón un pañuelo con frutas y pan, y dijo á Aladino: «Aquí tienes, hijo mío, con qué saciar tu hambre y tu sed. ¡Pero aún tenemos que andar un poco para llegar al paraje maravilloso que voy á enseñarte y que no tiene igual en el mundo! ¡Repón tus fuerzas y toma alientos, Aladino, que ya eres un hombre!» Y continuó animándole, á la vez que le daba consejos acerca de su conducta en el porvenir, y le impulsaba á separarse de los niños para acercarse á los hombres sabios y prudentes. ¡Y consiguió distraerle de tal manera, que acabó por llegar con él á un valle desierto al pie de la montaña, y en donde no había más presencia que la de Alah!

¡Allí precisamente terminaba el viaje del maghrebín! ¡Y para llegar á aquel valle había salido del fondo del Maghreb y había ido á los confines de la China!

Se encaró entonces con Aladino, que estaba extenuado de fatiga, y le dijo sonriendo: «Ya he-

mos llegado, hijo mío Aladino!» Y se sentó en una roca, y le hizo sentarse al lado suyo y le abrazó con mucha ternura, y le dijo: «Descansa un poco, Aladino. Porque al fin voy á mostrarte lo que jamás vieron los ojos de los hombres. Sí, Aladino; en seguida vas á ver aquí mismo un jardín más hermoso que todos los jardines de la tierra. Y sólo cuando hayas admirado las maravillas de ese jardín tendrás verdaderamente razón para darme gracias, y olvidarás las fatigas de la marcha y bendecirás el día en que me encontraste por primera vez.» Y le dejó descansar un instante, con los ojos muy abiertos de asombro al pensar que iba á ver un jardín en un paraje donde no había mas que rocas desperdigadas y matorrales. Luego le dijo: «¡Levántate ahora, Aladino, y recoge entre esos matorrales las ramas más secas y los trozos de leña que encuentres, y tráemelos! ¡Y entonces verás el espectáculo gratuito á que te invito!» Y Aladino se levantó y se apresuró á recoger entre los matorrales y la maleza una gran cantidad de ramas secas y trozos de leña, y se los llevó al maghrebín, que le dijo: «Ya tengo bastante. ¡Retírate ahora y ponte detrás de mí!» Y Aladino obedeció á su tío, y fué á colocarse á cierta distancia detrás de él.

Entonces el maghrebín sacó del cinturón un eslabón, con el que hizo lumbre, y prendió fuego al montón de ramas y hierbas secas, que llamearon crepitando. Y al punto sacó del bolsillo una

caja de concha, la abrió y tomó un poco de incienso, que arrojó en medio de la hoguera. Y levantóse una humareda muy espesa, que apartó él con sus manos á un lado y á otro, murmurando fórmulas en una lengua incomprensible en absoluto para Aladino. Y en aquel mismo momento tembló la tierra y se conmovieron sobre su base las rocas y se entreabrió el suelo en un espacio de unos diez codos de anchura. Y en el fondo de aquel agujero apareció una losa horizontal de mármol de cinco codos de ancha con una anilla de bronce en medio.

Al ver aquello, Aladino, espantado, lanzó un grito, y cogiendo con los dientes el extremo de su traje, volvió la espalda y emprendió la fuga, agitando las piernas. Pero de un salto cayó sobre él el maghrebín y le atrapó. Y le miró con ojos medrosos, le zarandeó teniéndole cogido de una oreja, y levantó la mano y le aplicó una bofetada tan terrible, que por poco le salta los dientes, y Aladino quedó todo aturdido y se cayó al suelo.

Y he aquí que el maghrebín no le había tratado de aquel modo mas que por dominarle de una vez para siempre, ya que le necesitaba para la operación que iba á realizar, y sin él no podía intentar la empresa para que había venido. Así es que cuando le vió atontado en el suelo, le levantó y le dijo con una voz que procuró hacer muy dulce: «¡Sabe, Aladino, que si te traté así fué para enseñarte á ser un hombre! ¡Porque soy tu tío, el hermano de tu padre, y me debes obediencia!» Luego añadió

con una voz de lo más dulce: «¡Vamos, Aladino, escucha bien lo que voy á decirte, y no pierdas ni una sola palabra! ¡Porque si así lo haces sacarás de ello ventajas considerables y en seguida olvidarás los trabajos pasados!» Y le besó, y teniéndole para en adelante completamente sometido y dominado, le dijo: «¡Ya acabas de ver, hijo mío, cómo se ha abierto el suelo en virtud de las fumigaciones y fórmulas que he pronunciado! ¡Pero es preciso que sepas que obré de tal suerte únicamente por tu bien; porque debajo de esta losa de mármol que ves en el fondo del agujero con una anilla de bronce se halla un tesoro que está inscrito á tu nombre y no puede abrirse mas que en tu presencia! ¡Y ese tesoro, que te está destinado, te hará más rico que todos los reyes! Y para demostrarte que ese tesoro está destinado á ti y no á ningún otro, sabe que sólo á ti en el mundo es posible tocar esta losa de mármol y levantarla; pues yo mismo, á pesar de todo mi poder, que es grande, no podría echar mano á la anilla de bronce ni levantar la losa, aunque fuese mil veces más poderoso y más fuerte de lo que soy. ¡Y una vez levantada la losa, no me sería posible penetrar en el tesoro, ni bajar un escalón siquiera! ¡A ti únicamente incumbe hacer lo que no puedo hacer yo por mí mismo! ¡Y para ello no tienes mas que ejecutar al pie de la letra lo que voy á decirte! ¡Y así serás el dueño del tesoro, que partiremos con toda equidad en dos partes iguales, una para ti y otra para mí!»

Al oír estas palabras del maghrebín, el pobre Aladino se olvidó de sus fatigas y de la bofetada recibida, y contestó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 738.ª NOCHE**

Ella dijo:

...Al oír estas palabras del maghrebín, el pobre Aladino se olvidó de sus fatigas y de la bofetada recibida, y contestó: «¡Oh tío mío, mándame lo que quieras y te obedeceré!» Y el maghrebín le cogió en brazos y le besó varias veces en las mejillas, y le dijo: «¡Oh Aladino! ¡eres para mí más querido que un hijo, pues que no tengo en la tierra más parientes que tú; tú serás mi único heredero, ¡oh hijo mío! Porque, al fin y al cabo, por ti, en suma, es por quien trabajo en este momento y por quien vine desde tan lejos. Y si estuve un poco brusco, comprenderás ahora que fué para decírtelo á no dejar de alcanzar en vano tu maravilloso destino. ¡He aquí, pues, lo que tienes que hacer! ¡Empezarás por bajar conmigo al fondo del agujero, y cogerás la anilla de bronce y levantarás la losa de mármol!» Y cuando hubo hablado así, se metió él pri-

mero en el agujero y dió la mano á Aladino para ayudarle á bajar. Y ya abajo, Aladino le dijo: «¿Pero cómo voy á arreglarme ¡oh tío mío! para levantar una losa tan pesada, siendo yo un niño? ¡Si, al menos, quisieras ayudarme tú, me prestaría á ello con mucho gusto!» El maghrebín contestó: «¡Ah, no! ¡Ah, no! ¡Si, por desgracia, echara yo una mano, no podrías hacer nada ya y tu nombre se borraría para siempre del tesoro! ¡Prueba tú solo, y verás cómo levantas la losa con tanta facilidad como si alzaras una pluma de ave! ¡Sólo tendrás que pronunciar tu nombre y el nombre de tu padre y el nombre de tu abuelo al coger la anilla!»

Entonces se inclinó Aladino y cogió la anilla y tiró de ella, diciendo: «¡Soy Aladino, hijo del sastre Mustafá, hijo del sastre Alí!» Y levantó con gran facilidad la losa de mármol, y la dejó á un lado. Y vió una cueva con doce escalones de mármol que conducían á una puerta de dos hojas de cobre rojo con gruesos clavos. Y el maghrebín le dijo: «Hijo mío Aladino, baja ahora á esa cueva. Y cuando llegues al duodécimo escalón entrarás por esa puerta de cobre, que se abrirá sola delante de ti. Y te hallarás debajo de una bóveda grande dividida en tres salas que se comunican unas con otras. En la primera sala verás cuatro grandes calderas de cobre llenas de oro líquido, y en la segunda sala cuatro grandes calderas de plata llenas de polvo de oro, y en la tercera sala cuatro grandes calderas de oro llenas de dinares de oro.

Pero pasa sin detenerte y recógete bien el traje, sujetándotelo á la cintura para que no toque á las calderas; porque si tuvieras la desgracia de tocar con los dedos ó rozar siquiera con tus ropas una de las calderas ó su contenido, al instante te convertirías en una mole de piedra negra. Entrarás, pues, en la primera sala, y muy de prisa pasarás á la segunda, desde la cual, sin detenerte un instante, penetrarás en la tercera, donde verás una puerta claveteada, parecida á la de entrada, que al punto se abrirá ante ti. Y la franquearás, y te encontrarás de pronto en un jardín magnífico plantado de árboles agobiados por el peso de sus frutas. ¡Pero no te detengas allí tampoco! Lo atravesarás, caminando adelante todo derecho, y llegarás á una escalera de columnas con treinta peldaños, por los que subirás á una terraza. Cuando estés en esta terraza, ¡oh Aladino! ten cuidado, porque enfrente de ti verás una especie de hornacina al aire libre; y en esta hornacina, sobre un pedestal de bronce, encontrarás una lamparita de cobre. Y estará encendida esta lámpara. Ahora, ¡fíjate bien, Aladino! ¡cogerás esta lámpara, la apagarás, verterás en el suelo el aceite y te la esconderás en el pecho en seguida! Y no temas mancharte el traje, porque el aceite que viertas no será aceite, sino otro líquido que no deja huella alguna en las ropas. ¡Y volverás á mí por el mismo camino que hayas seguido! Y al regreso, si te parece, podrás detenerte un poco en el jardín y coger de este jardín

tantas frutas como quieras. Y una vez que te hayas reunido conmigo, me entregarás la lámpara, fin y motivo de nuestro viaje y origen de nuestra riqueza y de nuestra gloria en el porvenir, ¡oh hijo mío!»

Cuando el maghrebín hubo hablado así, se quitó un anillo que llevaba en el dedo y se lo puso á Aladino en el pulgar, diciéndole: «Este anillo, hijo mío, te pondrá á salvo de todos los peligros y te preservará de todo mal. ¡Reanima, pues, tu alma, y llena de valor tu pecho, porque ya no eres un niño, sino un hombre! ¡Y con ayuda de Alah, te saldrá bien todo! ¡Y disfrutaremos de riqueza y de honores durante toda la vida, y gracias á la lámpara!» Luego añadió: «¡Pero te encarezco una vez más, Aladino, que tengas cuidado de recogerte mucho el traje y de ceñírtelo cuanto puedas, porque, de no hacerlo así, estás perdido y contigo el tesoro!»

Luego le besó, y acariciándole varias veces en las mejillas, le dijo: «¡Vete tranquilo!»

Entonces, en extremo animado, Aladino bajó corriendo por los escalones de mármol, y alzándose el traje hasta más arriba de la cintura y ciñéndose bien, franqueó la puerta de cobre, cuyas hojas se abrieron por sí solas al acercarse él. Y sin olvidar ninguna de las recomendaciones del maghrebín, atravesó con mil precauciones la primera, la segunda y la tercera salas, evitando las calderas llenas de oro; llegó á la última puerta, la franqueó,

cruzó el jardín sin detenerse, subió los treinta peldaños de la escalera de columnas, se remontó á la terraza y encaminóse directamente á la hornacina que había frente á él. Y en el pedestal de bronce vió la lámpara encendida...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 739.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y en el pedestal de bronce vió la lámpara encendida. Y tendió la mano y la cogió. Y vertió en el suelo el contenido, y al ver que inmediatamente quedaba seco el depósito, se la ocultó en el pecho en seguida, sin temor á mancharse el traje. Y bajó de la terraza y llegó de nuevo al jardín.

Libre entonces de su preocupación, se detuvo un instante en el último peldaño de la escalera para mirar el jardín. Y se puso á contemplar aquellos árboles, cuyas frutas no había tenido tiempo de ver á la llegada. Y observó que los árboles de aquel jardín, en efecto, estaban agobiados bajo el peso de sus frutas, que eran extraordinarias de forma, de tamaño y de color. Y notó que, al contrario de lo que ocurre con los árboles de los huertos, cada

rama de aquellos árboles tenía frutas de diferentes colores. Las había blancas, de un blanco transparente como el cristal, ó de un blanco turbio como el alcanfor, ó de un blanco opaco como la cera virgen. Y las había rojas, de un rojo como los granos de la granada ó de un rojo como la naranja sanguínea. Y las había verdes, de un verde oscuro y de un verde suave; y había otras que eran azules y violeta y amarillas; y otras que ostentaban colores y matices de una variedad infinita. ¡Y el pobre Aladino no sabía que las frutas blancas eran diamantes, perlas, nácar y piedras lunares; que las frutas rojas eran rubíes, carbunclos, jacintos, coral y cornalinas; que las verdes eran esmeraldas, berilos, jade, prasios y aguamarinas; que las azules eran zafiros, turquesas, lapislázuli y lazulitas; que las violeta eran amatistas, jaspes y sardoínas; que las amarillas eran topacios, ámbar y ágatas; y que las demás, de colores desconocidos, eran ópalos, venturinas, crisólitos, cimófanos, hematitas, turmalinas, peridotos, azabaches y crisopacios! Y caía el sol á plomo sobre el jardín. Y los árboles despedían llamas de todas sus frutas, sin consumirse.

Entonces, en el límite del placer, se acercó Aladino á uno de aquellos árboles y quiso coger algunas frutas para comérselas. Y observó que no se las podía meter el diente, y que no se asemejaban mas que por su forma á las naranjas, á los higos, á los plátanos, á las uvas, á las sandías, á las man-

zanas y á todas las demás frutas excelentes de la China. Y se quedó muy desilusionado al tocarlas; y no las encontró nada de su gusto. Y creyó que sólo eran bolas de vidrio coloreado, pues en su vida había tenido ocasión de ver piedras preciosas. Sin embargo, á pesar de su desencanto, se decidió á coger algunas para regalárselas á los niños que fueron antiguos camaradas suyos, y también á su pobre madre. Y cogió varias de cada color, llenándose con ellas el cinturón, los bolsillos y el forro de la ropa, guardándoselas asimismo entre el traje y la camisa y entre la camisa y la piel; y se metió tal cantidad de aquellas frutas, que parecía un asno cargado á un lado y á otro. Y agobiado por todo aquello, se alzó cuidadosamente el traje, ciñéndoselo mucho á la cintura, y lleno de prudencia y de precaución atravesó con ligereza las tres salas de calderas y ganó la escalera de la cueva, á la entrada de la cual le esperaba ansiosamente el maghrebín.

Y he aquí que, en cuanto Aladino franqueó la puerta de cobre y subió el primer peldaño de la escalera, el maghrebín, que se hallaba encima de la abertura, junto á la entrada misma de la cueva, no tuvo paciencia para esperar á que subiese todos los escalones y saliese de la cueva por completo, y le dijo: «Bueno, Aladino, ¿dónde está la lámpara?» Y Aladino contestó: «¡La tengo en el pecho!» El otro dijo: «¡Sácala ya y dámela!» Pero Aladino le dijo: «¿Cómo quieres que te la dé tan pronto, ¡oh tío mío!

si está entre todas las bolas de vidrio con que me he llenado la ropa por todas partes? ¡Déjame antes subir esta escalera, y ayúdame á salir del agujero; y entonces descargaré todas estas bolas en lugar seguro, y no sobre estos peldaños, por los que rodarian y se romperían! ¡Y así podré sacar me del pecho la lámpara y dártela cuando esté libre de esta impedimenta insuperable! ¡Por cierto que se me ha escurrido hacia la espalda y me lastima violentamente en la piel, por lo que bien quisiera verme desembarazado de ella!» Pero el maghrebín, furioso por la resistencia que hacía Aladino y persuadido de que Aladino sólo ponía estas dificultades porque quería guardarse para él la lámpara, le gritó con una voz espantosa como la de un demonio: «¡Oh hijo de perro! ¿quieres darmè la lámpara en seguida, ó morir?» Y Aladino, que no sabía á qué atribuir este cambio de modales de su tío, y aterrado al verle en tal estado de furor, y temiendo recibir otra bofetada más violenta que la primera, se dijo: «¡Por Alah, que más vale resguardarse! ¡Y voy á entrar de nuevo en la cueva mientras él se calma!» Y volvió la espalda, y recogiendo el traje, entró prudentemente en el subterráneo.

Al ver aquello, el maghrebín lanzó un grito de rabia, y en el límite del furor, pataleó y se convulsionó, arrancándose las barbas de desesperación por la imposibilidad en que se hallaba de correr tras de Aladino á la cueva vedada por los poderes

mágicos. Y exclamó: «¡Ah maldito Aladino, vas á ser castigado como mereces!» Y corrió hacia la hoguera, que no se había apagado todavía, y echó en ella un poco del polvo de incienso que llevaba consigo, murmurando una fórmula mágica. Y al punto la losa de mármol que servía para tapar la entrada de la cueva se cerró por sí sola y volvió á su sitio primitivo, cubriendo herméticamente el agujero de la escalera; y tembló la tierra y se cerró de nuevo; y el suelo se quedó tan liso como antes de abrirse. Y Aladino encontróse de tal suerte encerrado en el subterráneo.

Porque, como ya se ha dicho, el maghrebín era un mago insigne venido del fondo del Maghreb, y no un tío ni un pariente cercano ó lejano de Aladino. Y había nacido verdaderamente en África, que es el país y el semillero de los magos y hechiceros de peor calidad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 740.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y había nacido verdaderamente en África, que es el país y el semillero de los magos y hechice-

ros de peor calidad. Y desde su juventud habíase dedicado con tesón al estudio de la hechicería y de los hechizos, y al arte de la geomancia, de la alquimia, de la astrología, de las fumigaciones y de los encantamientos. Y al cabo de treinta años de operaciones mágicas, por virtud de su hechicería, logró descubrir que en un paraje desconocido de la tierra había una lámpara extraordinariamente mágica que tenía el don de hacer más poderoso que los reyes y sultanes todos al hombre que tuviese la suerte de ser su poseedor. Entonces hubo de redoblar sus fumigaciones y hechicería, y con una última operación geomántica logró enterarse de que la lámpara consabida se hallaba en un subterráneo situado en las inmediaciones de la ciudad de Kolo-ka-tsé, en el país de China. (Y aquel paraje era precisamente el que acabamos de ver con todos sus detalles). Y el mago se puso en camino sin tardanza, y después de un largo viaje había llegado á Kolo-ka-tsé, donde se dedicó á explorar los alrededores y acabó por delimitar exactamente la situación del subterráneo con lo que contenía. Y por su mesa adivinatoria se enteró de que el tesoro y la lámpara mágica estaban inscritos, por los poderes subterráneos, á nombre de Aladino, hijo de Mustafá el sastre, y que sólo él podría hacer abrirse el subterráneo y llevarse la lámpara, pues cualquier otro perdería la vida infaliblemente si intentaba la menor empresa encaminada á ello. Y por eso se puso en busca de Aladido, y cuando le

encontró, hubo de utilizar toda clase de estratagemas y engaños para atraérsele y conducirlo á aquel paraje desierto, sin despertar sus sospechas ni las de su madre. Y cuando Aladino salió con bien de la empresa, le había reclamado tan presurosamente la lámpara porque quería engañarle y emparedarle para siempre en el subterráneo. ¡Pero ya hemos visto cómo Aladino, por miedo á recibir una bofetada, se había refugiado en el interior de la cueva, donde no podía penetrar el mago, y cómo el mago, con objeto de vengarse, habíale encerrado allí dentro contra su voluntad para que se muriese de hambre y de sed!

Realizada aquella acción, el mago, convulso y echando espuma, se fué por su camino, probablemente á África, su país. ¡Y he aquí lo referente á él! Pero seguramente nos le volveremos á encontrar.

¡He aquí ahora lo que atañe á Aladino!

No bien entró otra vez en el subterráneo, oyó el temblor de tierra producido por la magia del maghrebín, y aterrado, temió que la bóveda se desplomase sobre su cabeza, y se apresuró á ganar la salida. Pero al llegar á la escalera, vió que la pesada losa de mármol tapaba la abertura; y llegó al límite de la emoción y del pasmo. Porque, por una parte, no podía concebir la maldad del hombre á quien creía tío suyo y que le había acariciado y mimado, y por otra parte, no había para qué pensar en levantar la losa de mármol, pues le era im-

posible hacerlo desde abajo. En estas condiciones, el desesperado Aladino empezó á dar muchos gritos, llamando á su tío y prometiéndole, con toda clase de juramentos, que estaba dispuesto á darle en seguida la lámpara. Pero claro es que sus gritos y sollozos no fueron oídos por el mago, que ya se encontraba lejos. Y al ver que su tío no le contestaba, Aladino empezó á abrigar algunas dudas con respecto á él, sobre todo al acordarse de que le había llamado hijo de perro, gravísima injuria que jamás dirigiría un verdadero tío al hijo de su hermano. De todos modos, resolvió entonces ir al jardín, donde había luz, y buscar una salida por donde escapar de aquellos lugares tenebrosos. Pero al llegar á la puerta que daba al jardín observó que estaba cerrada y que no se abría ante él entonces. Enloquecido ya, corrió de nuevo á la puerta de la cueva y se echó llorando en los peldaños de la escalera. Y ya se veía enterrado vivo entre las cuatro paredes de aquella cueva, llena de negrura y de horror, á pesar de todo el oro que contenía. Y sollozó durante mucho tiempo, sumido en su dolor. Y por primera vez en su vida dió en pensar en todas las bondades de su pobre madre y en su abnegación infatigable, no obstante la mala conducta y la ingratitud de él. Y la muerte en aquella cueva hubo de parecerle más amarga, por no haber podido refrescar en vida el corazón de su madre mejorando algo su carácter y demostrándole de alguna manera su agradecimiento. Y suspiró mucho al

asaltarle este pensamiento, y empezó á retorcerse los brazos y restregarse las manos, como generalmente hacen los que están desesperados, diciendo, á modo de renuncia á la vida: «¡No hay recurso ni poder mas que en Alah!» Y he aquí que, con aquel movimiento, Aladino frotó sin querer el anillo que llevaba en el pulgar y que le había prestado el mago para preservarle de los peligros del subterráneo. Y no sabía aquel maghrebín maldito que el tal anillo había de salvar la vida á Aladino precisamente, pues de saberlo, no se lo hubiera confiado desde luego, ó se hubiera apresurado á quitárselo, ó incluso no hubiera cerrado el subterráneo mientras el otro no se lo devolviese. Pero todos los magos son, por esencia, semejantes á aquel maghrebín hermano suyo: á pesar del poder de su hechicería y de su ciencia maldita, no saben prever las consecuencias de las acciones más sencillas, y jamás piensan en precaverse de los peligros más vulgares. ¡Porque con su orgullo y su confianza en sí mismos, nunca recurren al Señor de las criaturas, y su espíritu permanece constantemente oscurecido por una humareda más espesa que la de sus fumigaciones, y tienen los ojos tapados por una venda, y van á tientas por las tinieblas.

Y he aquí que, cuando el desesperado Aladino frotó sin querer el anillo que llevaba en el pulgar, y cuya virtud ignoraba...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 741.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y he aquí que, cuando el desesperado Aladino frotó sin querer el anillo que llevaba en el pulgar, y cuya virtud ignoraba, vió surgir de pronto ante él, como si brotara de la tierra, un inmenso y gigantesco efrit, semejante á un negro embetunado, con una cabeza como un caldero, y una cara espantosa, y unos ojos rojos, enormes y llameantes, el cual se inclinó ante él, y con una voz tan retumbante cual el rugido del trueno, le dijo: *«¡Aquí tienes entre tus manos á tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor del anillo en la tierra, en el aire y en el agua!»*

Al ver aquello, Aladino, que no era valeroso, quedó muy aterrado; y en cualquier otro sitio ó en cualquier otra circunstancia hubiera caído desmayado ó hubiera procurado escapar. Pero en aquella cueva, donde ya se creía muerto de hambre y de sed, la intervención de aquel espantoso efrit parecióle un gran socorro, sobre todo cuando oyó la pregunta que le hacía. Y al fin pudo mover la lengua y contestar: *«¡Oh gran jeique de los efrits*

del aire, de la tierra y del agua, sácame de esta cueva!»

Apenas había él pronunciado estas palabras, se conmovió y se abrió la tierra por encima de su cabeza, y en un abrir y cerrar de ojos sintióse transportado fuera de la cueva, en el mismo paraje donde encendió la hoguera el maghrebín. En cuanto al efrit, había desaparecido.

Entonces, todo tembloroso de emoción todavía, pero muy contento por verse de nuevo al aire libre, Aladino dió gracias á Alah el Bienhechor, que le había librado de una muerte cierta y le había salvado de las emboscadas del maghrebín. Y miró en torno suyo y vió á lo lejos la ciudad en medio de sus jardines. Y se apresuró á desandar el camino por donde le había conducido el mago, dirigiéndose al valle sin volver la cabeza atrás ni una sola vez. Y extenuado y falto de aliento, llegó ya muy de noche á la casa en que le esperaba su madre, lamentándose, muy inquieta, por su tardanza. Y corrió ella á abrirle, llegando á tiempo para acogerle en sus brazos, en los que cayó el joven desmayado, sin poder resistir más la emoción.

Cuando á fuerza de cuidados volvió Aladino de su desmayo, su madre le dió á beber de nuevo un poco de agua de rosas. Luego, muy preocupada, le preguntó qué le pasaba. Y contestó Aladino: «¡Oh madre mía, tengo mucha hambre! ¡Te ruego, pues, que me traigas algo de comer, porque no he tomado nada desde esta mañana!» Y la madre de Aladino

corrió á llevarle lo que habia en la casa. Y Aladino se puso á comer con tanta prisa, que su madre le dijo, temiendo que se atragantara: «No te precipites, hijo mío, que se te va á reventar la garganta! ¡Y si es que comes tan deprisa para contarme cuanto antes lo que me tienes que contar, sabe que tenemos por nuestro todo el tiempo! ¡Desde el momento en que volvi á verte estoy tranquila; pero Alah sabe cuál fué mi ansiedad cuando noté que avanzaba la noche sin que estuvieses de regreso!» Luego se interrumpió para decirle: «¡Ah hijo mío! ¡modérate, por favor, y coge trozos más pequeños!» Y Aladino, que había devorado en un momento todo lo que tenía delante, pidió de beber, y cogió el cantarillo de agua y se lo vació en la garganta sin respirar. Tras de lo cual se sintió satisfecho, y dijo á su madre: «¡Al fin voy á poder contarte ¡oh madre mía! todo lo que me aconteció con el hombre á quien tú creías mi tío, y que me ha hecho ver la muerte á dos dedos de mis ojos! ¡Ah! ¡tú no sabes que ni por asomo era tío mío ni hermano de mi padre ese embustero que me hacía tantas caricias y me besaba tan tiernamente, ese maldito maghrebín, ese hechicero, ese mentiroso, ese bribón, ese embaucador, ese enredador, ese perro, ese sucio, ese demonio que no tiene par entre los demonios sobre la faz de la tierra! ¡Alejado sea el Maligno!» Luego añadió: «¡Escucha ¡oh madre! lo que me ha hecho!» Y dijo todavía: «¡Ah! ¡qué contento estoy de haberme librado de sus manos!»

Luego se detuvo un momento, respiró con fuerza, y de repente, sin tomar ya más aliento, contó cuanto le había sucedido, desde el principio hasta el fin, incluso la bofetada, la injuria y lo demás, sin omitir un solo detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo.

Y cuando hubo acabado su relato, se quitó el cinturón y dejó caer en el colchón que había en el suelo la maravillosa provisión de frutas transparentes y coloreadas que hubo de coger en el jardín. Y también cayó la lámpara en el montón, entre bolas de pedrería.

Y añadió él para terminar: «¡Esa es ¡oh madre! mi aventura con el mago maldito, y aquí tienes lo que me ha reportado mi viaje al subterráneo!» Y así diciendo, mostraba á su madre las bolas maravillosas, pero con un aire desdeñoso que significaba: «Ya no soy un niño para jugar con bolas de vidrio!»

Mientras estuvo hablando su hijo Aladino, la madre le escuchó, lanzando en los pasajes más sorprendentes ó más conmovedores del relato exclamaciones de cólera contra el mago y de conmiseración para Aladino. Y no bien acabó de contar él tan extraña aventura, no pudo ella reprimirse más, y se desató en injurias contra el maghrebín, motejándole con todos los dicterios que para calificar la conducta del agresor puede encontrar la cólera de una madre que ha estado á punto de perder á su hijo. Y cuando se desahogó un poco, estrechó

contra su pecho á su hijo Aladino y le besó llorando, y dijo: «¡Demos gracias á Alah, ¡oh hijo mío! que te ha sacado sano y salvo de manos de ese hechicero maghrebín! ¡Ah, traidor, maldito! ¡Sin duda deseó tu muerte para poseer esa miserable lámpara de cobre, que no vale medio dracma! ¡Cuánto le detesto! ¡Cuánto abomino de él! ¡Por fin te recobré, pobre niño mío, hijo mío Aladino! ¡Pero qué peligros no corraste por culpa mía, que debí adivinar, no obstante, en los ojos bizcos de ese maghrebín que no era tío tuyo ni nada allegado, sino un mago maldito y un descreído!»

Y así diciendo, la madre se sentó en el colchón con su hijo Aladino, y le estrechó contra ella y le besó y le meció dulcemente. Y Aladino, que no había dormido desde hacía tres días, preocupado por su aventura con el maghrebín, no tardó en cerrar los ojos y dormirse en las rodillas de su madre, halagado por el balanceo. Y le acostó ella en el colchón con mil precauciones, y no tardó en acostarse y dormirse también junto á él.

Al día siguiente, al despertarse...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 742.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Al día siguiente, al despertarse, empezaron por besarse mucho, y Aladino dijo á su madre que su aventura le había corregido para siempre de la travesura y haraganería, y que en lo sucesivo buscaría trabajo como un hombre. Luego, como aún tenía hambre, pidió el desayuno, y su madre le dijo: «¡Ay hijo mío, ayer por la noche te di todo lo que había en casa, y ya no queda ni un pedazo de pan! ¡Pero ten un poco de paciencia y aguarda á que vaya á vender el poco de algodón que hube de hilar estos últimos días, y te compraré algo con el importe de la venta!» Y contestó Aladino: «Deja el algodón para otra vez, ¡oh madre! y coge hoy esta lámpara vieja que me traje del subterráneo, y ve á venderla al zoco de los mercaderes de cobre. ¡Y probablemente sacarás por ella algún dinero, que nos permita pasar todo el día!» Y contestó la madre de Aladino: «¡Verdad dices, hijo mío! ¡Y mañana cogeré las bolas de vidrio que trajiste también de ese lugar maldito, é iré á venderlas en el barrio de los negros, que me las comprarán á más precio que los mercaderes de oficio!»

La madre de Aladino cogió, pues, la lámpara

para ir á venderla; pero la encontró muy sucia, y dijo á Aladino: «Primero, hijo mío, voy á limpiar esta lámpara, que está sucia, á fin de dejarla reluciente y sacar por ella el mayor precio posible.» Y fué á la cocina, se echó en la mano un poco de ceniza, que mezcló con agua, y se puso á limpiar la lámpara. Pero apenas había empezado á frotarla, cuando surgió de pronto ante ella, sin saberse de dónde había salido, un espantoso efrit, más feo indudablemente que el del subterráneo, y tan enorme que tocaba el techo con la cabeza. Y se inclinó ante ella y dijo con voz ensordecedora: «*¡Aquí tienes entre tus manos á tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!*»

Cuando la madre de Aladino vió esta aparición, que estaba tan lejos de esperarse, como no estaba acostumbrada á semejantes cosas, se quedó inmóvil de terror; y se le trabó la lengua, y se le abrió la boca; y loca de miedo y horror, no pudo soportar por más tiempo el tener á la vista una cara tan repulsiva y espantosa como aquella, y cayó desmayada.

Pero Aladino, que se hallaba también en la cocina, y que estaba ya un poco acostumbrado á caras de aquella clase, después de la que había visto en la cueva, quizá más fea y monstruosa, no se asustó tanto como su madre. Y comprendió que la causante de la aparición del efrit era aquella lámpara; y se apresuró á quitársela de las manos

á su madre, que seguía desmayada; y la cogió con firmeza entre los diez dedos, y dijo al efrit: «¡Oh servidor de la lámpara! ¡tengo mucha hambre, y deseo que me traigas cosas excelentes en extremo para que me las coma!» Y el genni desapareció al punto, pero para volver un instante después, llevando en la cabeza una gran bandeja de plata maciza, en la cual había doce platos de oro llenos de manjares olorosos y exquisitos al paladar y á la vista, con seis panes muy calientes y blancos como la nieve y dorados por en medio, dos frascos grandes de vino añejo, claro y excelente, y en las manos un taburete de ébano incrustado de nácar y de plata, y dos tazas de plata. Y puso la bandeja en el taburete, colocó con presteza lo que tenía que colocar y desapareció discretamente.

Entonces, Aladino, al ver que su madre seguía desmayada, le roció el rostro con agua de rosas, y aquella frescura, complicada con las deliciosas emanaciones de los manjares humeantes, no dejó de reunir los espíritus dispersos y hacer volver en sí á la pobre mujer. Y Aladino se apresuró á decirle: «¡Vamos, ¡oh madre! eso no es nada! ¡Levántate y ven á comer! ¡Gracias á Alah, aquí hay con qué reponerte por completo el corazón y los sentidos y con qué aplacar nuestra hambre! ¡Por favor, no dejemos enfriar estos manjares excelentes!»

Cuando la madre de Aladino vió la bandeja de plata encima del hermoso taburete, los doce platos

de oro con su contenido, los seis maravillosos panes, los dos frascos y las dos tazas, y cuando percibió su olfato el olor sublime que exhalaban todas aquellas cosas buenas, se olvidó de las circunstancias de su desmayo, y dijo á Aladino: «¡Oh hijo mío! ¡Alah proteja la vida de nuestro sultán! ¡Sin duda ha oído hablar de nuestra pobreza y nos ha enviado esta bandeja con uno de sus cocineros!» Pero Aladino contestó: «¡Oh madre mía! ¡no es ahora el momento oportuno para suposiciones y votos! Empecemos por comer, y ya te contaré después lo que ha ocurrido.»

Entonces la madre de Aladino fué á sentarse junto á él, abriendo unos ojos llenos de asombro y de admiración ante novedades tan maravillosas; y se pusieron ambos á comer con gran apetito. Y experimentaron con ello tanto gusto, que se estuvieron mucho rato en torno á la bandeja, sin cansarse de probar manjares tan bien condimentados, de modo y manera que acabaron por juntar la comida de la mañana con la de la noche. Y cuando terminaron por fin, reservaron para el día siguiente los restos de la comida. Y la madre de Aladino fué á guardar en el armario de la cocina los platos y su contenido, volviendo en seguida al lado de Aladino para escuchar lo que tenía él que contarle acerca de aquel generoso obsequio. Y Aladino le reveló entonces lo que había pasado, y cómo el genni servidor de la lámpara hubo de ejecutar la orden sin vacilación.

Entonces la madre de Aladino, que había escuchado el relato de su hijo con un espanto creciente, fué presa de gran agitación, y exclamó: «¡Ah hijo mío! ¡por la leche con que nutrí tu infancia te conjuro á que arrojes lejos de ti esa lámpara mágica y te deshagas de ese anillo, don de los malditos efrits, pues no podré soportar por segunda vez la vista de caras tan feas y espantosas, y me moriré á consecuencia de ello sin duda! Por cierto que me parece que estos manjares que acabo de comer se me suben á la garganta y van á ahogarme. ¡Y además, nuestro profeta Mahomed (¡bendito sea!) nos recomendó mucho que tuviéramos cuidado con los genní y los efrits, y no buscáramos su trato nunca!» Aladino contestó: «¡Tus palabras, madre mía, están por encima de mi cabeza y de mis ojos! Pero, realmente, ¡no puedo deshacerme de la lámpara ni del anillo! Porque el anillo me fué de suma utilidad al salvarme de una muerte segura en la cueva, y tú misma acabas de ser testigo del servicio que nos ha prestado esta lámpara, la cual es tan preciosa, que el maldito maghrebín no vaciló en venir á buscarla desde tan lejos. ¡Sin embargo, madre mía, para darte gusto y por consideración á ti, voy á ocultar la lámpara, á fin de que su vista no te hiera los ojos y sea para ti motivo de temor en el porvenir!» Y contestó la madre de Aladino: «¡Haz lo que quieras, hijo mío! ¡Pero, por mi parte, declaro que no quiero tener que ver nada con los efrits, ni con el servidor del anillo, ni con el de la

lámpara! ¡Y deseo que no me hables más de ellos, suceda lo que suceda!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 743.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Y deseo que no me hables más de ellos, suceda lo que suceda!»

Al otro día, cuando se terminaron las excelentes provisiones, Aladino, sin querer recurrir tan pronto á la lámpara, para evitar á su madre disgustos, cogió uno de los platos de oro, se lo escondió en la ropa, y salió con intención de venderlo en el zoco é invertir el dinero de la venta en proporcionarse las provisiones necesarias en la casa. Y fué á la tienda de un judío que era más astuto que el Cheitán. Y sacó de su ropa el plato de oro y se lo entregó al judío, que lo cogió, lo examinó, lo raspó, y preguntó á Aladino con aire distraído: «¿Cuánto pides por esto?» Y Aladino, que en su vida había visto platos de oro y estaba lejos de saber el valor de semejantes mercaderías, contestó: «¡Por Alah, ¡oh mi señor! tú sabrás mejor que yo lo que puede valer ese plato; y yo me fío en tu tasación y en

tu buena fe!» Y el judío, que había visto bien que el plato era del oro más puro, se dijo: «He ahí un mozo que ignora el valor de lo que posee. ¡Vaya un excelente provecho que me proporciona hoy la bendición de Abraham!» Y abrió un cajón disimulado en el muro de la tienda, y sacó de él una sola moneda de oro, que ofreció á Aladino, y que no representaba ni la milésima parte del valor del plato, y le dijo: «¡Toma, hijo mío, por tu plato! ¡Por Moisés y Aarón, que nunca hubiera ofrecido semejante suma á otro que no fueses tú; pero lo hago sólo por tenerte por cliente en lo sucesivo!» Y Aladino cogió á toda prisa el dinar de oro, y sin pensar siquiera en regatear, echó á correr muy contento. Y al ver la alegría de Aladino y su prisa por marcharse, el judío sintió mucho no haberle ofrecido una cantidad más inferior todavía, y estuvo á punto de echar á correr detrás de él para rebajar algo de la moneda de oro; pero renunció á su proyecto al ver que no podía alcanzarle.

En cuanto á Aladino, corrió sin pérdida de tiempo á casa del panadero, le compró pan, cambió el dinar de oro y volvió á su casa para dar á su madre el pan y el dinero, diciéndole: «¡Madre mía, ve ahora á comprar con este dinero las provisiones necesarias, porque yo no entiendo de esas cosas!» Y la madre se levantó y fué al zoco á comprar todo lo que necesitaban. Y aquel día comieron y se saciaron. Y desde entonces, en cuanto les faltaba dinero, Aladino iba al zoco á vender un plato de oro

al mismo judío, que siempre le entregaba un dinar, sin atreverse á darle menos después de haberle dado esta suma la primera vez y temeroso de que fuera á proponer su mercancía á otros judíos, que se aprovecharían con ello, en lugar suyo, del inmenso beneficio que suponía el tal negocio. Así es que Aladino, que continuaba ignorando el valor de lo que poseía, le vendió de tal suerte los doce platos de oro. Y entonces pensó en llevarle el bandejón de plata maciza; pero como pesaba mucho, fué á buscar al judío, que se presentó en la casa, examinó la bandeja preciosa, y dijo á Aladino: «¡Esto vale dos monedas de oro!» Y Aladino, encantado, consintió en vendérselo, y tomó el dinero, que no quiso darle el judío mas que mediante las dos tazas de plata como propina.

De esta manera tuvieron aún para mantenerse durante unos días Aladino y su madre. Y Aladino continuó yendo á los zocos á hablar formalmente con los mercaderes y las personas distinguidas; porque desde su llegada había tenido cuidado de abstenerse del trato de sus antiguos camaradas los niños del barrio; y á la sazón procuraba instruirse escuchando las conversaciones de las personas mayores; y como estaba lleno de sagacidad, en poco tiempo adquirió toda clase de nociones preciosas que muy escasos jóvenes de su edad serían capaces de adquirir.

Entretanto, de nuevo hubo de faltar dinero en la casa; y como no podía obrar de otro modo, á pe-

sar de todo el terror que inspiraba á su madre, Aladino se vió obligado á recurrir á la lámpara mágica. Pero advertida del proyecto de Aladino, la madre se apresuró á salir de la casa, sin poder sufrir el encontrarse allí en el momento de la aparición del efrit. Y libre entonces de obrar á su antojo, Aladino cogió la lámpara con la mano y buscó el sitio que había que tocar precisamente, y que se conocía por la impresión dejada con la ceniza en la primera limpieza; y la frotó despacio y muy suavemente. Y al punto apareció el genni, que inclinóse, y con voz muy tenue, á causa precisamente de la suavidad del frotamiento, dijo á Aladino: *«¡Aquí tienes entre tus manos á tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!»* Y Aladino se apresuró á contestar: *«¡Oh servidor de la lámpara! ¡tengo mucha hambre, y deseo una bandeja de manjares en un todo semejante á la que me trajiste la primera vez!»* Y el genni desapareció, pero para reaparecer, en menos de un abrir y cerrar de ojos, cargado con la bandeja consabida, que puso en el taburete; y se retiró sin saberse por dónde.

Poco tiempo después volvió la madre de Aladino, y vió la bandeja con su aroma y su contenido tan encantador; y no se maravilló menos que la primera vez. Y se sentó al lado de su hijo, y probó los manjares, encontrándolos más exquisitos todavía que los de la primera bandeja. Y á pesar del

terror que le inspiraba el genni servidor de la lámpara, comió con mucho apetito; y ni ella ni Aladino pudieron separarse de la bandeja hasta que se hartaron completamente; pero como aquellos manjares excitaban el apetito conforme se iba comiendo, no se levantó ella hasta el anochecer, juntando así la comida de la mañana con la de mediodía y con la de la noche. Y Aladino hizo lo propio.

Cuando se terminaron las provisiones de la bandeja, como la vez primera...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGO LA 744.^a NOCHE

Ella dijo:

...Cuando se terminaron las provisiones de la bandeja, como la vez primera, Aladino no dejó de coger uno de los platos de oro é ir al zoco, según tenía por costumbre, para vendérselo al judío, lo mismo que había hecho con los otros platos. Y cuando pasaba por delante de la tienda de un venerable jeique musulmán, que era un orfebre muy estimado por su probidad y buena fe, oyó que le llamaban por su nombre y se detuvo. Y el venerable orfebre le hizo señas con la mano y le invitó á

entrar un momento en la tienda. Y le dijo: «Hijo mío, he tenido ocasión de verte pasar por el zoco bastantes veces, y he notado que llevabas siempre entre la ropa algo que querías ocultar; y entrabas en la tienda de mi vecino el judío para salir luego sin el objeto que ocultabas. ¡Pero tengo que advertirte una cosa que acaso ignores, á causa de tu tierna edad! Has de saber, en efecto, que los judíos son enemigos natos de los musulmanes, y creen que es lícito escamotearnos nuestros bienes por todos los medios posibles. ¡Y entre todos los judíos, precisamente ese es el más detestable, el más listo, el más embaucador y el más nutrido de odio contra nosotros los que creemos en Alah el Único! ¡Así, pues, si tienes que vender alguna cosa, ¡oh hijo mío! empieza por enseñármela, y por la verdad de Alah el Altísimo te juro que la tasaré en su justo precio, á fin de que al cederla sepas exactamente lo que haces! Enséñame, pues, sin temor ni desconfianza lo que ocultas en tu traje, ¡y Alah maldiga á los embaucadores y confunda al Maligno! (¡Alejado sea por siempre!)»

Al oír estas palabras del viejo orfebre, Aladino, confiado, hubo de sacar de debajo de su traje el plato de oro y mostrárselo. Y el jeique calculó al primer golpe de vista el valor del objeto y preguntó á Aladino: «¿Puedes decirme, ahora, hijo mío, cuantos platos de esta clase vendiste al judío y el precio á que se los cediste?» Y Aladino contestó: «¡Por Alah, ¡oh tío mío! que ya le he dado doce

platos como éste, á un dinar cada uno!» Y al oír estas palabras, el viejo orfebre llegó al límite de la indignación, y exclamó: «¡Ah maldito judío, hijo de perro, posteridad de Eblis!» Y al propio tiempo puso el plato en la balanza, lo pesó, y dijo: «¡Has de saber, hijo mío, que este plato es del oro más fino, y que no vale un dinar, sino doscientos dinares exactamente! ¡Es decir, que el judío te ha robado á ti solo tanto como roban en un día, con detrimento de los musulmanes, todos los judíos del zoco reunidos!» Luego añadió: «¡Ay hijo mío! ¡lo pasado pasado está, y como no hay testigos, no podemos hacer empalar á ese judío maldito! ¡De todos modos, ya sabes á qué atenerte en lo sucesivo! Y si quieres, al momento voy á contarte doscientos dinares por tu plato. ¡Prefiero, sin embargo, que antes de vendérmelo vayas á proponerlo y á que te lo tasen otros mercaderes; y si te ofrecen más, consiento en pagarte la diferencia y algo más de sobreprecio!» Pero Aladino, que no tenía ningún motivo para dudar de la reconocida probidad del viejo orfebre, se dió por muy contento con cederle el plato á tan buen precio. Y tomó los doscientos dinares. Y en lo sucesivo no dejó de dirigirse al mismo honrado orfebre musulmán para venderle los otros once platos y la bandeja.

Y he aquí que, enriquecidos de aquel modo, Aladino y su madre no abusaron de los beneficios del Retribuidor. Y continuaron llevando una vida modesta, distribuyendo á los pobres y á los menes-

terosos lo que sobraba á sus necesidades. Y entretanto, Aladino no perdonó ocasión de seguir instruyéndose y afinando su ingenio con el contacto de las gentes del zoco, de los mercaderes distinguidos y de las personas de buen tono que frecuentaban los zocos. Y así aprendió en poco tiempo las maneras del gran mundo y mantuvo relaciones sostenidas con los orfebres y joyeros, de quienes se convirtió en huésped asiduo. ¡Y habituándose entonces á ver joyas y pedrerías, se enteró de que las frutas que se había llevado de aquel jardín y que se imaginaba serian bolas de vidrio coloreado eran maravillas inestimables que no tenían igual en casa de los reyes y sultanes más poderosos y más ricos! Y como se había vuelto muy prudente y muy inteligente, tuvo la precaución de no hablar de ello á nadie, ni siquiera á su madre. Pero en vez de dejar las frutas de pedrería tiradas debajo de los cojines del diván y por todos los rincones, las recogió con mucho cuidado y las guardó en un cofre que compró á propósito. Y he aquí que pronto habría de experimentar los efectos de su prudencia de la manera más brillante y más espléndida.

En efecto, un día entre los días, charlando á la puerta de una tienda con algunos mercaderes amigos suyos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 745.^a NOCHE

Ella dijo:

...En efecto, un día entre los días, charlando á la puerta de una tienda con algunos mercaderes amigos suyos, vió cruzar los zocos á dos pregoneros del sultán, armados de largas pértigas, y les oyó gritar al unísono en alta voz: «¡Oh vosotros todos, mercaderes y habitantes! ¡De orden de nuestro amo magnánimo, el rey del tiempo y el señor de los siglos y de los momentos, sabed que tenéis que cerrar vuestras tiendas al instante y encerraros en vuestras casas, con todas las puertas cerradas por fuera y por dentro! ¡porque va á pasar, para ir á tomar su baño en el hammam, la perla única, la maravillosa, la bienhechora, nuestra joven ama Badrú'l-Budur, luna llena de las lunas llenas, hija de nuestro glorioso sultán! ¡Séale el baño delicioso! ¡En cuanto á los que se atrevan á infringir la orden y mirar por puertas ó ventanas, serán castigados con el alfanje, el palo ó el patíbulo! ¡Sirva, pues, de aviso á quienes quieran conservar su sangre en su cuello!»

Al oír este pregón público, Aladino se sintió poseído de un deseo irresistible por ver pasar á la hija del sultán, á aquella maravillosa Badrú'l-Bu-

dur, de quien se hacían lenguas en toda la ciudad y cuya belleza de luna y perfecciones eran muy elogiadas. Así es que en vez de hacer como todo el mundo y correr á encerrarse en su casa, se le ocurrió ir á toda prisa al hammam y esconderse detrás de la puerta principal, para poder, sin ser visto, mirar á través de las junturas y admirar á su gusto á la hija del sultán cuando entrase en el hamman.

Y he aquí que á los pocos instantes de situarse en aquel lugar vió llegar el cortejo de la princesa, precedido por la muchedumbre de eunucos. Y la vió á ella misma en medio de sus mujeres, cual la luna en medio de las estrellas, cubierta con sus velos de seda. Pero en cuanto llegó al umbral del hammam se apresuró á destaparse el rostro; y apareció con todo el resplandor solar de una belleza que superaba á cuanto pudiera decirse. Porque era una joven de quince años, más bien menos que más, derecha como la letra alef, con una cintura que desafiaba á la rama tierna del árbol ban, con una frente deslumbradora, como el cuarto creciente de la luna en el mes del Ramadán, con cejas rectas y perfectamente trazadas, con ojos negros, grandes y lánguidos, cual los ojos de la gacela sedienta, con párpados modestamente bajos y semejantes á pétalos de rosa, con una nariz impecable como labor selecta, una boca minúscula con dos labios encarnados, una tez de blancura lavada en el agua de la fuente Salsabil, un mentón sonriente, dientes

como granizos, de igual tamaño, un cuello de tórtola, y lo demás que no se veía, por el estilo. Y de ella es de quien ha dicho el poeta:

¡Sus ojos magos, avivados con kohl negro, traspasan los corazones con sus flechas aceradas!

¡A las rosas de sus mejillas roban los colores las rosas de los ramos!

¡Y su cabellera es una noche tenebrosa iluminada por la irradiación de su frente!

Cuando la princesa llegó á la puerta del hammam, como no temía las miradas indiscretas, se levantó el velillo del rostro, y apareció así en toda su belleza. Y Aladino la vió, y en el momento sintió bullirle la sangre en la cabeza tres veces más de prisa que antes. Y sólo entonces se dió cuenta, él que jamás tuvo ocasión de ver al descubierto rostros de mujer, de que podía haber mujeres hermosas y mujeres feas y de que no todas eran viejas y semejantes á su madre. Y aquel descubrimiento, unido á la belleza incomparable de la princesa, le dejó estupefacto y le inmovilizó en un éxtasis detrás de la puerta. Y ya hacía mucho tiempo que había entrado la princesa en el hammam, mientras él permanecía aún allí, asombrado y todo tembloroso de emoción. Y cuando pudo recobrar un poco el sentido, se decidió á escabullirse de su escondite y regresar á su casa, ¡pero en qué estado de mudanza y turbación! Y pensaba: «¡Por Alah!

¿quién hubiera podido imaginar jamás que sobre la tierra hubiese una criatura tan hermosa? ¡Bendito sea El que la ha formado y la ha dotado de perfección!» Y asaltado por un cúmulo de pensamientos, entró en casa de su madre, y con la espalda quebrantada de emoción y el corazón arrebatado de amor por completo, se dejó caer en el diván, y estuvo sin moverse.

Y he aquí que su madre no tardó en verle en aquel estado tan extraordinario, y se acercó á él y le preguntó con ansiedad qué le pasaba. Pero él se negó á dar la menor respuesta. Entonces le llevó ella la bandeja de los manjares para que almorzase; pero él no quiso comer. Y le preguntó ella: «¿Qué tienes, ¡oh hijo mío!? ¿Te duele algo? ¡Dime qué te ha ocurrido!» Y acabó él por contestar: «¡Déjamel!» Y ella insistió para que comiese, y hubo de instarle de tal manera, que consintió él en tocar á los manjares, pero comió infinitamente menos que de ordinario; y tenía los ojos bajos, y guardaba silencio, sin querer contestar á las preguntas inquietas de su madre. Y estuvo en aquel estado de somnolencia, de palidez y de abatimiento hasta el día siguiente.

Entonces, la madre de Aladino, en el límite de la ansiedad, se acercó á él, con lágrimas en los ojos, y le dijo: «¡Oh hijo mío! ¡por Alah sobre ti, dime lo que te pasa y no me tortures más el corazón con tu silencio! ¡Si tienes alguna enfermedad, no me la ocultes, y en seguida iré á buscar al mé-

dico! Precisamente está hoy de paso en nuestra ciudad un médico famoso del país de los árabes, á quien ha hecho venir exprofeso nuestro sultán para consultarle. ¡Y no se habla de otra cosa que de su ciencia y de sus remedios maravillosos! ¿Quieres que vaya á buscarle?»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 746.ª NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Y no se habla de otra cosa que de su ciencia y de sus remedios maravillosos! ¿Quieres que vaya á buscarle?» Entonces Aladino levantó la cabeza, y con un tono de voz muy triste, contestó: «¡Sabe ¡oh madre! que estoy bueno y no sufro de enfermedad! ¡Y si me ves en este estado de mudanza, es porque hasta el presente me imaginé que todas las mujeres se te parecían! ¡Y sólo ayer hube de darme cuenta de que no había tal cosa!» Y la madre de Aladino alzó los brazos y exclamó: «¡Alejado sea el Maligno! ¿qué estás diciendo, Aladino?» El joven contestó: «¡Estate tranquila, que sé bien lo que me digo! ¡Porque ayer ví entrar en el hammam á la princesa Badrú'l-Budur, hija del sultán,

y su sola vista me reveló la existencia de la belleza! ¡Y ya no estoy para nada! ¡Y por eso no tendré reposo ni podré volver en mí mientras no la obtenga de su padre el sultán en matrimonio!»

Al oír estas palabras, la madre de Aladino pensó que su hijo había perdido el juicio, y le dijo: «¡El nombre de Alah sobre ti, hijo mío! ¡vuelve á la razón, ¡ah, pobre Aladino! piensa en tu condición y desecha esas locuras!» Aladino contestó: «¡Oh madre mía, no tengo para qué volver á la razón, pues no me cuento en el número de los locos! ¡Y tus palabras no me harán renunciar á mi idea de matrimonio con El Sett Badrú'l-Budur, la hermosa hija del sultán! ¡Y tengo más intención que nunca de pedírsela á su padre en matrimonio!» Ella dijo: «¡Oh hijo mío! ¡por mi vida sobre ti, no pronuncies tales palabras y ten cuidado de que no te oigan en la vecindad y transmitan tus intenciones al sultán, que te haría ahorcar sin remisión! Y además, si de veras tomaste una resolución tan loca, ¿crees que vas á encontrar quien se encargue de hacer esa petición?» El joven contestó: «¿Y á quién voy á encargar de una misión tan delicada estando tú aquí, ¡oh madre!? ¿y en quién voy á tener más confianza que en ti? ¡Sí, ciertamente, tú serás quien vaya á hacer al sultán esa petición de matrimonio!» Ella exclamó: «¡Alah me preserve de llevar á cabo semejante empresa, ¡oh hijo mío! ¡Yo no estoy, como tú, en el límite de la locura! ¡Ah! ¡bien veo al presente que te olvidas de que

eres hijo de uno de los sastres más pobres y más ignorados de la ciudad, y de que tampoco yo, tu madre, soy de familia más noble ó más esclarecida! ¿Cómo, pues, te atreves á pensar en una princesa que su padre no concederá ni aun á los hijos de poderosos reyes y sultanes?» Y Aladino permaneció silencioso un momento; luego contestó: «Sabe ¡oh madre! que ya he pensado y reflexionado largamente en todo lo que acabas de decirme; pero eso no me impide tomar la resolución que te he explicado, sino al contrario. ¡Te suplico, pues, que si verdaderamente soy tu hijo y me quieres, me prestes el servicio que te pido! ¡Si no, mi muerte será preferible á mi vida; y sin duda alguna me perderás muy pronto! ¡Por última vez, ¡oh madre mía! no olvides que siempre seré tu hijo Aladino!»

Al oír estas palabras de su hijo, la madre de Aladino rompió en sollozos, y dijo, lacrimosa: «¡Oh hijo mío! ¡ciertamente, soy tu madre, y tú eres mi único hijo, el núcleo de mi corazón! ¡Y mi mayor anhelo siempre fué verte casado un día y regocijarme con tu dicha antes de morirme! ¡Así, pues, si quieres casarte, me apresuraré á buscarte mujer entre las gentes de nuestra condición! ¡Y aun así, no sabré qué contestarles cuando me pidan informes acerca de ti, del oficio que ejerces, de la ganancia que sacas y de los bienes y tierras que posees! ¡Y me azora mucho eso! Pero ¿qué no será tratándose no ya de ir á gentes de condición humilde, sino á pedir para ti al sultán de la China su

hija única El Sett Badrú'l-Budur? ¡Vamos, hijo mío, reflexiona un instante con moderación! ¡Bien sé que nuestro sultán está lleno de benevolencia y que jamás despide á ningún súbdito suyo sin hacerle la justicia que necesita! ¡También sé que es generoso con exceso y que nunca rehusa nada á quien ha merecido sus favores con alguna acción brillante, algún hecho de bravura ó algún servicio grande ó pequeño! Pero ¿puedes decirme en qué has sobresalido tú hasta el presente, y qué títulos tienes para merecer ese favor incomparable que solicitas? Y además, ¿dónde están los regalos que, como solicitante de gracias, tienes que ofrecer al rey en calidad de homenaje de súbdito leal á su soberano?» El joven contestó: «¡Pues bien; si no se trata mas que de hacer un buen regalo para obtener lo que anhela tanto mi alma, precisamente creo que ningún hombre sobre la tierra puede competir conmigo en ese terreno! Porque has de saber ¡oh madre! que esas frutas de todos colores que me traje del jardín subterráneo y que creía eran sencillamente bolas de vidrio sin valor alguno, y buenas, á lo más, para que jugasen los niños pequeños, son perlerías inestimables como no las posee ningún sultán en la tierra. ¡Y vas á juzgar por tí misma, á pesar de tu poca experiencia en estas cosas! No tienes mas que traerme de la cocina una fuente de porcelana en que quepan, ¡y ya verás qué efecto tan maravilloso producen!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 747.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...No tienes mas que traerme de la cocina una fuente de porcelana en que quepan, ¡y ya verás qué efecto tan maravilloso producen!»

Y aunque muy sorprendida de cuanto oía, la madre de Aladino fué á la cocina á buscar una fuente grande de porcelana blanca, muy limpia, y se la entregó á su hijo. Y Aladino, que ya había sacado las frutas consabidas, se dedicó á colocarlas con mucho arte en la porcelana, combinando sus distintos colores, sus formas y sus variedades. Y cuando hubo acabado se las puso delante de los ojos á su madre, que quedó absolutamente deslumbrada, tanto á causa de su brillo como de su hermosura. Y á pesar de que no estaba muy acostumbrada á ver pedrerías, no pudo por menos de exclamar: «¡Ya Alah! ¡qué admirable es esto!» Y hasta se vió precisada, al cabo de un momento, á cerrar los ojos. Y acabó por decir: «¡Bien veo al presente que agradará al sultán el regalo, sin duda! ¡Pero la dificultad no es esa, sino que está en el paso que voy á dar; porque me parece que no po-

dré resistir la majestad de la presencia del sultán, y que me quedaré inmóvil, con la lengua trabada, y hasta quizá me desvanezca de emoción y de confusión! Pero aun suponiendo que pueda violentarme á mí misma por satisfacer tu alma llena de ese deseo, y logre exponer al sultán tu petición concerniente á su hija Badrú'l-Budur, ¿qué va á ocurrir? Si, ¿qué va á ocurrir? ¡Pues bien, hijo mío; creerán que estoy loca, y me echarán del palacio, ó irritado por semejante pretensión, el sultán nos castigará á ambos de manera terrible! Si á pesar de todo crees lo contrario, y suponiendo que el sultán preste oídos á tu demanda, me interrogará luego acerca de tu estado y condición. Y me dirá: «Sí; este regalo es muy hermoso, ¡oh mujer! Pero ¿quién eres? ¿Y quién es tu hijo Aladino? ¿Y qué hace? ¿Y quién es su padre? ¿Y con qué cuenta?» ¡Y entonces me veré precisada á decir que no ejerces ningún oficio y que tu padre no era mas que un pobre sastre entre los sastres del zocol.» Pero Aladino contestó: «¡Oh madre, está tranquila! ¡Es imposible que el sultán te haga semejantes preguntas cuando vea las maravillosas pedrerías colocadas á manera de frutas en la porcelana! ¡No tengas, pues, miedo, y no te preocupes por lo que no va á pasar! ¡Levántate, por el contrario, y ve á ofrecerle el plato con su contenido, y pídele para mí en matrimonio á su hija Badrú'l-Budur! ¡Y no apesadumbres tu pensamiento con un asunto tan fácil y tan sencillo! ¡Tampoco olvides,

además, si todavía abrigas dudas con respecto al éxito, que poseo una lámpara que suplirá para mí á todos los oficios y á todas las ganancias!»

Y continuó hablando á su madre con tanto calor y seguridad, que acabó por convencerla completamente. Y le apremió para que se pusiera sus mejores trajes; y le entregó la fuente de porcelana, que se apresuró ella á envolver en un pañuelo atado por las cuatro puntas, para llevarla así en la mano. Y salió de la casa y se encaminó al palacio del sultán. Y penetró en la sala de audiencia con la muchedumbre de solicitantes. Y se puso en primera fila, pero en una actitud muy humilde, en medio de los presentes, que permanecían con los brazos cruzados y los ojos bajos, en señal del más profundo respeto. Y se abrió la sesión del diván cuando el sultán hizo su entrada, seguido de sus visires, de sus emires y de sus guardias. Y el jefe de los escribas del sultán empezó á llamar á los solicitantes, unos tras otros, según la importancia de las súplicas. Y se despacharon los asuntos acto seguido. Y los solicitantes se marcharon, contentos unos por haber conseguido lo que deseaban, otros muy alargados de nariz, y otros sin haber sido llamados por falta de tiempo. Y la madre de Aladino fué de estos últimos.

Así es que cuando vió que se había levantado la sesión y que el sultán se había retirado, seguido de sus visires, comprendió que no le quedaba que hacer mas que marcharse también ella. Y salió de

palacio y volvió á su casa. Y Aladino, que en su impaciencia la esperaba á la puerta, la vió volver con la porcelana en la mano todavía; y se extrañó y se quedó muy perplejo, y temiendo que hubiese sobrevenido alguna desgracia ó alguna siniestra circunstancia, no quiso hacerle preguntas en la calle y se apresuró á arrastrarla á la casa, en donde, con la cara muy amarilla, la interrogó con la actitud y con los ojos, pues de emoción no podía abrir la boca. Y la pobre mujer le contó lo que había ocurrido, añadiendo: «Tienes que dispensar á tu madre por esta vez, hijo mío, pues no estoy acostumbrada á frecuentar palacios; y la vista del sultán me ha turbado de tal modo, que no pude adelantarme á hacer mi petición. ¡Pero mañana, si Alah quiere, volveré á palacio y tendré más valor que hoy!» Y á pesar de toda su impaciencia, Aladino se dió por muy contento al saber que no obedecía á un motivo más grave el regreso de su madre con la porcelana entre las manos. Y hasta le satisfizo mucho que se hubiese dado el paso más difícil sin contratiempos ni malas consecuencias para su madre y para él. Y se consoló al pensar que pronto iba á repararse el retraso.

En efecto, al siguiente día la madre de Aladino fué á palacio teniendo cogido por las cuatro puntas el pañuelo que envolvía el obsequio de pedrerías...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 748.^a NOCHE**

Ella dijo:

...En efecto, al siguiente día la madre de Aladino fué á palacio teniendo cogido por las cuatro puntas el pañuelo que envolvía el obsequio de pedrerías. Y estaba muy resuelta á sobreponerse á su timidez y formular su petición. Y entró en el diván, y se colocó en primera fila ante el sultán. Pero, como la vez primera, no pudo dar un paso ni hacer un gesto que atrajese sobre ella la atención del jefe de los escribas. Y se levantó la sesión sin resultado; y se volvió ella á casa, con la cabeza baja, para anunciar á Aladino el fracaso de su tentativa, pero prometiéndole el éxito para la próxima vez. Y Aladino se vió precisado á hacer nueva provisión de paciencia, amonestando á su madre por su falta de valor y de firmeza. Pero no sirvió de gran cosa, pues la pobre mujer fué á palacio con la porcelana seis días consecutivos, y se colocó siempre frente al sultán, aunque sin tener más valor ni lograr más éxito que la primera vez. Y sin duda habría vuelto cien veces más tan inútilmente, y Aladino habría muerto de desesperación

y de impaciencia reconcentrada, si el propio sultán, que acabó por fijarse en ella, ya que estaba en primera fila á cada sesión del diván, no hubiese tenido la curiosidad de informarse acerca de ella y del motivo de su presencia. En efecto, al séptimo día, terminado el diván, el sultán se encaró con su gran visir y le dijo: «Mira esa vieja que lleva en la mano un pañuelo con algo. Desde hace algunos días viene al diván con regularidad y permanece inmóvil, sin pedir nada. ¿Puedes decirme á qué viene y qué desea?» Y el gran visir, que no conocía á la madre de Aladino, no quiso dejar al sultán sin respuesta, y le dijo: «¡Oh mi señor, es una vieja entre las numerosas viejas que no vienen al diván mas que para pequeñeces! ¡Y tendrá que quejarse sin duda de que le han vendido cebada podrida, por ejemplo, ó de que la ha injuriado su vecina, ó de que la ha pegado su marido!» Pero el sultán no quedó satisfecho con esta explicación, y dijo al visir: «Sin embargo, deseo interrogar á esa pobre mujer. ¡Hazla avanzar antes de que se retire con los demás!» Y el visir contestó con el oído y la obediencia, llevándose la mano á la frente. Y dió unos pasos hacia la madre de Aladino, y le hizo seña con la mano para que se acercara. Y la pobre mujer se adelantó al pie del trono, toda temblorosa, y besó la tierra entre las manos del sultán, como había visto hacer á los demás concurrentes. Y siguió en aquella postura hasta que el gran visir le tocó en el hombro y la ayudó á levantarse. Y se

mantuvo entonces de pie, llena de emoción; y el sultán le dijo: «¡Oh mujer! hace ya varios días que te veo venir al diván y permanecer inmóvil, sin pedir nada. Dime, pues, qué te trae por aquí y qué deseas, á fin de que te haga justicia.» Y un poco alentada por la voz benévola del sultán, contestó la madre de Aladino: «¡Alah haga descender sus bendiciones sobre la cabeza de nuestro amo el sultán! En cuanto á tu servidora, ¡oh rey del tiempo! antes de exponer su demanda te suplica que te dignes concederle la promesa de seguridad, pues, de no ser así, tendré miedo á ofender los oídos del sultán, ya que mi petición puede parecer extraña ó singular.» Y he aquí que el sultán, que era hombre bueno y magnánimo, se apresuró á prometerle la seguridad, é incluso dió orden de hacer desalojar completamente la sala, á fin de permitir á la mujer que hablase con toda libertad. Y no retuvo á su lado mas que á su gran visir. Y se encaró con ella y le dijo: «Puedes hablar; la seguridad de Alah está contigo, ¡oh mujer!» Pero la madre de Aladino, que había recobrado por completo el valor en vista de la acogida favorable del sultán, contestó: «¡También pido perdón de antemano al sultán por lo que en mi súplica pueda encontrar de inconveniente y por la audacia extraordinaria de mis palabras!» Y dijo el sultán, cada vez más intrigado: «Habla ya sin restricción, ¡oh mujer! ¡Contigo están el perdón y la gracia de Alah para todo lo que puedas decir y pedir!»

Entonces, después de prosternarse por segunda vez ante el trono y de haber llamado sobre el sultán todas las bendiciones y los favores del Altísimo, la madre de Aladino se puso á contar cuanto le había sucedido á su hijo desde el día en que oyó á los pregoneros públicos proclamar la orden de que los habitantes se ocultaran en sus casas para dejar paso al cortejo de Sett Badrú'l-Budur. Y no dejó de decirle el estado en que se hallaba Aladino, que hubo de amenazar con matarse si no obtenía á la princesa en matrimonio. Y narró la historia con todos sus detalles, desde el comienzo hasta el fin. Pero no hay utilidad en repetirla. Luego, cuando acabó de hablar, bajó la cabeza, presa de gran confusión, añadiendo: «¡Y ya ¡oh rey del tiempo! no me queda mas que suplicar á tu Alteza que no seas riguroso con la locura de mi hijo y me excuses si la ternura de madre me ha impulsado á venir á transmitirti una petición tan singular!»

Cuando el sultán, que había escuchado estas palabras con mucha atención, pues era justo y benévolo, vió que había callado la madre de Aladino, lejos de mostrarse indignado de su demanda, se echó á reir con bondad, y le dijo: «¡Oh pobret! ¿y qué traes en ese pañuelo que sostienes por las cuatro puntas?»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 749.^a NOCHE**

Ella dijo:

...se echó á reir con bondad, y le dijo: «¡Oh pobre! ¿y qué traes en ese pañuelo que sostienes por las cuatro puntas?»

Entonces la madre de Aladino desató el pañuelo en silencio, y sin añadir una palabra presentó al sultán la fuente de porcelana en que estaban dispuestas las frutas de pedrería. Y al punto se iluminó todo el diván con su resplandor, mucho más que si estuviese alumbrado con candelabros y antorchas. Y el sultán quedó deslumbrado de su claridad y le pasmó su hermosura. Luego cogió la porcelana de manos de la buena mujer y examinó las maravillosas pedrerías, una tras otra, tomándolas entre sus dedos. Y estuvo mucho tiempo mirándolas y tocándolas, en el límite de la admiración. Y acabó por exclamar, encarándose con su gran visir: «¡Por vida de mi cabeza, ¡oh visir mío! qué hermoso es todo esto y qué maravillosas son estas frutas! ¿Las viste nunca parecidas ú oíste hablar siquiera de la existencia de cosas tan admirables sobre la faz de la tierra? ¿Qué te parece? ¡di!» Y el visir contestó: «¡En verdad ¡oh rey del tiempo! que nunca he visto ni nunca he oído hablar

de cosas tan maravillosas! ¡Ciertamente, estas pedrerías son únicas en su especie! ¡Y las joyas más preciosas del armario de nuestro rey no valen, reunidas, tanto como la más pequeña de estas frutas, á mi entender!» Y dijo el rey: «¿No es verdad ¡oh visir mío! que el joven Aladino, que por mediación de su madre me envía un presente tan hermoso, merece, sin duda alguna, mejor que cualquier hijo de rey, que se acoja bien su petición de matrimonio con mi hija Badrú'l-Budur?»

A esta pregunta del rey, la cual estaba lejos de esperarse, al visir se le mudó el color y se le trabó mucho la lengua y se apenó mucho. Porque, desde hacía largo tiempo, le había prometido el sultán que no daría en matrimonio á la princesa á otro que no fuese un hijo que tenía el visir y que ardía de amor por ella desde la niñez. Así es que, tras largo rato de perplejidad, de emoción y de silencio, acabó por contestar con voz muy triste: «Sí, ¡oh rey del tiempo! ¡Pero tu Serenidad olvida que ha prometido la princesa al hijo de tu esclavo! ¡Sólo te pido, pues, como gracia, ya que tanto te satisface este regalo de un desconocido, que me concedas un plazo de tres meses, al cabo del cual me comprometo á traer yo mismo un presente más hermoso todavía que éste para ofrecérselo de dote á nuestro rey, en nombre de mi hijo!»

Y el rey, que á causa de sus conocimientos en materia de joyas y pedrerías sabía bien que ningún hombre, aunque fuese hijo de rey ó de sultán,

sería capaz de encontrar un regalo que compitiese de cerca ni de lejos con aquellas maravillas, únicas en su especie, no quiso desairar á su viejo visir rehusándole la gracia que solicitaba, por muy inútil que fuese; y con benevolencia le contestó: «¡Claro está ¡oh visir mío! que te concedo el plazo que pides! ¡Pero has de saber que, si al cabo de esos tres meses no has encontrado para tu hijo una dote que ofrecer á mi hija que supere ó iguale solamente á la dote que me ofrece esta buena mujer en nombre de su hijo Aladino, no podré hacer más por tu hijo, á pesar de tus buenos y leales servicios!» Luego se encaró con la madre de Aladino y le dijo con mucha afabilidad: «¡Oh madre de Aladino! ¡puedes volver con toda alegría y seguridad al lado de tu hijo y decirle que su petición ha sido bien acogida y que mi hija está comprometida con él para en adelante! ¡Pero dile que no podrá celebrarse el matrimonio hasta pasados tres meses, para dar tiempo á preparar el equipo de mi hija y hacer el ajuar que corresponde á una princesa de su calidad!»

Y la madre de Aladino, en extremo emocionada, alzó los brazos al cielo é hizo votos por la prosperidad y la dilatación de la vida del sultán y se despidió para volar llena de alegría á su casa en cuanto salió de palacio. Y no bien entró en ella, Aladino vió su rostro iluminado por la dicha y corrió hacia ella y le preguntó, muy turbado: «Y bien ¡oh madre! ¿debo vivir ó debo morir?» Y la pobre mujer,

extenuada de fatiga, comenzó por sentarse en el diván y quitarse el velo del rostro, y dijo: «Te traigo buenas noticias, ¡oh Aladino! ¡La hija del sultán está comprometida contigo para en adelante! ¡Y tu regalo, como ves, ha sido acogido con alegría y contento! ¡Pero hasta dentro de tres meses no podrá celebrarse tu matrimonio con Badrú'l-Budur! ¡Y esta tardanza se debe al gran visir, barba calamitosa, que ha hablado en secreto con el rey y le ha convencido para retardar la ceremonia, no sé por qué razón! Pero ¡inschallah! todo saldrá bien. Y será satisfecho tu deseo por encima de todas las previsiones, ¡oh hijo mío!» Luego añadió: «¡En cuanto á ese gran visir, ¡oh hijo mío! que Alah le maldiga y le reduzca al estado peor! ¡Porque estoy muy preocupada por lo que le haya podido decir al oído al rey! ¡A no ser por él, el matrimonio hubiera tenido lugar, al parecer, hoy ó mañana, pues le han entusiasmado al rey las frutas de pedrería del plato de porcelana!»

Luego, sin interrumpirse para respirar, contó á su hijo todo lo que había ocurrido desde que entró en el diván hasta que salió, y terminó diciendo: «Alah conserve la vida de nuestro glorioso sultán, y te guarde para la dicha que te espera, ¡oh hijo mío Aladino!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 750.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«Alah conserve la vida de nuestro glorioso sultán, y te guarde para la dicha que te espera, ¡oh hijo mío Aladino!»

Y al oír lo que acababa de anunciarle su madre, Aladino osciló de tranquilidad y contento, y exclamó: «¡Glorificado sea Alah, ¡oh madre! que hace descender sus gracias á nuestra casa y te da por hija á una princesa que tiene sangre de los más grandes reyes!» Y besó la mano á su madre y la dió muchas gracias por todas las penas que hubo de tomarse para la consecución de aquel asunto tan delicado. ¡Y su madre le besó con ternura y le deseó toda clase de prosperidades, y lloró al pensar que su esposo el sastre, padre de Aladino, no estaba allí para ver la fortuna y los efectos maravillosos del destino de su hijo, el holgazán de otro tiempo!

Y desde aquel día pusiéronse á contar con impaciencia extremada las horas que les separaban de la dicha que se prometían hasta la expiración del plazo de tres meses. Y no cesaban de hablar de sus proyectos y de los festejos y limosnas que pensaban dar á los pobres, sin olvidar que días antes

estaban ellos mismos en la miseria y que la cosa más meritoria á los ojos del Retribuidor era, sin duda alguna, la generosidad.

Y he aquí que de tal suerte transcurrieron dos meses. Y la madre de Aladino, que salía á diario para hacer las compras necesarias con anterioridad á las bodas, había ido al zoco una mañana y comenzaba á entrar en las tiendas, haciendo mil pedidos grandes y pequeños, cuando advirtió una cosa que no había notado al llegar. Vió, en efecto, que todas las tiendas estaban decoradas y adornadas con follaje, linternas y banderolas multicolores que iban de un extremo á otro de la calle, y que todos los tenderos, compradores y gentes del zoco, lo mismo ricos que pobres, hacían grandes demostraciones de alegría, y que todas las calles estaban atestadas de funcionarios de palacio ricamente vestidos con sus brocados de ceremonia y montados en caballos enjaezados maravillosamente, y que todo el mundo iba y venía con una animación inesperada. Así es que se apresuró á preguntar á un mercader de aceite, en cuya casa se aprovisionaba, qué fiesta, ignorada por ella, celebraba toda aquella alegre muchedumbre y qué significaban todas aquellas demostraciones. Y el mercader de aceite, en extremo asombrado de semejante pregunta, la miró de reojo, y contestó: «¡Por Alah, que se diría que te estás burlando! ¿Acaso eres una extranjera para ignorar así la boda del hijo del gran visir con la princesa Badrú'l-Budur, hija del sul-

tán? ¡Y precisamente esta es la hora en que ella va á salir del hammam! ¡Y todos esos jinetes ricamente vestidos con trajes de oro son los guardias que la darán escolta hasta el palacio!»

Cuando la madre de Aladino hubo oído estas palabras del mercader de aceite, no quiso saber más, y enloquecida y desolada echó á correr por los zocos, olvidándose de sus compras á los mercaderes, y llegó á su casa, adonde entró y se desplomó sin aliento en el diván, permaneciendo allí un instante sin poder pronunciar una palabra. Y cuando pudo hablar, dijo á Aladino, que había acudido: «¡Ah, hijo mío, el Destino ha vuelto contra ti la página fatal de su libro, y he aquí que todo está perdido, y que la dicha hacia la cual te encaminabas se desvaneció antes de realizarse!» Y Aladino, muy alarmado del estado en que veía á su madre y de las palabras que oía, le preguntó: «¿Pero qué ha sucedido de fatal, ¡oh madre!? ¡Dímelo pronto!» Ella dijo: «¡Ay, hijo mío, el sultán se olvidó de la promesa que nos hizo! ¡Y hoy precisamente casa á su hija Badrú'l-Budur con el hijo del gran visir, de ese rostro de brea, de ese calamitoso á quien yo temía tanto! ¡Y toda la ciudad está adornada, como en las fiestas mayores, para la boda de esta noche!» Y al escuchar esta noticia, Aladino sintió que la fiebre le invadía el cerebro y hacía bullir su sangre á borbotones precipitados. Y se quedó un momento pasmado y confuso, como si fuera á caerse. Pero no tardó en dominarse,

acordándose de la lámpara maravillosa que poseía, y que le iba á ser más útil que nunca. Y se encaró con su madre y le dijo con acento muy tranquilo: «¡Por tu vida, ¡oh madre! se me antoja que el hijo del visir no disfrutará esta noche de todas las delicias que se promete gozar en lugar mío! No temas, pues, por eso, y sin más dilación, levántate y prepáranos la comida. Y ya veremos después lo que tenemos que hacer, con asistencia del Altísimo!»

Se levantó, pues, la madre de Aladino y preparó la comida, comiendo Aladino con mucho apetito para retirarse á su habitación inmediatamente, diciendo: «¡Deseo estar solo y que no se me importune!» Y cerró tras de sí la puerta con llave, y sacó la lámpara mágica del lugar en que la tenía escondida. Y la cogió y la frotó en el sitio que conocía ya. Y en el mismo momento se le apareció el efrít esclavo de la lámpara y dijo: «*¡Aquí tienes entre tus manos á tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!*» Y Aladino le dijo: «¡Escúchame bien, ¡oh servidor de la lámpara! pues ahora ya no se trata de traerme de comer y de beber, sino de servirme en un asunto de mucha más importancia! Has de saber, en efecto, que el sultán me ha prometido en matrimonio su maravillosa hija Badrú'l-Budur, tras de haber recibido de mí un presente de frutas de pedrería. Y me ha pedido un plazo de tres meses para la celebración de las bodas. ¡Y ahora se olvidó de su pro-

mesa, y sin pensar en devolverme mi regalo, casa á su hija con el hijo del gran visir! ¡Y como no quiero que sucedan así las cosas, acudo á ti para que me auxilies en la realización de mi proyecto!» Y contestó el efrit: «Habla, ¡oh mi amo Aladino! ¡Y no tienes necesidad de darme tantas explicaciones! ¡Ordena y obedeceré!» Y contestó Aladino: «¡Pues esta noche, en cuanto los recién casados se acuesten en su lecho nupcial, y antes de que ni siquiera tengan tiempo de tocarse, los cogerás con lecho y todo y los transportarás aquí mismo, en donde ya veré lo que tengo que hacer!» Y el efrit de la lámpara se llevó la mano á la frente y contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y desapareció...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 751.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y el efrit de la lámpara se llevó la mano á la frente y contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y desapareció. Y Aladino fué en busca de su madre y se sentó junto á ella y se puso á hablar con tranquilidad de unas cosas y de otras, sin preocuparse del matrimonio de la princesa, como si no hubiese

ocurrido nada de aquello. Y cuando llegó la noche dejó que se acostara su madre, y volvió á su habitación, en donde se encerró de nuevo con llave, y esperó el regreso del efrít. ¡Y he aquí lo referente á él!

¡He aquí ahora lo que atañe á las bodas del hijo del gran visir! Cuando tuvieron fin la fiesta y los festines y las ceremonias y las recepciones y los regocijos, el recién casado, precedido por el jefe de los eunucos, penetró en la cámara nupcial. Y el jefe de los eunucos se apresuró á retirarse y á cerrar la puerta detrás de sí. Y el recién casado, después de desnudarse, levantó las cortinas y se acostó en el lecho para esperar allí la llegada de la princesa. No tardó en hacer su entrada ella, acompañada de su madre y las mujeres de su séquito, que la desnudaron, la pusieron una sencilla camisa de seda y destrenzaron su cabellera. Luego la metieron en el lecho á la fuerza, mientras ella fingía hacer mucha resistencia y daba vueltas en todos sentidos para escapar de sus manos, como suelen hacer en semejantes circunstancias las recién casadas. Y cuando la metieron en el lecho, sin mirar al hijo del visir, que estaba ya acostado, se retiraron todas juntas, haciendo votos por la consumación del acto. Y la madre, que salió la última, cerró la puerta de la habitación, lanzando un gran suspiro, como es costumbre.

No bien estuvieron solos los recién casados, y antes de que tuviesen tiempo de hacerse la menor

caricia, sintiéronse de pronto elevados con su lecho, sin poder darse cuenta de lo que les sucedía. Y en un abrir y cerrar de ojos se vieron transportados fuera del palacio y depositados en un lugar que no conocían, y que no era otro que la habitación de Aladino. Y dejándoles llenos de espanto, el efrit fué á prosternarse ante Aladino y le dijo: «Ya se ha ejecutado tu orden, ¡oh mi señor! ¡Y heme aquí dispuesto á obedecerte en todo lo que tengas que mandarme!» Y le contestó Aladino: «¡Tengo que mandarte que cojas á ese joven y le encierres durante toda la noche en el retrete! ¡Y ven aquí á tomar órdenes mañana por la mañana!» Y el genní de la lámpara contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró á obedecer. Cogió, pues, brutalmente al hijo del visir y fué á encerrarle en el retrete, metiéndole la cabeza en el agujero. Y sopló sobre él una bocanada fría y pestilente, que le dejó inmóvil como un madero en la postura en que estaba. ¡Y he aquí lo referente á él!

En cuanto á Aladino, cuando estuvo solo con la princesa Badrú'l-Budur, á pesar del gran amor que por ella sentía, no pensó ni por un instante en abusar de la situación. Y empezó per inclinarse ante ella, llevándose la mano al corazón, y le dijo con voz apasionada: «¡Oh princesa, sabe que aquí estás más segura que en el palacio de tu padre el sultán! ¡Si te hallas en este lugar que desconoces, sólo es para que no sufras las caricias de ese joven cretino, hijo del visir de tu padre! ¡Y aunque es á

mi á quien te prometieron en matrimonio, me guardaré bien de tocarte antes de tiempo y antes de que seas mi esposa legítima por el Libro y la Sunnah!»

Al oír estas palabras de Aladino, la princesa no pudo comprender nada, primeramente porque estaba muy emocionada, y además, porque ignoraba la antigua promesa de su padre y todos los pormenores del asunto. Y sin saber qué decir, se limitó á llorar mucho. Y Aladino, para demostrarle bien que no abrigaba ninguna mala intención con respecto á ella y para tranquilizarla, se tendió vestido en el lecho, en el mismo sitio que ocupaba el hijo del visir, y tuvo la precaución de poner un sable desenvainado entre ella y él, para dar á entender que antes se daría la muerte que tocarla, aunque fuese con las puntas de los dedos. Y hasta volvió la espalda á la princesa para no importunarla en manera alguna. Y se durmió con toda tranquilidad, sin volver á ocuparse de la tan deseada presencia de Badrú'l-Budur, como si estuviese solo en su lecho de soltero.

En cuanto á la princesa, la emoción que le producía aquella aventura tan extraña, y la situación anómala en que se encontraba, y los pensamientos tumultuosos que la agitaban, mezcla de miedo y asombro, la impidieron pegar los ojos en toda la noche. Pero sin duda tenía menos motivo de queja que el hijo del visir, que estaba en el retrete con la cabeza metida en el agujero y no podía hacer

ni un movimiento á causa de la pestilente bocanada que le había echado el efrít para inmovilizarle. De todos modos, la suerte de ambos esposos fué bastante aflictiva y calamitosa para una primera noche de bodas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





INDICE

	<u>Páginas</u>
HISTORIA DEL JOVEN NUR Y DE LA FRANCA HEROICA (CONTINUACIÓN).	9-85
CONSEJOS DE LA GENEROSIDAD Y DE LA EX- PERIENCIA.	87-100
que comprende:	
SALADINO Y SU VISIR.	87-93
LA TUMBA DE LOS AMANTES.. . . .	93-105
EL DIVORCIO DE HIND.	106-110
HISTORIA MARAVILLOSA DEL ESPEJO DE LAS VÍRGENES.	113-160
HISTORIA DE ALADINO Y DE LA LÁMPARA MÁ- GICA.	161-246



Editorial PROMETEO.--Llorca y C.^a S.^a L.^a Apartado 130, VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. 5 ptas. vol.—**CUENTOS:** La Condenada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 t.) 5 ptas. vol.—**ARTICULOS:** El militarismo mejicano. 5 ptas.

El Papa del mar (novela). 5 ptas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavissee y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XIV. En prensa el XV.—10 pesetas volumen encuadernado.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.—7'50 ptas. vol.

NOVELAS Y TEATRO

Obras de gran amenidad, interés y emoción novelesca.—1'25 ptas. volumen.

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL

Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Spencer, etc.—2 ptas. volumen.

LA NOVELA LITERARIA

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibañez, que cuenta con el apoyo de los novelistas de todos los países para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico y crítico del autor de la obra escrito por Blasco Ibañez. Novelas de Paul Adam, Barbusse, Bazin, Bourges, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Lavedan, Louys, Margueritte, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinayre y otros muchos maestros de la novela contemporánea.—4 pesetas volumen en rústica.

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 3'50 ptas.—*Teatro de amor*. 3 ptas.

F. LLORCA: *Lo que cantan los niños*. Canciones y juegos infantiles. 2 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

ESCRITA POR V. BLASCO IBAÑEZ. Ilustrada con millares de grabados.

Las grandes batallas.—*El heroísmo.*—*Los horrores de la lucha.*—*La guerra en el mar y en los aires.*—*Tipos y costumbres de los beligerantes.*—*Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.*—*Planos y mapas.*—*La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.*—*Panoramas trágicos.*—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 25 pesetas.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibañez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

BIBLIOTECA CLÁSICA

HOMERO: *Iliada*. 2 t.—*Odisea*. 2 t.—ESQUILO. 1 t.—SÓFOCLES. 2 t.—HESÍODO. 1 t.—EURÍPIDES. 4 t.—TEÓCRITO. 1 t.—ARISTÓFANES. 3 t.—JENOFONTE. 1 t.—PLAUTO: *Comedias*. 3 t.—FEDRO: *Fábulas*.—SYRO: *Sentencias*. 1 t.—CICERÓN: *La República*.—*Las paradojas*. 1 t.—ARISTÓTELES: *La política*. 1 t.—LA CANCIÓN DE ROLDÁN. 1 t.—QUEVEDO: *Obras satíricas*. 1 t.—CERVANTES: *Teatro selecto*. 1 t.—VIDA DE CERVANTES, por su primer biógrafo Mayáns y Sisear. 1 t.—LOPE DE VEGA: *Novelas*. 1 t.—*Comedias*. 1 t.—GUILLERMO DE CASTRO: *Teatro*. 1 t.—CALDERÓN: *Teatro*. 2 t.—SHAKESPEARE: *Obras completas*. 12 t.—2 ptas. vol.

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes ilustrados á 1'50 pesetas.

CULTURA CONTEMPORÁNEA

E. FAGUET: *El arte de leer*. 3 ptas.—E. BERGSON: *La risa*. 3 ptas.—W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos: *La nueva libertad*. 3 ptas.—W. SOMBART: *Socialismo y movimiento social*. 4 ptas.

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA

Anatole France, Daudet, Victor Hugo, etcétera.—2 ptas. vol.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—2 ptas. volumen.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—2 ptas. vol.

COLECCIÓN POPULAR

Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—1 pta. volumen.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, etc.—A 35 céntos.—Edición *La Novela Ilustrada*.